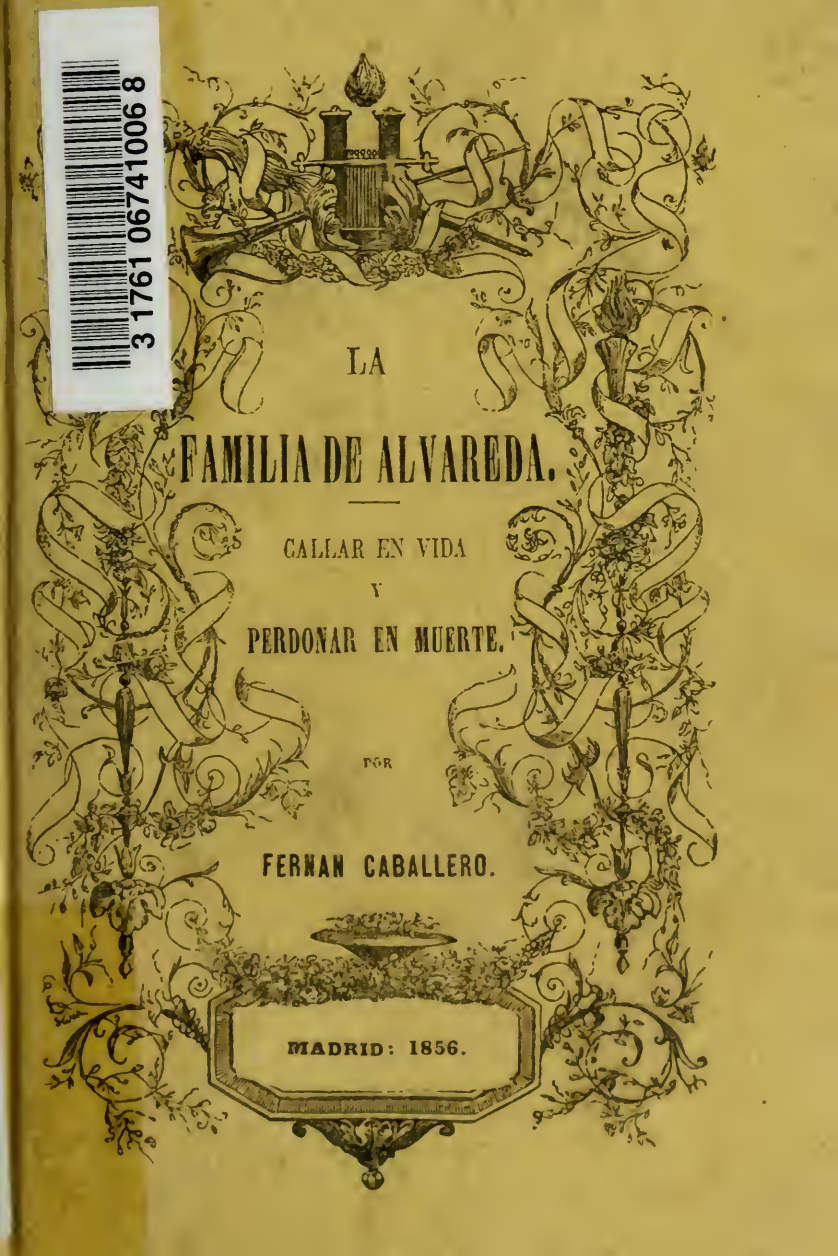

LA FAMILIA DE ALVAREDA.

CALLAR EN VIDA
Y
PERDONAR EN MUERTE.

POR

FERNAN CABALLERO.

MADRID: 1856.

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO

JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS
M. A. BUCHANAN

OBRAS COMPLETAS

DE

FERNAN CABALLERO.

LA
FAMILIA DE ALVAREDA,

NOVELA ORIGINAL

DE COSTUMBRES POPULARES.

POR

FERNAN CABALLERO.

MADRID: 1856.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE MELLADO,
calle de Santa Teresa núm. 8.

JUN
17
1987

PROLOGO.

Cuando el aluvion de novelas estrangeras, generalmente traducidas de una manera lastimosa, ayudado por alguna otra española, tan deplorable por su lenguaje como por sus tendencias, inunda nuestro desgraciado pais, y lo desnaturaliza y corrompe, ora introduciendo hábitos y costumbres que nos desfiguran, ora vulgarizando máximas peligrosas y doctrinas socialistas, ora presentando escenas de pernicioso ejemplo; no puede menos de celebrarse por las personas sensatas la aparicion de una novela original española, y verdaderamente española, en que se pintan costumbres nuestras, en que se presentan afectos naturales y sencillos, en que se inculcan sanas y consoladoras creencias, y en que se describen escenas verdaderas y muy interesantes de la vida íntima de los habitadores de nuestras aldeas, donde afortunadamente aun no han penetrado del todo las modas de allende, ni alterado las ideas las modernas predicaciones. El ilustrado autor de La Familia de Alvareda, viendo con

dolor desaparecer á toda priesa de nuestro suelo hasta la tradicion del modo de ver, de sentir y de vivir de nuestros padres, y borrarse completamente la fisonomía característica de nuestra sociedad, y convencido de que nos causa tan transcendentales daños la influencia mortífera de las novelas estrangeras, únicos libros que por desgracia se leen hoy en España con avidéz, ha querido valerse tambien de la novela, para intentar al ménos (y en solo intentarlo hay gloria), luchar con la irrupcion de ideas exóticas, que nos desnaturaliza y corrompe, y consignar las propiamente nacionales, que dominaban hace medio siglo, dando á nuestros padres tanta fuerza y tanta respetabilidad. Y nos parece que el autor ha llevado á cabo su pensamiento acertadísimamente.

Es la Familia de Alvareda una sabrosa novela escrita sin presuncion pedantesca, en que se pone de bulto una accion verdadera, sencillísima, coordinada con sumo gusto y con grande acierto, y en que es tan buena la parte narrativa como la dialogada. Es en fin, un ramillete de rosas silvestres tan frescas, que conservan en sus hojas las gotas del rocío, y que exhalan sus suavísimos perfumes de pureza, de sentimiento y de verdad.

El pensamiento filosófico que anima á esta composicion es altamente moral, é importantísima la enseñanza que da su lectura. El bueno y sencillo Perico desobedece á su madre, contrayendo un matrimonio infausto, y se abre ante sus pies la senda fatal que lo conduce al sacrificio, que lo lleva al cadalso. Ventura, impetuoso de carácter, venga heróicamente á su padre; pero luego se corrompe en la vida militar, vuelve á la aldea desmoralizado y muere causando la total ruina de su familia. Rita,

no reprimida en su niñez y primera juventud por la mano protectora de una madre, da márgen con su liviandad á tantos desastres..... ¿Y Elvira? apenas figura en la novela; pero ¡qué interesante se presenta siempre que aparece víctima de un amor profundo, coronado con santa modestia!

Las descripciones de las localidades son exáctisimas, y las de las personas parecen retratos de Velazquez; tan al vivo, y con mano tan maestra están dibujadas y coloridas. Ejemplo de las primeras sean la que da principio á la novela y la de la casa de la familia desgraciada, cuyo infortunio es el asunto de la composicion; y ejemplo de la segunda séanlo las de todos los personages de esta novela. ¡Qué bien caracterizada está Rita, primera figura de este sencillo cuadro!... ¡Qué verdad tienen los retratos del tio Pedro y de la viuda María!..... ¡Qué noble es la figura de Ana!... Hasta el perro Melampo, y el naranjo del patinillo interesan y conmueven!.....

Los lances están imaginados con gran verdad y sencillez, y tan bien trabados, que llevan al lector hasta el desenlace, sin la menor violencia, y sin que decaiga ni un momento el interés. ¡Qué natural y bien preparada está la vuelta de Ventura al hogar paterno! ¡Qué bien imaginada y que bien descrita está la sorpresa de los amantes en el lavadero! ¡Cuán solemne y grave es la entrevista de la suegra y de la nuera, en que aquella lleva su prudencia hasta la abnegacion, y esta su desenvoltura hasta la desvergüenza!

Los diálogos son admirables, y la oportunidad con que en ellos se ingieren coplas vulgares, inocentes preocupaciones piadosas de nuestro pueblo, sentimientos religiosos, que son, ó á lo menos eran, su consuelo en los contratiempos y adversidades,

y modismos comunes, y frases pintorescas y sentenciosas, que andan aun en boca de la gente humilde de Andalucía, le dan una verdad y un encanto inesplicables.

Acaso nos hemos detenido demasiado en el exámen de esta novela, esponiéndonos tal vez á privar á los lectores del placer de la sorpresa, y del que les causa siempre el formar por sí mismos el juicio que les inspira la lectura. Pero hemos preferido hablar solo de la obra cuyo prólogo escribimos, á tomar este por pretesto, como es la moda del dia, para lucir erudicion, disertando sobre el género, recitar su historia, perderse en disquisiciones filosóficas sobre su orígen, su influencia, sus diferentes modificaciones, citar y juzgar á los escritores que en él han sobresalido, y despues de tan largo y pomposo discurso concluyendo con alguna frase benévola, ó con una ligera aplicacion de las doctrinas magistralmente emitidas á la obra prologuizada.

Concluiremos, pues, felicitando cordialmente á FERNAN CABALLERO por haber escrito esta novela, que en nuestro sentir es digna de la atencion pública, y muy notable, tanto por su argumento y por su ejecucion, cuanto por el espíritu verdaderamente español y religioso que reina en toda ella, ofreciendo una lectura entretenida y provechosa, que arranca muy á menudo lágrimas de compasion y de ternura: lágrimas que al humedecer suavemente las megillas, no dejan seco y árido el corazon.

Madrid 5 *de mayo de* 1856.

El Duque de Rivas.

UNA PALABRA AL LECTOR.

El argumento de esta novela, que hemos anunciado como destinada esclusivamente á pintar al pueblo, es un hecho real, y su relacion exacta en lo principal, hasta el punto de haber conservado las mismas espresiones que gastaron los que en ella figuran, sin mas que haber quitado á alguna que otra su crudeza. Tambien se ha trasladado la accion á una época anterior á la en que tuvo lugar, y se ha añadido algo al principio y al fin.

No se nos oculta que, con los elementos que presta el asunto, se hubiera podido sacar mas

partido literario, tratándolo con el énfasis clásico, el rico colorido romántico ó la estética romancesca.

Pero como no aspiramos á causar efecto, sino á pintar las cosas del pueblo tales cuales son, no hemos querido separarnos en un ápice de la naturalidad y de la verdad. El lenguaje, salvo aspirar las *h*, y suprimir las *d*, es el de las gentes de campo andaluzas, asi como lo son sus ideas, sentimientos y costumbres.

Muchos años de un estudio hecho con constancia y *con amore*, nos permiten asegurar á todo el que disputase lo contrario, que no está tan enterado en el particular como lo estamos nosotros.

LA FAMILIA DE ALVAREDA.

PARTE PRIMERA.

CAPITULO I.

Siguiendo la curva que forman las viejas murallas de Sevilla, ciñéndola cual faja de piedra, al dejar á la derecha el rio y las Delicias, se encuentra la puerta de San Fernando.

Desde esa puerta se estiende en línea recta sobre la llanura, hasta la base del cerro llamado Buena-Vista, un camino, que pasa sobre un puente de piedra el riachuelo Tagarete, y sube la cuesta bastante pendiente del cerro, en cuya cima se hallan las ruinas de una capilla.

Al contemplar ese camino á vista de pájaroa parece que es un brazo que estiende Sevilla háci, aquellas ruinas, levantándole en alto como para

llamar la atencion sobre ellas, porque esas ruinas, aunque pequeñas y sin vestigio de mérito artístico, son un recuerdo religioso é histórico, son una herencia del gran rey Fernando III, cuya memoria es tan popular, que se le admira como héroe, que se le venera como Santo, que se le ama como Rey, realizando asi esa gran figura histórica el ideal del pueblo español.

Despues de subida la altura, el camino la vuelve á bajar por el lado opuesto, y llega á un vallecito por el cual pasa un arroyuelo.

Ha lavado éste tan primorosamente su cauce, que solo se compone de brillantes guijarros y dorada arena.

Despues de vadearlo el camino, sonrie á su derecha á una alegre y hospitalaria ventecilla, y saluda á su izquierda á un castillo moruno, que se asienta altivo sobre una eminencia, pues no parece sino que el suelo se ha alzado para formarle su pedestal.

Este castillo fué dado por don Pedro de Castilla á su bella y célebre querida doña María de Padilla, cuyo nombre conserva.

La hacienda y castillo de *Doña María* pasó andando el tiempo, sin duda por alguna donacion piadosa, á la catedral de Sevilla, cuyo cabildo la vendió en nuestros dias á un caballero particular. Este pagó los buenos pastos y los hermosos olivos gordales de *Doña María*: los recuerdos no entraron en

cuenta, puesto que de ahí á poco apareció la vieja, arrugada y mustia *Doña María*, vestida de blanquísima cal, engalanada con ribetes verdes y brillantes de cristal; pulida, aderezada como niña presumida, á punto de que entre los campesinos estáticos cundió la voz de que la bella pecadora, la hermosa amancebada, habia sin duda espiado por quinientos años de purgatorio su escandalosa vida, y habia entrado en gracia. Aquellos que aman los antiguos recuerdos y la bella y solemne librea del tiempo, gimieron y se lamentaron cual si se hubiese profanado una tumba.

Mas prosigamos la marcha del camino que adelanta, abriéndose paso por entre los palmitos y las carrascas de una dehesa, hasta penetrar en el lugar de Dos-Hermanas, que se halla sentado en un llano arenoso, á dos leguas de Sevilla.

Para hacer de este pueblo, que tiene la fama de ser muy feo, un lugar pintoresco y vistoso, seria preciso tener una imaginacion que mintiese y crease, y la persona que aqui lo describe, solo pinta.

En él no se ven, ni rio, ni lago, ni umbrosos árboles; tampoco casitas campestres con verdes celosías, merenderos cubiertos de enredaderas, ni pavos reales y gallinas de Guinéa, picoteando el verde césped; ni bellas calles de árboles formadas en líneas rectas, como esclavos sosteniendo quitasoles, para proporcionar sombras constantes á los que pasean. Todo esto le falta. Triste es tener que

confesarlo!... Es allí todo rústico, tosco y sin elegancia. Pero en cambio, encontrareis buenos y alegres rostros, que os mostrarán que maldita la falta que hace todo aquello para ser feliz. Hallareis además en los patios de las casas, flores; y á sus puertas robustos y alegres chiquillos, mas numerosos aun que las flores: hallareis la suave paz del campo, que se forma del silencio y de la soledad, una atmósfera de Eden, un cielo de paraiso. Estas son las ventajas de que goza. Bien compensan las otras.

El pueblo se compone de algunas calles anchas. formadas por casas de un solo piso, labradas en cansadas líneas rectas sin ser paralelas, que desembocan en una gran plaza arenisca, estendida como una alfombra amarilla ante una hermosa iglesia, que levanta su alta torre coronada de una cruz, como un soldado su estandarte.

A espaldas de la iglesia encontrareis el oásis de este estéril conjunto. Apoyada en el muro de detrás de la iglesia, se halla una gran puerta que da entrada á un vasto y dilatado patio, que precede á la capilla de Santa Ana, patrona del lugar: junto á la capilla, apoyada en ella, está la pequeña y humilde casita de su guarda, que es á la vez cantor y sacristan de la iglesia. En el patio vereis cipreses centenarios, sombríos y reconcentrados; el alegre y loco paraiso, de tan ligera madera, creciendo pronto, prodigando al viento sus hojas, flores y

fragancias, porque sabe que su vida es corta; el naranjo, ese gran señor, ese hijo predilecto del suelo de Andalucía, al que se le hace la vida tan dulce y tan larga! Vereis una parra, que cual el niño, necesita de la ayuda del hombre para medrar y subir, y que estiende sus anchas hojas, como acariciando el emparrado que la sostiene; porque es cierto que tambien las plantas tienen su carácter, del que se reciben diversas impresiones. ¿Se puede acaso mirar un ciprés sin respeto, un paraiso sin cariño, un naranjo sin admiracion? ¿No imprime la alhucema la idea y el gusto de un interior aseado y pacífico? El romero, perfume de Noche-Buena, ¿no engendra acaso sus buenos y santos pensamientos?

A derecha é izquierda del lugar se estienden aquellos interminables olivares, que son el gran ramo de la agricultura de Andalucía. Estos árboles están plantados á distancia unos de otros, lo que hace alegres estos bosques: pero su suelo, nivelado y limpio por el arado, los hace cansadamente monótonos. De trecho en trecho se encuentra el caserío de la hacienda á que respectivamente pertenecen. Están estas labradas sin gusto ni simetría, y se les dá vuelta sin atinar á descubrir la fachada. Nadá tienen de grandioso estas grandes moles ó fábricas, sino las torres de sus molinos, que descuellan entre los olivos, como para contarlos. Estas haciendas pertenecen en lo general á la aristocracia de Sevilla; pero por lo regular no son habitadas,

por no gustar las señoras del campo; por lo tanto, están descuidadas y vacías cual graneros. Asi es, que en esos parages aislados y solitarios, el silencio no es interrumpido sino por el canto del gallo, que vigilante guarda su serrallo, ó por el rebuzno de algun burro viejo, que el capataz manda á paseo y que se aburre de su soledad.

No obstante, á la caida de una hermosa tarde de enero del año 1810, hubiese podido oirse la sonora y fresca voz de un jóven como de veinte años, que con la escopeta al hombro, caminaba con paso firme y ligero por una de las veredas trazadas en los olivares. Su cuerpo, quebrado de cintura, era alto y airoso; su persona, sus ademanes, su modo de andar, tenian la soltura, la gracia, la elegancia, que el arte se esfuerza en crear, y que la naturaleza reparte á manos llenas á los andaluces. Llevaba alta y erguida una cabeza, coronada de rizos negros, modelo del bello tipo español. Sus grandes ojos negros eran vivos; su mirada firme y llena de inteligencia; su bien formado lábio superior se alzaba con un gesto de alegre zumba, enseñando su blanca y brillante dentadura. Toda su gallarda persona respiraba una superabundancia de vida, de fuerza, de energía. Un boton de plata sujetaba sobre su cuello moreno su blanca camisa. Llevaba una chaqueta cortita de paño pardo, calzones cortos de la misma tela, sujetos en la rodilla con cordones y borlas de seda: una faja de seda amarilla ceñia con

varias vueltas su delgada cintura. Zapatos de vaca y polainas de lo mismo, finamente pespunteadas, calzaban sus bien formados pies y piernas: un sombrero de ancha ala, llamado calañés ó portugués, guarnecido y adornado de terciopelo y de borlas de seda, airosamente inclinado hácia el lado izquierdo, completaba el elegante traje andaluz.

Ese jóven, conocido por su índole activa, su genio arrojado y valiente, fué llamado por el capataz de una de las haciendas mencionadas, para ser guarda mientras se hacia la cogida de la aceituna. Iba cantando:

Cuando voy á la casa
De mi María,
Se me hace cuesta abajo
La cuesta arriba.
Y cuando salgo,
Se me hace cuesta arriba
La cuesta abajo.

Al llegar á un vallado, que cercaba el olivar, el guarda, sin pararse á buscar un portillo, saltó por encima, y se halló en un camino, frente á frente de otro muchacho poco mayor que él, que tambien se dirigia al lugar como el primero. Vestia éste el mismo trage que aquel; pero era menos alto y menos erguida su persona. Sus ojos pardos eran menos vivos, y mas tranquila su mirada; su boca mas grave, y su sonrisa mas dulce. En lugar de escopeta llevaba una azada al hombro; precedíale una bur-

ra, á la cual no arreaba, y le seguia un enorme perro de pelo espeso y corto, de un blanco amarillento, perteneciente á la hermosa casta de perros de ganado de Estremadura.

—¡Hola! ¿eres tú, Perico? Dios te guarde, dijo el apuesto guarda.

—Y á tí tambien, Ventura, respondió el otro· ¿vienes á holgar?

—No, respondió Ventura, que vengo por avíos.— Además hay ocho dias....

—¿Qué no ves á mi hermana Elvira? interrumpió Perico con su dulce sonrisa. Bueno, amigo, de un avío dos mandados.

—Callar y callaremos, Perico; que el que tiene tejado de vidrio, no tire piedras al del vecino, respondió el guarda.

—¡Dichoso tú, Ventura, prosiguió Perico suspirando, que te podrás casar cuando quieras, sin que nada á ello se oponga!

—¿Y qué? preguntó Ventura; ¿quién ó qué cosa se podria oponer á que te casases tú?

—La voluntad de mi madre, respondió Perico.

—¿Qué me dices? esclamó Ventura; ¿y por qué es eso? ¿qué falta tiene que ponerle á Rita, que es jóven, bien parecida y de buena gente, pues es prima tuya!

—Cabalmente esa es la razon que su merced alega para no ser gustosa.

—Escrúpulos de vieja: ¿quiere su merced enmendarle la plana á la Iglesia que lo otorga?

- No son, respondió Perico, escrúpulos religiosos los que tiene mi madre: dice que enlaces tan cercanos repugnan á la naturaleza; que una misma sangre se rechaza y no se goza, porque tarde ó temprono les persiguen y alcanzan males, desgracias y desavenencias. Cuenta de esto cien ejemplos.

—No le hagas caso, dijo Ventura; déjala anunciar y cantar males, como una lechuza. Siempre han de tener las madres alguna cosa que oponer á los casamientos de los hijos.

—No, respondió Perico con gravedad; no, sin el consentimiento de mi madre no me casaré nunca.

Anduvieron algunos instantes en silencio; al cabo de los cuales dijo Ventura:

—Ello es que yo soy como el patron araña, que embarcaba la gente y se quedaba en tierra, ó como el predicador que decia: haced lo que os digo, y no lo que hago. Pues acaso, ¿no me tiene á mí la voluntad de mi padre sujeto como á un leon una cuerda de lana? Porque, ¿crees tú, Perico, que si no fuese por mi padre, que no quiere, no estaría yo á estas horas en Utrera, en donde se alista ese escuadron de voluntarios para ir á batirse contra los traidores infames, que se nos cuelan por las puertas como amigos, para hacerse dueños del pais é imponernos el yugo estrangero? ¿Sabes, Perico, que lo que acá hacemos viendo marchar los otros y quedándonos, es de malos españoles y de cobardes?

Eso mismo pienso yo, respondió Perico; pero

¿cómo dejo yo á mi madre y á mi hermana, que no tienen sino á mí á quien volver la cara?—Pero ten tú entendido que si mi madre se emperra en no dejarme casar, no he de poder vivir asi, y me voy con los demas mozos. Estoy resuelto.

—Y bien qué harás, dijo con espresion Ventura. Por mí, el dia menos pensado, por más que me llamen, no contestaré. Aquel dia, créelo, Perico, habrá algunos franceses de menos sobre el suelo de España.

—¿Y Elvira? preguntó Perico.

—Hará como las otras. Me aguardará..... ó me llorará.

Habian llegado.

CAPITULO II.

La casa de la familia de Perico era espaciosa y estaba primorosamente blanqueada por dentro y por fuera; á cada lado de la puerta tenia apoyando en la pared un banco de cal y canto. En la casa-puerta pendia un farol ante una imágen del Señor, que se hallaba colocada sobre el porton, segun lo exije la católica costumbre de hacer preceder á todo un pensamiento religioso, y ponerlo todo bajo un santo patrocinio. En medio del espacioso patio se alzaba frondoso sobre su robusto y pulido tronco, un enorme naranjo. Un arriate circular protegia su base como una coraza. Desde infinidad de generaciones habia sido este hermoso árbol un manantial de goces para esta familia. El difunto Juan Alvareda, padre de Perico, tenia la pretension tradicional de hacer remontar su existencia á la época

de la espulsion de los moros, despues de la cual, segun su aserto, lo habia plantado un Alvareda, soldado que fué del Santo Rey Fernando; y cuando el cura, hermano de su mujer, le embromaba y daba calma sobre la antigüedad y no interrumpida filiacion de su linage, respondia sin alterarse y sin que vacilase su conviccion ni un instante, que todos los linages del mundo eran antiguos, y que bien podia estinguirse la filiacion ó sucesion directa de los ricos; pero que semejante cosa jamás sucedia con los pobres.

Las mugeres de esta familia hacian de las hojas del naranjo cocimientos tónicos para el estómago y calmantes para los nervios. Las muchachas se adornaban con sus flores y hacian de ellas dulce. Los chiquillos regalaban su paladar y refrescaban su sangre con sus frutas. Los pájaros tenian entre sus hojas su cuartel general, y le cantaban mil alegres canciones, mientras que sus dueños, que habian crecido á su sombra, le regaban en verano sin descanso, y en invierno le arrancaban las ramitas secas, como se arrancan las canas á la cabeza querida de un padre, que no se quisiera jamás ver envejecer.

A derecha é izquierda de la puerta de entrada habia dos habitaciones ó *partidos*, segun la espresion de la tierra, iguales, consistiendo en una sala, que tenia dos ventanitas con reja á la calle, y dos alcobitas formando ángulo con la sala, y tomando luz del patio. En el fondo de este se encontrabà

una puerta que daba á un corral muy grande, en el que se hallaban la cocina, el lavadero, las cuadras, y que ostentaba en su centro una grande higuera, con tan pocas pretensiones y amor propio, que se prestaba sin murmurar á ser de noche el lugar de descanso de las gallinas, sin haber una vez siquiera doblegado sus ramas bajo aquel peso incómodo, ni aun para darles un chasco por carnaval.

Tres años hacia que habia muerto el dueño de la casa. Cuando sintió su fin acercarse, llamó á su hijo Perico y le dijo: «A tu cargo quedan tu madre y hermana; vela sobre la una y guíala; déjate guiar por la otra. Siempre viví en el santo temor de Dios, y pensé en la muerte; asi la veo llegar sin espanto y sin sorpresa. Acuérdate de mi muerte para no temerla; todos los Alvaredas han sido hombres de bien; en tus venas corre la misma sangre española, y en tu corazon viven los mismos principios católicos que los hicieron tales. Sé cual ellos, y vivirás dichoso y morirás tranquilo.»

Ana, su viuda, era una muger distinguida en su esfera, y lo hubiese sido igualmente en otra mas elevada. Criada por su hermano, que era cura, su entendimiento era culto, su carácter grave, sus maneras dignas, su virtud instintiva. Estos méritos, unidos á su posicion acomodada, le daban una superioridad real sobre todos los que la rodeaban, que admitia sin abusar de ella. Su hijo Perico, sumiso, modesto, laborioso, habia sido su consuelo,

no habiéndole dado jamás otro disgusto que el que le causaba su amor hácia su prima Rita.

Su hija Elvira, tres años más jóven que su hermano, era una malva en su dulzura, una violeta en su modestia, una azucena en su pureza. Su niñez habia sido enfermiza, lo cual habia impreso en su semblante, muy parecido al de su hermano, una palidez y una espresion de calma resignada, que le prestaban singular atractivo. Desde su infancia se habia apegado á Ventura, el bello y arrogante hijo del vecino Pedro, amigo y compadre del difunto Juan Alvareda.

La mujer de Pedro habia muerto al dar á luz una hija, que desde entonces fué confiada por su padre á una religiosa de Alcalá, hermana de la difunta. Separado asi de su hija, Pedro habia concentrado todo su querer sobre su hijo Ventura, le habia visto con gozo y orgullo hacerse el mas bello, el mas valiente, el mas gallardo de los mozos del lugar.

Frente por frente de la casa de los Alvaredas, estaba situada la pequeña casa de María, la madre de Rita. María era viuda de un hermano de Ana, que habia sido capataz de la vecina hacienda de Quintos. Era esta mujer tan buena, tan sin hiel, tan cándida y sencilla, que no tuvo jamás carácter y vigor suficiente para doblegar la condicion altiva, áspera y decidida que su hija Rita mostró desde niña: estas malas cualidades se habian, pues, desarrollado sin trabas. Era su carácter violento, sus

impresiones fogosas y su corazon frio. Su cara, estraordinariamente bonita, y seductoramente espresiva, picante, viva, sonrosada y burlona, formaba un perfecto contraste con la de su prima Elvira, pudiéndose comparar la una á una fresca rosa armada de sus espinas; la otra á una de esas rosas de pasion, que elevan sobre sus pálidas hojas una corona de espinas como muestra de padecimiento. y esconden en el fondo de su caliz una miel tan dulce.

En la pintura y clasificacion de los miembros que componian esta familia y sus allegados, no podemos omitir á Melampo, el perro que ya hemos visto seguir cachazudamente á Perico á su regreso. Debemos darle su lugar, pues no todos los perros son iguales, ni *ante la ley*. Melampo era un perro honrado y grave, sin pretensiones, ni aun á las de perro Hercules ó Alcides, á pesar de sus enormes fuerzas. Ladraba rara vez, y jamás sin causa motivada: era sóbrio y nada goloso. No acariciaba á sus amos; pero jamas ni por ningun motivo se separaba de ellos. En toda su vida habia mordido á nadie. Despreciaba altamente los ataques de los gozquecillos que ladraban tras él á su paso con estúpida hostilidad; pero Melampo habia matado seis zorros, tres lobos y un dia se echó sobre un toro que perseguia á su amo, y lo paró cogiéndolo por una oreja, como á un niño atrevido. Con tales hojas de servicio, dormia Melampo tranquilamente al sol sobre sus laureles.

CAPITULO III.

Cuando los dos mozos llegaron, encontraron á Elvira y Rita apoyadas cada cual en un quicio de la puerta. Estaban envueltas en sus mantillas de bayeta amarilla, guarnecidas de un ribete de terciopelo negro que gastaban entonces las mugeres del pueblo, en lugar del pañolon que gastan hoy dia. Cubríanse la parte baja de la cara, de manera que no dejaban fuera mas que la frente y los ojos.

Despues de haberle dado las buenas noches, le dijo Perico á su hermana:

—Elvira, mira que este pájaro se quiere volar; cierra bien la jaula... mira que se está deshaciendo por irle al encuentro á esos gabachos que se nos quieren colar como Pedro por su casa.

—Pues si dicen, añadió Ventura, que se vienen acercando á Sevilla. ¿Y hemos de estar viéndolo con

los brazos cruzados y sin decir esta boca es mia?

—¡Ay Jesus! esclamó Elvira. ¡Espero en Dios que eso no sucederá! ¡No me lo digas siquiera! ¡Ay! patrona mia Santa Ana, si nos libras de esta desgracia, te ofrezco lo que mas quiero, mi cabello, que en una trenza colgaría en tu altar con un moño color de cielo.

—Pues yo, dijo Rita, la ofrezco á la Santa dos macetas de claveles para adornar su capilla en su fiesta, si caen las pesas de modo que os largueis pronto y volvais despacio.

—No digas eso ni en chanza, esclamó apurada Elvira.

—Anda, déjala que diga. A bien que la Santa ha de preferir la hermosa trenza de tus cabellos á sus macetas, observó Ventura.

En este momento llegaba la buena vieja María. María era mayor que su cuñada, y aunque apenas contaba sesenta años, lo pequeña y delgada que era, y lo pronto que envejecen las mujeres del pueblo, la hacia aparecer mucho mas vieja. Envolvia su exígua persona en su mantilla de bayeta color de castaña, y tiritaba.

—Hijos, esclamó al verlos parados á la puerta de la calle: la noche mata al dia; ¿qué haceis aqui sino helaros?

—¡Qué helarnos! respondió Ventura desabrochando el boton de su camisa: tengo calor; el frio está en vuestros huesos, tia María.

—No juegues con la salud, hijo, repuso la buena mujer, ni fies en tus pocos años, porque la muerte no mira la fé de bautismo. Este viento norte es un cuchillo, y os digo que mas pronto habeis de atrapar aquí una pulmonía, que una herencia de Indias.

Asi diciéndole, entró en la casa; los demas la siguieron, menos Ventura que fué á evacuar sus encargos.

Hallaron á Ana sentada á la copa, punto de reunion, al cual se rodean las familias en invierno. La gran sartenaja de cobre brillaba como oro sobre su baja tarima de madera. La sala era espaciosa; su suelo estaba cubierto de esteras y redondeles felpudos. A su rededor habia sillas toscas de anea, bajas de asiento, de alto espaldar. Una mesa de pino baja, sobre la que ardia un gran velon de metal, y un sillon de cuero, como se ven en las barberías de lugar, completaban el sencillo mueblaje de esta sala. En la alcoba se veian una cama muy alta, cubierta de su colcha blanca con muy almidonados faraláes; un arca muy grande de cedro, con sus banquillos para preservarla de la humedad del suelo; una mesita de la misma madera, sobre la cual estaba, en su *urna* de caoba y cristales, una hermosa imágen de Nuestra Señora de los Dolores; algunas novenas; y la Guirnalda Mística ó Vida de los santos, del Padre Baltasar Bosch Centellas.

Luego que todos se hubieron reunido, incluso el compadre de Ana, Pedro, ésta se puso á rezar el rosario. Concluido que hubieron de rezar, Ana tomó su huso y se puso á hilar: Elvira á hacer calceta: Pedro, que ocupaba el sillon, se puso á picar un cigarro: Perico á asar sobre la lumbre castañas y bellotas, que daba á Rita despues de asadas; ésta se las comia; y María siguió rezando en voz baja, dando de vez en vez una cabezada para saludar á Morfeo.

—Vaya, dijo Perico, si está retirada el agua; la tierra es una roca, y el cielo un bronce. Antaño por este tiempo habia llovido tanto que no se veia la tierra: tanta era la yerba que la cubria.

—Asi es; respondió Pedro. Ogaño el ganado se muere de hambre; no que antaño por todas partes tenia la mesa puesta.

—Me quiere parecer, añadió Elvira con su suave voz, que va á llover pronto. Hoy tenia el rio su ceja negra, y estas cejas son, al decir de los viejos, tormentas que duermen, y que si las despiertan los vientos, inundan al mundo.

—Si que va á llover, dijo Rita. Esta noche ví la estrella del agua, que trae la tempestad por farol.

—Va á llover, confirmó María, sacada de su sueño por la voz clara y recia de su hija: mis dolores de reumatismo me lo anuncian. ¡Ya! vientos y agua son la fruta del tiempo; y falta que hacia. No lo siento sino por los infelices de los ganaderos y pas-

tores, que pasan tales noches en el meson de la Estrella.

—No os apureis por ellos, María, (dijo el jovial tio Pedro, que en todas ocasiones tenia un dicho, un refran, un cuento ó una chilindrina á mano que sacar en apoyo de lo que decian); en este mundo todo es acostumbrarse, y lo que á uno le parece mal, ó otro le parece bien. La costumbre todo lo allana como la mar, y todo lo dora como el sol. Un pastor se casó con una muchacha como una rosa; quiso la casualidad que la noche de la boda se levantase un temporal de todos los demonios, con truenos y relámpagos, huracan y diluvio. Al pastor no se lo pudo sufrir el corazon; dejó plantada la novia, se echó de la cama abajo, corrió á la ventana que abrió, y se puso á gritar: ¡Ah noche de Dios, que no te gozo!

—Buena era la moza para encelar á la novia, dijo Rita riendo á carcajadas.

Las ocho sonaron; rezaron las ánimas, y poco despues se separaron.

Cuando quedaron solos la madre y los hijos, Elvira estendió sobre la mesa un mantelito muy limpio y colocó sobre ella una fuente con ensalada.

Ana y su hija se pusieron á cenar; pero Perico permaneció sentado, inclinada la cabeza sobre el brasero, y revolviendo distraidamente con la badila algunas brasas que aun ardian entre las cenizas.

—¿No quieres cenar, Perico? le dijo su hermana

alargándole el hermoso pan blanco que ella misma habia amasado.

—No tengo hambre, contestó éste sin levantar la cabeza.

—¿Estás malo, hijo? preguntó Ana.

—No señora, madre, le contestó.

La cena se acabó en silencio, y cuando Elvira hubo salido llevándose los platos, dijo Perico de repente á su madre:

—Madre, mañana me voy á Utrera á alistarme entre los leales españoles que van á defender su tierra.

Ana quedó aterrada. Acostumbrada á la dócil obediencia de su hijo, que nunca se habia desmentido, le dijo:

—¿A la guerra? Eso es decir que quieres abandonarnos. Pero eso no puede ser; tú no puedes, tú no debes abandonar á tú madre y á tú hermana; no lo consentiré yo.

—Madre, dijo el muchacho exasperado; está visto que habeis de oponer siempre una barrera á todos mis deseos. Entrabáis mi voluntad, y ahora quereis sujetar mi brazo. No haceis sino poner barrancos en mi senda: pero madre, prosiguió animándose movido por los dos móviles grandes que rigen al hombre, el patriotismo en toda su pureza, el amor en toda su lozanía; madre! Tengo veinte y dos años cumplidos, y por lo tanto la fuerza y la voluntad suficientes para saltar por cima, si á ello me forzais.

Ana, tan sorprendida como asustada, cruzó con angustia sus manos frias y trémulas, y esclamó:

—¡Qué! ¿no hay alternativa entre un casamiento que te hará infeliz, y la guerra que te costará la vida?

—Ninguna, madre, dijo Perico, á quien el temor de sucumbir en la entablada lucha sacaba de su carácter, y hacia duro. O me quedo para casarme, ó parto para cumplir con el deber de todo mozo español.

—Cásate pues, dijo la madre en voz grave; entre dos desgracias elijo la que menos aprieta; pero acuérdate, Perico, de lo que hoy te dice tu madre: Rita es vana, ligera, cristiana fria é hija ingrata. La que es mala hija es mala casada. Vuestra sangre se rechaza: te acordarás de cuanto te dice ahora tu madre; pero será tarde.

Al decir estas palabras, la noble mujer, á quien ahogaban sus lágrimas, se entró en su alcoba para ocultárselas á su hijo.

Perico, que amaba á su madre con tanta ternura como veneracion, hizo un movimiento como para retenerla: quiso hablar; pero su timidez, unida á la turbacion en que estaba, embotaron sus facultades; no halló voces, quedóse un instante indeciso. En seguida se levantó bruscamente, se pasó la mano por su frente húmeda, y salió.

Durante este tiempo, Rita, que aguardaba en vano á Perico en su reja, estaba impaciente é inquieta.

—¿Esas tenemos? dijo al fin cerrando con coràge la puerta de madera: ahora puedes venir, que ya aguardarás por vida mia mas tiempo del que he aguardado yo...

En este instante rodó una piedra al pie de la pared. Esta era la señal convenida entre ellos para anunciar la llegada de Perico.

—Ya puedes hacer rodar todos los chinos de Dos-Hermanas sin que por eso se abra el postigo, dijo Rita para sí: ¿me tienes acaso aquí á tu voluntad y antojo cómo á tu burra vieja? De eso no ha de haber nada, hijo mio.

Un segundo chino vino á rebotar con mas violencia que acostumbraba usar Perico, contra la pared.

—¡Hola! dijo Rita, parece que viene de priesa. Bueno es que sepa que el aguardar no sabe á caramelo... Lo que siento es que no lluevan chuzos. Mas despues de un rato de reflexion añadió: si reñimos, la que se bañará en agua rosada es la mogigata de mi tia. En seguida le saca á bailar á *Santa Marcela*, la hija del tio Pedro, que guarda el viejo socarron en el convento como una sardina en escabeche, para hacérsela tragar en la primera ocasion á su ahijado Perico. Pero no se mirarán en ese espejo, pues para hacerles la mamola...

Y abriendo de repente la ventana, acabó la frase,

—Aqui estoy yo... Oye, prosiguió con tono áspero, dirigiéndose á Perico; ¿tú has determinado

echar la pared abajo? ¿A qué me despiertas? Cuando aguardo, me duermo; y cuando me duermo, maldita la gracia que me hace que me despierten. Asi vuélvete por donde has venido, ó por otro lado: lo mismo me dá.

Hizo ademan de cerrar el postigo.

—¡Rita, Rita! dijo Perico con voz animada; he hablado á mi madre...

—¡Tú! dijo Rita, volviendo á abrir el entornado postigo. ¿Qué me dices? Este es otro milagro como el de la burra de Balaam. ¿Y qué te ha dicho esa *mater* no *amabilis*?

—Dice que sí, que me case, esclamó Perico lleno de júbilo.

—¿Qué sí? preguntó Rita. ¡Válgame San Quilindon, las vueltas que dá una llave! Vamos; que es de sábios mudar de parecer. Vaya, mañana iré á darle el pésame. ¿Qué fuera, Perico, que siguiendo los buenos ejemplos de tu madre, como me lo encarga la mia, mudase yo tambien de parecer y ahora dijese que no?

—¡Rita! ¡Rita! decia Perico enagenado; ¡vas á ser mi mujer!

—Eso está por ver, respondió Rita. Sobre que el *no* es como un duro; mientras mas vueltas le doy, mas bonito me parece.

Con estas y otras monadas borró Rita enteramente á Perico la solemne impresion que le habian causado las palabras de su madre.

CAPITULO IV.

A la mañana siguiente estaba Ana sentada triste y abatida, cuando vió entrar al tio Pedro.

—Comadre, dijo, aquí estoy yo porque he venido.

—Sea para bien, compadre.

—Pero he venido porque tengo que hablaros.

—Hablad, compadre, y, mientras mas, mejor.

—Sabreis, comadre, que á ese remolino de Ventura se le ha metido en la chola de ir á que le agujereen el pellejo esos *indinos* franceses que maldiga Dios.

—¡Jesus! ¡Jesus! compadre; mate Vd. á un enemigo en buena guerra; pero no le maldiga. Perico tambien pensaba en eso. Es amargo, compadre, es cruel para nosotros; pero es natural.

—No digo que no, comadre (¡mala rabia mate á

esos traidores!); pero al fin es mi único hijo, y no quisiera perderle, ni por la España entera. No he hallado sino un medio para sujetarlo, y os lo vengo á comunicar.

Diciendo estas palabras, Pedro se habia sentado cómodamente en el gran sillon de cuero, recogiendo las puntas de su capa, acercando sus pies á la lumbre, colocándose á sus anchas con toda comodidad.

—Comadre, dijo al fin, con esa profusion de frases sinónimas de los habladores. Aborrezco los preámbulos que no sirven mas que para gastar saliba. Las cosas se deben tratar con pocas palabras, y esas claras. A dentro ó á fuera; esa es la mia: lo que se puede decir en cinco minutos, ¿porqué se ha de decir en una hòra?: lo que se puede hacer hoy, ¿porqué dejarlo para mañana? De todos los caminos el mas corto es el mejor; pero vamos al caso, pues no me gustan los circunloquios ni...

—En verdad, compadre, dijo Ana interrumpiéndolo, dais lugar á que se crea lo contrario! Vamos al caso, que me tiene Vd. en suspenso desde que entró.

—¡Poco á poco! que no soy escopeta, respondió Pedro; hablando se entiende la gente; nadie nos corre. ¡Caramba, comadre, que es Vd. mas viva que una centella y mas *súpita* que una exhalacion! Le decia, señora pólvora, que no he hallado sino un solo medio para sujetar ese cohete que se quiere

disparar; ese medio, es dar un paso que tarde ó temprano hubiera dado: en una palabra, y para acabar pronto, vengo á pediros á vuestra Elvira para mi Ventura, deseando que el yerno que la ofrezco sea tan de su agrado como del mio lo es la nuera que solicito.

Ana no trató de ocultar la satisfaccion que le causaba un enlace tan conveniente y adecuado por todos estilos, que era previsto y tan deseado de los padres como de los hijos.

En seguida se pusieron á discutir las cláusulas del contrato, como gentes acomodadas que eran.

—Compadre, dijo Ana, sabeis tan bien como yo lo que tenemos; solo se trata de hacer las particiones. La casa ésta, siempre la ha llevado el hijo mayor. La viña le toca de derecho á Perico, porque la ha mejorado y plantado gran parte de nuevo. Mis vacas se las doy á él, pues me tiene que mantener mientras viva. La burra la necesita...

—¿Me quisiera Vd. decir, comadre de mis pecados, dijo Pedro interrumpiéndola, lo que le queda á Elvira? Pues segun esas disposiciones, me parece que vá á salir de vuestras manos como salió nuestra madre Eva (¡en descanso esté!) de las del Criador.

—Elvira llevará el olivar, contestó Ana.

—¡Que es una dote de princesa! esclamó el tio Pedro. ¡Vaya! ¡un olivar tamaño como un pañuelo, y que no dá aceite ni para la lámpara del Santísimo!

—Daba hace veinte años mas de cien arrobas, observó Ana.

—Comadre, dijo Pedro, lo que fué y no es, lo mismo que si no hubiera sido. Ahora veinte años se morian las muchachas por mí.

—Ahora cuarenta años, querreis decir, advirtió Ana.

—¡Qué menudita es Vd., comadre! prosiguió Pedro. Vamos al caso. Al olivar le faltan mas olivos que á San Pedro cabellos, y los que quedan están tan mustios, que parecen *tenebrarios*.

—Bien se nota, compadre, que hay mucho tiempo que no los habeis visto. Desde que sabe Perico que el olivar ha de ser para su hermana, están cuidados los árboles como rosal en maceta; cada olivo parece una plaza de armas. Llevará Elvira las tierras que lindan con él, y que beben del arroyo que las atraviesa.

—Y cate Vd., comadre, el porqué están tan secas y sedientas, pues que el arroyo está la mitad del año seco y la otra mitad sin agua. Vamos claro; que á mí me gusta el pan pan, y el vino vino. Ni quiero afrecho en aquel, ni agua en este. Esas tierras, comadre, son pobres y haraganas, y no sirven sino para el revolcadero de un burro. Pero aquí que nadie nos oye, ¿no vendió Vd. antaño dos cochinos cebados, que pesaban cada uno quince arrobas? A peseta la libra, ajuste Vd.; cien fanegas de cebada á quince rs.; cien pellejos de vino y cin-

cuenta de vinagre. Pues ese gato, que tendrá Vd. metido en el arca, sin respiracion, ¿qué mejor ocasion para sacarlo á que le dé el aire? Cuando S. M. Cárlos IV vino á Jeréz, y vaya de cuento, le presentaron un rico vino; ¡pero qué vino, comadre! un poco mejor que el de la viña de Vd. S. M., que parece que lo entendia, celebró el vino á voces. Señor, dijo el alcalde, que no cabia en el pellejo de ancho, (porque han de saber Vds. que los jerezanos están mas envanecidos de su vino que yo de mi hijo); Señor, sepa V. R. M. que todavía lo tenemos mejor. ¿Si? dijo el Rey, pues guardarlo para mejor ocasion. Asi, comadre, esta carta te escribo; aplique Vd. el cuento.

—Pues es claro, compadre, que todo ese dinero y algo mas lo tengo yo ahorrado y junto para la hija de mi corazon, respondió Ana.

—¡Eso se llama hablar! esclamó Pedro alegremente. Comadre, á fé mia que vale Vd. un Perú. Por lo que toca á mi Ventura, todo lo que tengo le pertenece, puesto que Marcela quiere profesar. Y mire Vd. que no está descamisado: lleva mi casa...

—Que es un chiribitil, dijo Ana.

—Mis burras...

—Que son viejas, dijo Ana.

—Mis cabras...

—Que os cuestan mas en multas, tan ladronas son, que os retribuyen con la leche, los quesos y los cabritos.

—Y mi huerta, prosiguió Pedro, sin responder á las chanzas de Ana, con las que se vengaba de las suyas.

Asi discutiendo, arreglaron las bases del contrato, quedando antes, como despues, los mejores amigos del mundo.

Cuando Pedro se hubo ido, se puso Ana su mantilla de bayeta, y comprimiendo su dolor y sobreponiéndose á su violenta repulsa, se fué en casa de María.

María, que profesaba á su cuñada, que la hacia mucho bien, tanto cariño como gratitud, tanto respeto como admiracion, la recibió con una alegría espansiva.

—¡Dichosos los ojos que te ven en esta casa! esclamó al verla entrar: hermana, ¿qué buen pensamiento te ha traido por acá?

En seguida se apresuró á presentar una silla á su huéspeda.

Ana se sentó, y le manifestó el objeto de su visita.

Esta proposicion llenó á tal punto de júbilo á la pobre viuda, que no hallaba voces con que espresarlo.

—¡Ay! hermana mia, esclamaba en frases entrecortadas: ¡qué dicha! ¡Perico! ¡hijo de mi corazon! ¡á San Antonio le debo esta suerte!: y tú, Ana, ¿estás satisfecha? Mira, hermana: Rita, aunque caridelanterilla, en el fondo es una buena muchacha:

voluntariosilla; pero, mira hermana, yo me tengo la culpa. Si yo la hubiese criado tan bien como tú á Elvira, otra cosa seria. Ya verás: ligerilla es; pero con los años y el estado sentará. Todas esas son cosas de mis mimos y de los pocos años. Rita, Rita, gritó: acude, corre, aquí está tu tia: ¿qué digo yó? tu Madre, pues quiere serlo, casándote con su hijo.

Rita entró con el aplomo de un banquero y la calma de un diplomático.

—¿Qué dices, hija? le gritó la madre enagenada.

—Que lo sabia, respondió Rita.

—Vaya, le dijo su madre á media voz, que estás mas caripareja que una duca, y mas fresca que una lechuga.

—Y qué quiere Vd., ¿qué me ponga á bailar el fandango porque me voy á casar? respondió Rita en alta voz.

Ana se levantó y salió.

María, á lo sumo mortificada con la desabrida conducta de su hija, acompañó á su cuñada hasta la calle, prodigándole mil espresiones de gratitud y cariño.

CAPITULO V.

Hacíanse los preparativos de las bodas. Las de Elvira y Ventura debian celebrarse antes que las de Rita y de Perico, pues no tenian que esperar la dispensa de Roma.

Pedro quiso que su hija Marcela asistiese á la boda de su hermano antes de empezar su noviciado, y determinó ir por ella á Alcalá. María, que tenia allí una deuda que cobrar, y necesitando en esta ocasion de todos sus fondos, aprovechó la ida de su antiguo amigo para ir acompañada.

La anciana pareja, montada en sus respectivas burras, emprendió su viaje, santiguándose y haciendo la buena cristiana una oracion al santo arcángel San Rafael, patron de los caminantes desde Tobías hasta María.

María, cómodamente sentada sobre las almohadas

en sus jamugas, llevaba unas anchas enaguas de indiana, plegadas alrededor de su cintura, y un jubon de lana negro, cuyas mangas ajustadas se cerraban en la muñeca con una hilera de botones de plata. Al cuello un pañuelo de muselina blanca, recogido cerca de la nuca con un alfiler, para que no se rozara con el cabello, de suerte que parecia un figurin anticipado de la moda que habia de regir treinta años despues á las elegantes. Su cabeza la cubria un pañolito, cuyos picos venian á atarse por debajo de su barba. (1)

Pedro llevaba con corta diferencia el traje que hemos descrito ya, hablando de su hijo: solo que el paño era mas basto, la faja de lana negra, como viudo que era, todo el vestido mas holgado, y que el sombrero, sin adornos y mas ancho de ala, lo llevaba derecho y no garbosamente inclinado á un ado como su hijo.

—¡Es un dia de flores! dijo María cuando se hallaron en descampado; los campos se están riendo: no parece sino que el sol les dice «alegraos.»

—Sí, contestó Pedro; el rubio se ha lavado la cara, y ha afilado sus rayos, que pican como alfileres.

Sacó una bolsa de tabaco, hecha de piel de conejo, y se puso á hacer un cigarro.

—María, dijo Pedro cuando hubo concluido de

1 Aun visten asi las ancianas en los pueblos.

hacerlo; yo estoy para mí que se ha de volver usted de Alcalá con las manos tan vacías como las lleva para allá. Pero, cristiana, ¿quién domonios la tentó á Vd. á prestar dinero á ese perdido? ¿No sabia Vd. que no tenia sobre qué caerse muerto y no contaba sino con una racion de hambre y otra de necesidad?

—Pero, Pedro, contestó María; cuando se presta es á los pobres: los ricos no lo necesitan; ademas era amigo.

—¿Y no sabe Vd, inocentona, que el que presta á un amigo, pierde el dinero y el amigo? Pero Vd., María, siempre está en Belen. Lo que yo le digo á usted es que ese hombre le pagará en tres plazos, tarde, mal y nunca.

—Siempre piensa Vd. lo peor, Pedro.

—El caso es que acierto, por aquello de: piensa mal y acertarás, dijo el viejo marrullero.

Poco despues se puso á canturrear un romance, cuyo interminable testo era el siguiente:

Las dos de la noche eran
Cuando sentí ruido en casa:
Subo la escalera ansioso,
Saco la brillante espada;
Toda la casa registro
Y en ella no encuentro nada;
Y por ser cosa curiosa,
Voy á volver á contarla.
Las dos de las noche eran... etc.

María nada decia, ni pensaba mucho mas; mecida por el paso suave de su cabalgadura, abandonándose á la galbana que inoculaba el hermoso dia de primavera, se iba durmiendo.

A medio camino se hallaba una venta. Cuando llegaron, estaban algunos soldados tirados sobre los bancos de ladrillo, que á ambos lados de la puerta se hallaban bajo el cobertizo. Desde que vieron acercarse nuestra pareja, empezaron á acribillarla de dichos, provocaciones burlescas y zumbas, las que tan usuales son en el pueblo, y en particular entre los soldados.

—¡Tio! ¿dónde va Vd. con esa cuaresma? decia el uno.

—¡Tia! decia el otro, ¿está todavía en pié la iglesia en que os bautizaron?

—¡Tia! decia el otro, ¿se acuerda todavía su mercé de la noche de novios?

—¡Tio! preguntaba el cuarto, ¿vá Vd. á Alcalá á tomarse los dichos con esa mocita?

—No, (respondió Pedro apeándose con cachaza de su burra); que para eso aguardo mi mayor edad y que la niña acabe de crecer.

—¡Tia! prosiguieron los soldados, ¿quiere Vd. que le ayudemos á apearse de ese potro de regalo?

—Eso es lo mejor que podeis hacer, hijos mios, respondió la buena mujer.

Los soldados se acercaron y la ayudaron á bajar de un modo atento y bondadoso.

Pedro se encontró en la venta con unos cuantos conocidos, que le convidaron tan luego á beber. El no se hizo de rogar, y dijo despues de haber bebido.

—Ahora me toca á mí convidar, despues de haber sido el convidado. Ustedes, amigos, y esos caballeros que no conozco sino para servirlos, me harán el favor de beberse un vasito de anisete á mi salud.

—Tio Pedro, dijo un jóven arriero de Dos-Hermanas, cuéntenos Vd. algo, que yo cuidaré entre tanto de que su vaso esté siempre lleno, para que no se le seque la garganta.

—¡Ay Jesus! esclamó la tia María, que despues de haber bebido su vasito de anisete, se habia sentado sobre unos costales de trigo. ¡Jesus me valga! pues si suelta Pedro la *sin hueso*, no nos volvemos hoy al lugar, al menos de no hacer el milagro de Josué.

—No hay cuidado, María, contestó Pedro, que no estareis sentada sobre los costales hasta criar callos donde no los vea el sol.

—¿Es cierto, tio Pedro, preguntó el arriero, lo que dice mi madre, que en tiempos pasados, cuando eran Vds. mozos, fué novio de la tia María?

—Mucho que sí, y á mucha honra, contestó el tio Pedro.

—¡Mentira! esclamó la tia María, es una mentira como una casa. ¡Vaya Pedro, y que jactancioso que

es! En mi vida he tenido mas novio que mi marido: en descanso esté.

—¡*Seña* María! ¡*Seña* María! dijo Pedro, ¡y qué flaquita de memoria es su mercé! pues sepa Vd. que

Le pueden quitar al Rey
Su corona y su reinado;
Mas no le pueden quitar
La gloria de haber reinado.

—Verdad es, repuso María, que me requebró un dia en la boda de una de mis primas, y que vino una noche á la reja; pero tuvo alli tal susto, que me dejó plantada, y corrió cual si el miedo le hubiese puesto alas en los pies, y estoy para mí que no paró hasta que se dió de narices con la fin del mundo.

—¿Cómo es eso? esclamó á una voz el auditorio riendo á carcajadas; ¿asi enseñais los talones cuando teneis miedo, tio Pedro?

—No la doy de guapo, repuso este con calma, ni trato de ganarle la palma á Francisco Esteban.

—Eso es tener mas miedo que vergüenza, dijo la tia María, que se impacientó.

—Ya veis, señores, dijo Pedro, con guiñadas muy chuscas, que todavía no me lo ha perdonado. ¿Qué tal? ¿Me querria? Pero quisiera ver, prosiguió, cual es entre vosotros el Cid Campeador, que se las aviniese con las cosas del otro mundo, con cosas sobrenaturales.

—No hubo mas cosa sobrenatural que vuestro

miedo, intervino María, y no tuvo mas causa que un chino que rodó del tejado, movido por algun gato desvelado.

—Cuente Vd. el caso, tio Pedro, cuente Vd. el caso, que acá seremos los jueces de la contienda, esclamaron los bebedores.

—Pues han de saber Vds., señores, principió Pedro, que la ventana que me señaló María, y que abria detrás de su casa, estaba en un lugar apartado y solo, á la salida del lugar.

Cerca de alli habia un retablo de ánimas ante el que ardia un farol. Cuando miraba yo esa luz, se me venia á las mientes un suceso que alli acaeció algun tiempo antes. Todas las noches pasaba ante el retablo un cabañil, llevándose los pellejos vacíos, para traer en ellos por la mañana al salir el sol. la leche. Llegado que habia á ese lugar, no escrupulizaba en bajar el farol de las ánimas, para encender en la luz un cigarro. Una noche, (era la de la víspera de difuntos) bajado que hubo el farol, como tenia de costumbre, no pudo encender, porque la luz se apagó. Lo estrañó, porque la noche estaba serena y el viento dormia.

Volvió á subir el farol y siguió su camino.

Pero ¡cuál fué su asombro, cuando á poco volviendo la cabeza, vió el farol encendido y la luz ardiendo mas clara que nunca!

Reconociendo en esto un santo aviso de Dios, sentido y arrepentido de su desacato, hizo voto pa-

ra castigarse, de no volver en su vida á encender un cigarro. Y señores, añadió Pedro en voz grave, lo ha cumplido.

Pedro hizo una pausa, y no fué interrumpida.

—Es el caso de aplicar, observó María despues de un rato, lo que dicen cuando todos callan á la vez, que un ángel ha volado sobre nosotros, y el aire de sus alas nos ha infundido el respeto del silencio.

—Vamos, tio Pedro, prosiga Vd., dijeron los arrieros: adelante, y vengamos al caso.

—Pues, señores, prosiguió Pedro, en su anterior tono jovial, sabrán Vds. que aquel farolito me infundia un gran respeto con algun poco de miedo. ¿Será bien hecho, decia yo para mí, el venir aqui á pelar la pava en las barbas de las benditas ánimas que padeciendo y espiando están? Aseguro á Vds. á fé de Pedro, que me ponia respeto aquella luz santamente ardiendo en prez de los muertos, luz que era una ofrenda al Señor, que parecia recordar y vigilar, y como que me miraba y me reconvenia. Unas veces estaba triste y llorosa, como el *De profundis*. Otras veces aparecia inmóvil, como el ojo de un muerto que me fijaba. Otras se alzaba la llama, y parecia un dedo amenazador de fuego amonestándome.

Una noche, pues, que la miraba cual nunca amenazarme, una piedra lanzada por mano invisible, vino á dar con tal fuerza en mi cabeza, que me dejó como aturdido; y fué esto tan cierto, que al que-

rer huir, aunque como quien dice en campo raso, me sucedió como al *negrito* de mala fortuna, que habiendo tres puertas no dió con ninguna, y que asi corriendo, en lugar de dar con mi casa, dí con una cantera, en la que me caí.

—Tio Pedro, dijo uno de los concurrentes, siempre he oido mentar á ese negrito de la mala fortuna, y no he podido *indilgar* de dónde le provino el mal nombre.—¿Me lo podrá Vd. decir?

—¡Pues no he de poder! contestó el tio Pedro, ¡si eso es mas sabido!...

Pues han de saber Vds. que habia un negro muy rico, que vivia enfrente de una real moza, de la que se enamoró. La real moza, amostazada por las carantoñas y requiebros del guachí, le contó el caso á su marido. Su marido le dijo que le diese una cita para aquella noche. Asi lo hizo ella, y el negro acudió, trayendo un mundo de regalos. Lo recibió ella con mucho agasajo en un estrado que tenia tres puertas, en el que le tenia preparada una gran cena. Pero no bien se sentaron á la mesa, cuando apagó ella la luz y entró el marido con un zurriago con el que empezó á sacudirle las espaldas al negro: éste se aturrulló en tales términos, que no encontraba puerta por la cual huir, y á cada latigazo decia saltando:

Pobre negrito, ¡qué mala fortuna!
Que habiendo tres puertas, no encuentra ninguna.

Por fin dió con una, y salió huyendo que bebia los vientos; pero el marido salió detrás, y lo echó á rodar por la escalera abajo. Al ruido que hizo, se levantó un criado preguntando qué era aquel estrépito—Qué ha de ser, respondió el negro:

Que he subido de puntillas,
Y he bajado de costillas.

—Tio Pedro, dijo riéndose el arriero: y ¿esa fué la causa de quedar Vds. regañados?

—No, respondió Pedro; ocho dias despues me armé de valor, y volví á la reja; pero María no abrió su ventana.

—Tia María no querria, dijo el arriero, que muriese Vd. apedreado como San Estéban.

—No fué eso, muchacho, respondió Pedro; el caso fué que Miguel Ortiz, que habia cumplido, dejó la casaca y volvió al lugar, y á María le pareció bien desnudar á un santo para vestir á otro que...

—No tenia miedo, interrumpió María, de hablar á una muchacha con buenos fines cerca de un retablo de ánimas. ¿Pues qué, se figuró Vd. que todas aquellas almas del retablo eran solteras?

—Lo creo asi, María, porque los casados pasan su purgatorio en este mundo; los hombres, porque se lo hacen pasar sus mugeres; las mugeres porque se lo hacen pasar los hijos. Ello es, señores, que tuve tal pesar, que no me quise quedar en Dos-Hermanas cuando fué la boda, y me fuí á Alcalá.

—En donde, añadió María, se acordó tanto de mí, que volvió casado con otra.

—Verdad es, afirmó Pedro, porque yo siempre he pensado que á rey muerto, rey puesto.

—Ea, Pedro, hablador sempiterno, dijo María levantándose, vámonos.

—Si, vámonos, añadió el tio Pedro, que el sol pica como cuando huye de las nubes, y creo que va á llover.

—¡No lo quiera Dios! esclamó María. Dios mio, ¡sol y abispas, aunque me piquen!

—¿Qué habia de llover? Llover, si estamos en marzo, opinó el arriero.

—¿Y tú no sabes, José, repuso el tio Pedro, que enero le prometió un borrego á marzo; pero cuando llegó marzo, estaban los borregos tan gordos y tan hermosos, que no quiso enero cumplir lo prometido? Entonces marzo le dijo enojado:

Con tres dias que me quedan,
Y tres que me preste mi compadre abril,
He de poner tus ovejas
Que te acordarás de mí.

—Con que vámonos.—Adios, caballeros.

—¡Qué prisa, tia María! dijo otro; ¿tiene Vd. miedo de echar raices?

—No; pero las burras nuestras no andan como tus burros, José.

—Es cierto, dijo Pedro, ayudando á María á mon-

tarse, que acá todo es viejo, la gineta, el escudero y las caballerías; mi burra es tan machucha, que no sabe de que pie cojear, porque cojea de los cuatro, y la de María tan vieja, que si hablase, nos diria á todos de tú. Ea, señores, mandar.

—Salud y pesetas, tio Pedro.

Nuestros viageros se volvieron á poner en camino, y llegado que hubieron á Alcalá, se separaron para atender cada cual á sus asuntos.

Una hora despues se volvieron á reunir. Pedro venia acompañado de su hija, que se echó al cuello de María con esa espansion tierna de las religiosas y de los niños, es decir, de los seres cuyo corazon no ha sido magullado, herido ó enfriado por el roce con la sociedad. María la cubrió de cariños,

—¿Habeis cobrado? preguntó Pedro con sorna.

—Me ofrecieron, respondió María, la mitad ahora, ó el todo al tiempo de la paja; y como necesitaba mis cuartos, preferí lo primero.

—¡Ni Salomon! María, ¡ni Salomon! pues beato es el que posee; y más vale pájaro en mano que ciento volando.

Pedro tomó á ancas á su hija, y se pusieron en camino, cuidando la tia María de su dinero, Marcela de las aspiseras, flores, tortas y alfajores que llevaba de regalo, y Pedro de ambas.

CAPITULO VI.

La llegada de Marcela causó á todos una gran alegría. Solo Rita no pudo ni quiso ocultar el mal humor que le causaba la presencia de aquella que habia sido destinada por ambas familias á ser la mujer de Perico. Este espíritu hostil, la fria reserva que Rita impuso á Perico en sus relaciones con Marcela, fueron las primeras escarchas que cayeron sobre la primavera de aquella alma pura.

Lejos estaba Marcela de sospechar los sentimientos innobles y amargos de Rita. Ademas no los hubiese comprendido, puesto que Marcela, aunque era ya una jóven, tenia el alma de niña. Viviendo, desde que nació, en el convento, se habia creado una dulce existencia en un estrecho círculo, que los intereses y las pasiones de la vida no

ensanchan sino á costa de la felicidad y de la inocencia. Amaba á sus buenas religiosas; su jardin, sus quehaceres suaves y pacíficos, eran sus delicias: estaba apegada á sus devociones, á su iglesia, á sus santas Imágenes. Queria sermonja, no por *exaltacion* religiosa, sino por *gusto*; no por misantropía, sino con alegría de corazon; no por falta de hallar en el mundo un puesto ó lugar conveniente, lo cual muchos creen causa de las tomas de velo; sino porque este lugar, este puesto, los hallaba con preferencia en su convento.

Esto es lo que muchas personas no comprenden, ó fingen no comprender. Todo se comprende en el mundo, todos los vicios, todas las irregularidades, las inclinaciones mas atroces, hasta las de los antropófagos; pero se niega la de la vida tranquila y retirada, sin cuidado de lo presente ni de lo porvenir. En el mundo todo se cree; se cree en la mujer libre, en la moral del robo, en la filantropía de la guillotina; se cree en los habitantes de la luna, y en otros *puffs*, como dicen los ingleses, ó *canards*, como dicen nuestros vecinos, ó *bolas* y *patrañas*, como llamamos nosotros, Todo se lo traga el escéptico sátiro llamado mundo, porque nada hay tan crédulo como la incredulidad, ni tan supersticioso como la irreligion. Pero no cree en los instintos de pureza, en los deseos modestos, en corazones humildes, ni en sentimientos religiosos: eso no. La existencia de estas es un *puff*, un *canard*, una bo-

la, que no le cuela; no tiene nuestro Minotauro tales tragaderas. Para esos filósofos que pretenden *guiar* la opinion, una religiosa es, ó una víctima inmolada, ó un mónstruo que se sustrae á las leyes de la naturaleza y á sus sagrados instintos. Nobles y elevados son por cierto vuestros *sagrados instintos*, si engendran la *mujer libre*, y niegan la mujer religiosa, sumisa y casta.

Guardad allá vuestras máximas impías y disolventes, que en España no son los entendimientos bastante obtusos para que los engañeis, ni las almas bastante innobles para que las pervirtais.

La primera salida que hizo Marcela acompañada de Ana y Elvira, fué á la iglesia y á la capilla de la santa, patrona del lugar. La buena mujer del sacristan se apresuró á introducirlas. La capilla era larga y angosta. En el fondo estaba el altar con la efigie de la santa. En una urna de cristal embutida en el altar, se veia una cruz de madera y una campanilla.

La efigie de Santa Ana era muy antigua. Iba abriendo ó anchando por abajo en forma de campana. Sobre el pecho tenia la santa imágen de la Vírgen, la que de la misma suerte tenia el niño Jesus. El remoto orígen sellado en esta imágen, uniendo la antigüedad de la idea con la de la materia, daba á la devocion que inspiraba, como alas para alzarse y desprenderse de todo lo presente.

En la pared de la derecha estaban suspendidos

dos grandes cuadros. En el uno se veian dos muchachas á las que se les aparecia un ángel; en el otro, estas mismas con un hombre, ocupado en cavar un hoyo en un lugar solitario y agreste.

A la izquierda, una verja de hierro rodeaba la entrada de una cueva subterránea, á la que se bajaba por una escalerita.

Marcela y sus compañeras, despues de haber rezado sus devociones, se sentaron debajo del emparrado en unas sillas bajas, que se apresuró á traerles la santera; y Marcela suplicó á la agasajadora y agradable mujer les dijese lo que aquellos dos cuadros colgados en la capilla representaban. La buena anciana, que gustaba de contar, tomó su relato de muy lejos, y lo empezó en estos términos:

CRÓNICA POPULAR Y VERBAL DE DOS-HERMANAS (1).

En tiempos cuya memoria se pierde, reinaba en España don Rodrigo, hombre licencioso. Era por entonces costumbre que todos los grandes del reino enviasen sus hijas á la córte. Sucedió, pues,

(1) La persona que escribe esto, oyó ella misma la siguiente relacion en boca de esa mujer, y la escribió en seguida en los mismos términos y propias palabras, sin quitar ni poner. Si bien el fondo es cosa muy sabida, es de sumo interés para quien estudia la índole del pueblo, ver la manera clara y precisa con que concibe las cosas, la nobleza con que las refiere, y sobre todo el sentimiento religioso que en ellas brilla y predomina.

que el noble conde don Julian envió allá á su hermosa hija Florinda, conocida por la Cava. Cuando el rey la vió, se encendió en amores; mas como ella era virtuosa, segun á su nobleza competia, solo debió el rey á la violencia lo que agradecer no pudo á la voluntad. Cuando la hermosa Florinda se miró deshonrada, le escribió una carta al ausente conde, con lágrimas escrita y con sangre, en que ponia:

«Padre, vuestra honra y la mia están mancilladas. Mas os valiera, y mejor me fuera, que me hubiéseis matado, que no enviarme aquí. Vengaos y vengadme.»

Cuando el conde don Julian leyó la carta, perdió el sentido, y cuando volvió en sí, juró sobre la cruz de su espada sacar tal venganza que sonada fuera cual no otra, y proporcionada á la ofensa. A este fin trató con los moros, y les entregó á Tarifa y Algeciras. Cual rio henchido que rompe sus diques, inundaron los moros la Andalucía.

Llegaron á Sevilla, llamada entonces Híspalis, y á este lugar, nombrado en aquel tiempo Oripo. Los cristianos, antes de huir, escondieron la venerada imágen de su patrona Santa Ana en las entrañas de la tierra. En ellas quedó quinientos años, hasta que el santo Rey Fernando se hizo dueño del pais, espulsó los moros y cercó á Sevilla. Empero los moros hacian tan tenaz resistencia, que el ánimo del santo Rey empezó á desfallecer. Apareciósele entonces en sueños, en la torre hoy dia derrumbada

de los Herveros, nuestra Madre Santísima, animando su valor y prometiéndole la victoria. Con robustecido espíritu se volvió el santo Rey á sus reales, á Alcalá. Hizo venir todos los artífices que hallarse pudieron, y les mandó que le hiciesen una imágen en un todo idéntica á la que en sueño viera; pero ninguno atinaba; lo que entristecia en gran manera al rey.

Presentáronse entonces dos bellos mozos vestidos de peregrinos, los que se ofrecieron á fabricar la imágen, en un todo conforme á la que viera el santo Rey. Hízoles éste llevar á un taller en el que hallaron cuanto para su intento habian de menester; y cuando al siguiente dia el rey, estimulado por su impaciencia, entró en la estancia para ver sus adelantos, los peregrinos habian desaparecido. Intactos yacian en el suelo los materiales, y sobre un altar se veia la imágen de la Señora, tal cual al rey se le habia aparecido la Santa Madre en sueños. El rey, reconociendo la intervencion de los ángeles, se postró en el suelo, vertiendo lágrimas ante aquela imágen por la que tanto habia ansiado, y que la misma Reina de los ángeles le enviaba por medio de éstos.

Cuando el santo caudillo conquistó á Sevilla, mandó que se colocase la Vírgen en un carro triunfal tirado por seis caballos blancos, siguiendo su Real Magestad el carro á pies descalzos, y la depositó en el santo templo de la catedral, en donde se venera

y se venerará hasta el fin de los siglos, bajo la advocacion de Nuestra Señora de los Reyes. En su capilla, á sus pies, yace el cuerpo del santo Rey. Reliquias son que bien puede envidiarle la España entera.

Poco despues de este sucedido, se preparó el gran Rey á otro ataque, pues era grande su confianza en la ayuda del cielo. Acampó sus valientes tropas en el vecino cerro de Buena-Vista, en que se estendian á ambos lados como dos brazos para obedecerle. Pero estaban las tropas tan fatigadas y exhaustas por el calor y la sed, que tenian las fuerzas perdidas y los ánimos caidos. En este conflicto, levantó el santo Rey un altar formado con armas, y sobre él colocó una imágen de la Vírgen, que siempre llevaba colgada del arzon de su silla de montar: ¡*Valedme*! ¡*Valedme*, Señora! le dijo: que si hoy alzo por vuestra ayuda y vuestro valer la cruz en Sevilla, hago voto de labraros aqui mismo una capilla, en donde se os dé culto, y de depositar en ella á vuestras plantas los estandartes con los que se haya ganado Sevilla.

En el mismo instante brotó al pie del cerro una hermosa fuente de siete caños, que aun corren hoy, y lleva el nombre de *la fuente del Rey*.

Hombres y caballos se refrigeraron, cobraron fuerzas y vigor, fué ganada Sevilla, y el rey moro Aixa vino descalzo á presentar al santo conquistador, sobre una bandeja de oro, las llaves de la ciu-

dad, las que en el dia se conservan en el tesoro y reliquias de la catedral (1).

En estos tiempos, prosiguió la narradora, vivian en la provincia de Leon dos piadosas hermanas llamadas Elvira y Estefanía. Apareciósele un ángel, y les dijo que se pusiesen en camino para desenterrar una imágen de la santa madre Nuestra Señora, que los cristianos habian escondido debajo de tierra.

El padre de las santas doncellas, Gomez Nazareno, que era tan piadoso como ellas, quiso acompañarlas. Pero al ponerse en camino, fué grande su tribulacion por no saber hácia que lado dirigirse. Oyeron entónces en el aire el son de una campanilla sin verla. Fuéronla siguiendo hasta que las condujo á este sitio, en el que se perdió á sus pies debajo de tierra.

Era por entonces este lugar un eriazo agreste, una maleza intrincada, que tenia por nombre *Cañada viciosa*. La razon de esto era, el que nunca pudieron los moros que metieran toda esta tierra en

(1) Todos estos detalles son históricos. Muchos pasan cerca de los arruinados restos de esta capilla, que es la que anunciamos al principio, sin sospechar su orígen. Cuando la capilla amenazó ruina, hubo un pleito entre la catedral y el pueblo de Dos-Hermanas para fallar quien recogiera las reliquias que encerraba; pero estando labrada la capilla en el término de Dos-Hermanas, este ganó el pleito. La imágen, conocida por advocacion de la Vírgen del *Varmen* (derivada de la esclamacion del santo, ¡*Valedme*! así como los estandartes, fueron trasladados con gran pompa al lugar, donde no son atendidos ni por los eruditos, ni por los anticuarios, ni por los ricos, ni aun por los curiosos; pero en donde los veneran y dan culto los pobres.

labor, desmontar la *Cañada viciosa*, porque la guardaba un ángel con una espada en la mano.

Pusiéronse con ahinco á ahondar la tierra y hallaron una losa, la que, sopesada que fué, descubrió la entrada de una cueva, que es la propia que á la vista está en la capilla; y en ella hallaron la imágen de la Santa, una cruz, la campanilla, que, cual la estrella de los Reyes magos, los condujo allá; y una lámpara, que aun ardia y que sigue alumbrando á la santa, colgada delante del altar en que está colocada: mas de mil años há que arde en veneracion de la Santa.

Sacáronla y le labraron una capilla. Bajo su amparo se alzaron y apiñaron casas, hasta formar una aldea que tomó el nombre de Dos-Hermanas, en memoria de sus fundadoras. Ved, prosiguió la santera levantándose y volviendo á entrar á la capilla, ved la imágen que nada ha podido deteriorar, ni la humedad de la tierra, ni el polvo del aire, ni la carcoma del tiempo. En estas láminas están retratadas las piadosas hermanas.

A los lados del altar se veian suspendidos gran cantidad de Ex-votos.

Llamaron la atencion de Marcela siete pequeñas piernas de plata, que colgaban unidas por una cinta y un moño de color de rosa.

—¿Qué significa esta ofrenda? preguntó á la santera.

—Aqui las trajo, respondió esta, Márcos el her-

rero. Habia acaecido que un dia de repente le entraron tales dolores en la pierna al infeliz, que no podia ni vivir ni morir. Su pobre muger, despues de haberle hecho cuantos remedios le mandaron, lo llevó á Sevilla tendido en una carreta. Pero allá tampoco hallaron los médicos con qué aliviar su padecer.

Cuanto tenian se derritió en la asistencia del desdichado, y un dia, desesperado por sus dolores, y por las voces de sus hijos, que le pedian el pan que no tenia que darles, se levantó su corazon partido á Dios, poniendo por intercesora á nuestra santa patrona, rogándole con fervor le devolviese la salud mientras sus hijos lo necesitasen. «Cuando mis hijos ya no me necesiten, santa mia, le dijo, entonces moriré gustoso; pero si hasta entonces por tu mediacion recobro la salud, te prometo, santa bendita, colgar cada un año una piernecita de plata en tus aras para que atestigüe el milagro.» Al siguiente dia venia Márcos por su pie á dar gracias á la santa.

Trascurrieron años, los hijos de Márcos habíanse hecho mozos, ganaban su pan; no le quedaba á Márcos sino una mocita. Tenia novio, y se la pidió á su padre. Alegre fué la boda; pero Márcos estaba metido en sí. El dia que siguió, se sintió indispuesto y se acostó para no mas levantarse. Lo que pidió le habia sido concedido. Su tarea estaba cumplida.

—¿Y estas espigas? preguntó Marcela al ver un ramito de estas, que colgaban atadas con un moño celeste.

—Fueron traidas, respondió la santera, por Petrola, la muger de Gomez.

Esas pobres gentes no tienen sino la peonada (lo que se gana de jornal) del padre para ocho hijos.

Habian podido agenciar para sembrar un *pegujalillo*. En él tenian puestas sus esperanzas, en él se estaban mirando como en un espejo, y con razon, porque el *pegujal* lo agradecia; crecia lozano que no parecia sino que lo regaban con agua bendita.

Un dia entra su vecina, venia del campo, y le dijo que está la langosta en su trigo; ¡la langosta, una de las plagas de Egipto! Ni un rayo que hubiese caido del cielo, hubiese dejado mas aterrada á la infeliz. Sale despavorida sin saber lo que hacia, abandonando su casa y sus hijos, corre desatentada con los brazos abiertos y gritando á voces: ¡Santa Ana! ¡Santa Ana! ¡qué es el pan de mis hijos! ¡el pan de mis hijos!

Llega y vé en una punta del sembrado la rastra de la langosta, que corta el trigo por el pié sin dejar ni señal; pero entre esta punta y lo demas del sembrado no parecia sino que se habia levantado un muro invisible para guardar el trigo de la madre devota que invocaba á la santa. Ya podeis gra-

duar el enagenamiento y gratitud de la buena muger; pero como era tan pobre, no lo pudo demostrar sino trayéndole estas espiguitas á la santa.

Oian Ana, Elvira y Marcela á la santera, enternecido y fervoroso el corazon y humedecidos los ojos. Con estos sentimientos se ha trasladado el relato al papel. ¡Haz, Dios mio, que con los mismos se lea!

CAPITULO VII.

Sonreia mayo, tan dorado de sol, tan bullicioso por el canto de sus pájaros y el susurro de sus miles de insectos, tan perfumado por sus flores, tan alegre y risueño, por ser el mes que, feliz entre todos los meses, es dedicado á María.

Era llegado el dia de la boda de Ventura y Elvira, y ese dia se levantó el sol tan radiante como un amigo que se hubiese apresurado á ser el primero en felicitarlos. Iban á salir para la iglesia. Ana estrechaba sobre su corazon á la hija que tanto amaba, esa suave Elvira, tan humilde y recogida en su felicidad, que bajaba la cabeza cual si la abrumara, y los ojos cual si la deslumbrase. Tio Pedro, mas alegre que en su vida lo habia estado, se excedia á sí mismo en gracejos, bromas y dicharachos. María,

enagenada de su gozo y del de los demas, vertia lágrimas sin fin, que eran como las gotas de agua que caen á veces de un cielo sereno que alumbra el sol; y como aquellas se deslizan brillantes al través de sus rayos, se resbalaban las lágrimas de María al través de su sonrisa.

—Hermana mia, decia Marcela á Elvira; despues del mio, mi dulce Jesus, tu esposo es el mejor y mas perfecto. Mira mi Ventura qué bien parecido está. Si tuviese una vara de azucenas en la mano, se pareceria á San José en los desposorios.

Y tenia razon en celebrar á su hermano, porque Ventura, primorosa y ricamente vestido, mas animado y gallardo que nunca, dando prisa para que se pusiesen en camino, era el tipo que hubiese escogido un estatuario para esculpir un Aquiles.

Perico olvidaba á Rita para mirar á su hermana con sus grandes y suaves ojos pardos, con una profunda mirada de inesplicable cariño.

Solo Rita tenia aire indiferente y aburrido.

Melampo era de parecer que se hacia mucha bulla por poca cosa, y se fué debajo del naranjo á dormir. Este sacudia todas sus flores, como si hubiese querido regar con ellas la senda de la novia.

Iban á salir, cuando un ruido estraño llegó á sus oidos: parecia compuesto del bramido del toro acosado, y de los lamentos de la cierva herida y del rugido de sorpresa del leon herido en su sueño.

Era este causado por el grito de alarma y de rá-

bia de bandadas de fugitivos que llegaban, y por las esclamaciones de asombro y de indignacion de los del pueblo que se preparaban á imitarlos.

Los franceses, que habian entrado á pasos agigantados en Sevilla, seguian su marcha devastadora hácia Cádiz.

Perico, previendo este funesto suceso, tenia prevenido un lugar de refugio á su familia en una hacienda solitaria apartada de todo tránsito, y al intento caballerías en sus cuadras.

Mientras los hombres corrian al corral para aparejarlas, las mujeres desatinadas sacaban y liaban las ropas, y traian cuanto podia cargarse en los serones.

—¡Qué triste agüero, Ventura! le decia Elvira; el dia que nos debia unir, nos separa.

—Nada puede separarnos, Elvira, contestó Ventura. Desafío á cuantos lo intentasen. Marcha tranquila; acá nos vamos á alistar, y en el camino os alcanzaremos.

Viólas Ventura alejarse bajo la custodia de Perico, y no se volvió á su casa hasta que los hubo perdido de vista.

Pero ya se oia á la entrada del lugar el funesto son de los tambores que anunciaban la terrible falange armada, que se arrojaba sobre aquel pobre pueblo desarmado, cogido de sorpresa y tratado como esclavo.

Venian en nombre de esa usurpacion inícua,

cuyos precedentes pertenecen á los tiempos bárbaros, asi como pertenece á los tiempos heróicos la resistencia que halló, y contra la cual se estrelló, combatiendo sin gloria y sucumbiendo con vergüenza.

—Seguidme, padre, dijo Ventura; hermana, ven, huyamos.

—Es tarde, repuso Pedro, están ya ahí; pero tú escóndete, Ventura, esconde á tu hermana; en llegando la noche huiremos; más por el pronto escondeos.

—¿Y vos, padre? preguntó Ventura, vacilando entre la necesidad y la repugnancia que le causaba el tener que esconderse.

—Yo, repuso Pedro, aqui me quedo. A mí, pobre viejo, ¿qué me han de hacer? Vamos, obedeced; escondeos. Marcela, ¿qué haces ahí, mas fria, mas parada que una estátua de piedra? ¿Ventura, en qué piensas que no te mueves? ¿Quiéres perderte? ¿Quiéres perder á tu hermana? ¡Ventura, hijo! ¿Me quiéres matar?

Este grito de angustia de su padre sacó á Ventura del estupor en que lo habian puesto la incertidumbre, la sorpresa y la rábia.

—Preciso es, murmuró apretando los puños y los dientes, padre, padre esconderme como una mujer. ¡Mientras viva no se me ha de quitar la vergüenza! Y tomando una escalera de mano, la apoyó contra un boquete que se notaba en el techo, y que daba

entrada á un sobrado ó desvan, en el que se guardaban las semillas y trastos viejos; hizo subir á su hermana, subió á su vez y tiró tras de sí la escalera.

Tiempo era, porque llamaban á la puerta. Pedro fué á abrir.

Un granadero francés entró.

—Prepárame, le dijo á Pedro en su geringonza, de comer, de beber; dáme tu dinero, si no quieres que yo te lo tome, y llama á tus hijas, sino quieres que las vaya á buscar.

La sangre del honrado y altivo español le subió al rostro; pero respondió con moderacion:

—Nada tengo de cuanto pedís.

—¿Qué quiere decir que nada tienes, brigante? ¿Sabes con quien hablas? ¿Sabes que tengo hambre y sed?

Pedro, que habia pensado pasar todo el dia tan celebrado de la boda de su hijo en casa de Ana, y de consiguiente nada tenia prevenido, se acercó á la puerta que comunicaba con lo interior de la casa, y señalando con la mano el fogon apagado, repitió:

—¡Ya os dije que nada de comer hay en casa, sino pan!

—¡Mientes! gritó rabioso el francés; es mala voluntad. Pedro clavó sus ojos en el granadero, y en ellos chispearon por un instante toda la indignacion, toda la cólera, todo el resentimiento que abrigaba su alma; mas un segundo pensamiento, que

lo hizo estremecerse, se los hizo bajar, y dijo en voz conciliadora:

—Mirad que os he dicho la verdad.

Al oir esta obstinada negativa, el soldado, á quien ya la mirada que le habia lanzado Pedro, tenia exasperado, se acercó á éste y le dijo:

—¡Me haces frente! ¡Me niegas con obstinacion lo que tienes obligacion de darme, hé! y encima de todo, ¡me insultas con tu calma desdeñosa!: yo te pondré á fé mia tan suave como un guante.

Y levantando la mano, resonó en el cuarto el sonido seco y distinto de una bofetada.

Cual águila que se arroja sobre su presa, Ventura, saltando del sobrado, se abalanzó al francés, le arrancó el sable de su vaina y le atravesó con él. El francés cayó redondo como una masa inerte.

—¡Hijo! ¡hijo! ¿Qué has hecho? esclamó el anciano, olvidando la afrenta al considerar el riesgo de su hijo.

—Padre, mi obligacion.

—¡Te has perdido!

—Y qué, si os he vengado?

—Huye, huye: no pierdas un instante.

—No antes de que limpie esto de ese deudor que ya ha pagado. Si lo hallasen, pagaríais por mí, padre.

—No le hace, no le hace, esclamó el anciano; sálvate tú, que es lo que importa.

Ventura, sin dar oidos á su padre, levantó el

cadáver, que cargó sobre sus hombros, lo tiró al pozo, se volvió hácia su padre que lo seguia en la agonía de la angustia, le pidió su bendicion, se puso de un brinco sobre la tapia del corral que daba al campo, y saltó del otro lado: y el pobre padre, subido sobre el tronco de la higuera, asido á sus ramas, con el corazon oprimido, los ojos desencajados, el pecho sin aliento, vió á su hijo, al ídolo de su corazon, salvar la distancia que separaba al pueblo de un olivar con la ligereza de un ciervo, y desaparecer entre los árboles.

FIN DE LA PARTE PRIMERA.

PARTE SEGUNDA.

CAPÍTULO I.

El otoño habia cercenado los dias y el invierno llamaba á la puerta con sus dedos de hielo. Era la hora en que los labradores vuelven á sus casas y aquella en que el sol echa una última y fria mirada á la tierra que abandona.

Venia Perico despacio detrás de su burra, seguido de Melampo, que rivalizaba en gravedad con su anciana amiga y compañera. Esta aun recordaba con horror la entrada de los franceses, aunque desde entonces habian pasado seis años, porque en aquella ocasion el poner en salvo á sus amas le habia costado el mas desatinado galope que habia dado en su vida. Si hubiese tenido algun ligero tinte de literatura estranjera, como muchos lo tie-

nen hoy, que oyen campanas sin saber quizás donde suenan, es bien cierto que hubiese sostenido á Melampo que el potro indomado, sobre el que ataron á Mazepa era un caracol comparado con ella en esa memorable ocasion. Todavía no habia acabado de descansar.

Cuando entraron en su calle, dos hermosos chiquillos volaron al encuentro de Perico. Pero en el momento de llegar, una sonora y solemne campanada anunció la oracion. Perico se paró y se quitó el sombrero. La burra y el perro, que por un largo hábito conocian el toque, se pararon igualmente, y los niños quedaron inmóviles.

Cuando su padre hubo concluido las oraciones del misterio de la Anunciacion, los niños se acercaron á él y le dijeron.

—La mano, padre.

—Dios os haga buenos, respondió Perico bendiciendo á sus hijos.

Quien hubiese mirado la ancha y honrada cara de Melampo, que sentado miraba con visible interés esta escena, hubiese leido en ella la palabra: *Amen.*

El niño, que estaba deshaciéndose porque su padre le montase en la burra, le preguntó que porqué era preciso pararse cuando daba la oracion.

—¿No te acuerdas, le dijo su hermana Angelita, de lo que dice tia Elvira, que cuando toca esta hora dedicada á la Vírgen, se paran nuestros ángeles de

la guarda por respeto, y que si entónces anduviésemos, seria solos y sin ellos?

—Verdad es, hermana, respondió Angel dándole desfachadamente un varazo á la burra, sobre la cual le habia sentado su padre; varazo del que, por fortuna, ni aun se enteró la paciente.

Seis años habian pasado desde los tristes acontecimientos que hemos referido, los que se habian aun agravado por haber perdido el juicio la infeliz Marcela aquel dia, que escondida en el sobrado habia sido testigo de la afrenta de su padre, de la terrible venganza que de ella tomó su hermano, y de la fuga de éste, del que ninguna noticia habia habido, y que todos lloraban como muerto, á pesar de que en su amistad á Pedro y su cariño á Elvira, buscaban para ellos palabras de una esperanza que no abrigaban sus pechos. El tiempo, no obstante, ese gran disolvente en el que se van deshaciendo alegrías y pesares, como en el agua el azúcar y la sal, habia hecho estas penas, sino ménos amargas, mas llevaderas. Solo que en boca de Pedro, en lugar de sus alegres chanzas y habituales chistes, se oia con frecuencia esta esclamacion: ¡Mi pobre hijo! ¡Mi pobre hija!

Unicamente Elvira se esceptuaba de esta influencia del tiempo. Ibase desvaneciendo en silencio, como aquellas nubecillas del cielo que en lugar de caer en tierra en ruidosos raudales de lluvia, se van alzando en silencio hasta perderse de vista. Ja-

más se quejaba; ni el nombre de Ventura, de aquel que ya habia mirado como el compañero que la Iglesia le diera, salia de sus labios.

—Un gusano le está royendo la vida, le decia Ana á su hijo Perico. Vosotros no lo veis; pero á mí no se me oculta.

—Pero, madre, contestaba éste, ¿donde veis eso? ¿Se queja acaso?

—No, hijo, no. Pero, Perico, á la hija muda su madre la entiende, respondia Ana con profundo dolor.

Rita y Perico eran felices, porque Perico labraba la felicidad de ambos con su corazon amante, su genio dulce y su carácter conciliador. Un año despues de su casamiento, habia dado Rita á luz dos gemelos. En esta ocasion estuvo á la muerte, y debió la vida á la esmerada asistencia de su marido y su familia. Largo tiempo quedó débil y achacosa; pero en el instante en que volvemos á coger el hilo de la narracion, estaba del todo restablecida, y las rosas de la salud y de la juventud florecian mas bellas y lozanas que nunca en su semblante. Cuando aquella noche estuvieron reunidos,

—Vírgen santa, dijo María, ¡qué espantosa tormenta hubo esta noche! Tanto miedo he tenido, que hasta mi cama temblaba conmigo! Junté todos mis pecados, y se los confesé á Dios. He rezado tanto, que me parece haber despertado á todos los muertos, y en voz alta, porque siempre he oido

decir que donde alcanza la voz de la oracion, pierde su fuerza el rayo. ¡A los moros! ¡A los moros! le gritaba á la tormenta. ¡A los moros! para que se conviertan, y tiemblen de la ira de Dios. Solo al amanecer, cuando ví el arco iris, me consolé, porque él es la señal que dió Dios al hombre, de que no le castigaria con otro diluvio. ¡Jesus! ¡Y que no tiemblen los hombres ante estos avisos de Dios!

—¿Y por qué quiere Vd. madre, que tiemblen por una cosa que es natural? dijo Rita.

—¿Natural? repuso María. ¿Tambien dirás que lo son la peste y la guerra? ¿Tú sabes lo que es el rayo? Pues á un aperador le oí, que es *un pedazo del aire encendio y la ira de Dios que le va rempujando* (1), ¿Y dónde no entra el aire, y donde no alcanza la ira de Dios? ¿Pues y el trueno? El trueno decia un predicador que es la voz de Dios y su magnificencia, y que hay que temer á Dios, sobre todo cuando truena. Asi, hijos mios, no echeis en olvido nunca que una tormenta es un aviso del Señor para recordarnos que Su Magestad consiente, pero no para siempre.

—Bien venida ha sido el agua, mae María (2), dijo Perico, que la tierra tenia sed.

(1) Esta magnífica definicion tan llena de poesía, daba en efecto un hombre rústico en Andalucía.

(2) Las gentes del pueblo en Andalucía nombran á sus abuelas y suegras haciendo preceder á sus nombres el *mae*, para diferenciarlas de las madres, á las que nombran solo *madre*.

—Siempre tiene sed la tierra, opinó Rita. ¡Ni que fuera borracha!

—Padre, dijo Angela, sabe vd. lo que cantaba hoy cuando veia correr los frailecitos por los charcos:

Y la niña se puso á cantar:

¡Agua Dios de los cristianos
Que se mojen los sembrados.
A la puerta del meson
Sale la madre de Dios
En un caballito blanco,
Alumbrando todo el campo.
Campo bendito, campo de Dios.
Que repique, repique la iglesia mayor.

Angel, que no se queria dejar ganar la palmeta por su hermana, que era mas viva que él, dijo en seguida:

—Padre, y yo cantaba:

Agua, Dios mio,
Con el corazon lo pido;
Tened piedad,
Que soy chiquito, y pido pan.

—Basta, basta, gritó Rita, que parecen vds. dos chicharras; mas cansados sois que ranas.

—¿Vamos á jugar á un juego, madre? dijo el niño.

—Jugad con el rabo del gato, respondió Rita.

—Mae María, dijo la niña, ¿me quiere Vd. contar un cuento y le diré la doctrina? Mire Vd.; los ene-

migos del alma son tres: demonio, mundo y carne.

—Ese enemigo me gusta á mí, dijo el niño.

—¡Calla, chiquillo! le dijo su abuela, que no se trata de la carne de la olla.

—¿Pues de cual, mae María? preguntó el niño

—Por ahora aprende la letra, contestó su abuela, que cuando tus alcances te lo permitan, aplicarás lo aprendido. Por lo pronto, sépaste que tu carne, es decir, tus apetitos te llevan á ser tan goloso como eres, y que la gula es pecado mortal.

—Siete son éstos, saltó diciendo la niña, y los recitó.

—Yo, mae María, dijo Angel, sé las tres Personas. El Padre, que es Dios, el Hijo que es Dios, y el Espíritu Santo, que es paloma.

—¡Qué rudo es! esclamó su madre.

—Hija, opinó María, nadie nace enseñado. Niño, añadió, la paloma es un símbolo. El Espíritu Santo es Dios como el Padre y el Hijo.

Tirando cada niño á su abuela hacia sí á medida que hablaban:

—Yo sé los Mandamientos de Dios, dijo el uno.

—Yo los de la Iglesia, dijo el otro.

—Yo los Sacramentos.

—Yo los dones del Espíritu Santo.

—Yo...

—Basta y sobra, dijo Rita, van Vds. á recitar toda la doctrina; ¿acaso estamos en una amiga?... ¡Pues está buena la diversion!

—¿Es posible, dijo con dolor María, que habia es tado en sus glorias oyendo á los niños; es posible, Rita, que no te guste oir la palabra de Dios, y que no te enagene en la boca de tus hijitos? Me acuerdo que la primera vez que me dijiste entero el Padre nuestro, me eché á llorar á lágrima viva.

—Ya, respondió la hija; si es Vd. capaz de llorar en un fandango.

La pobre madre no respondió, sino que volviéndose á los niños, les dijo:

—Estoy tan contenta con Vds. por lo bien que saben la doctrina, que les voy á contar lo mas bonito que sé.

Los niños se sentaron en la tarima de la copa frente á su abuela, la que empezó asi su relato.

—Cuando el ángel previno al santo patriarca José que huyese á Egipto, tomó el santo su borriquito, en que sentó á la Madre y al Hijo, y se pusieron á caminar por selvas y matorrales.

Estando en lo mas intrincado de un bosque, la Señora tuvo miedo, porque el camino era muy lóbrego y solo, y al llegar á una cueva, salieron de ella, y se arrojaron sobre la sacra familia una cuadrilla de ladrones. Ya iban á bajar la Madre y el Hijo del jumento; pero al acercarse á ellos el capitan, que se llamaba Dimas, miró al Niño, y al mirarlo, sintió un golpe en su corazon, y volviéndose á sus compañeros, les dijo: «el que toque siquiera al pelo de la ropa de esa Señora y de ese Niño,

habérselas ha conmigo,» y volviéndose á los Santos Esposos, les dijo: «La noche está al caer, y viene borrascosa. Venid conmigo, y os hospedaré.» Y asi sucedió. Y el bandolero les dió de comer y de beber; y los Santos Esposos admitieron lo ofrecido, puesto que Dios admite todos los sufragios de los buenos como de los malos; y asi nunca dejeis de rogar, aunque por desgracia estuviéseis en pecado mortal. Por eso cuando andando el tiempo fué preso y condenado á muerte el bandolero, halló misericordia y se arrepintió en la muerte de cruz, que le sirvió de espiacion, como al Señor de sacrificio, se hizo cristiano, y fué el primero entre todos, que entró en la gloria, segun se la prometió Cristo vertiendo su sangre por él. (1)

Oíase entretanto bramar el viento en largos aullidos; las puertas se zamarreaban movidas de una fuerza invisible, y el viejo naranjo murmuraba en el patio, como si reconviniese al viento porque turbaba su calma.

—Vaya, dijo Perico, que no va á quedar ortiga en el suelo.

—¡Y qué llover! añadió Pedro; se desgajan las nubes, el rio se paseará por el campo.

(1) Este relato es mucho mas largo; pero no nos atrevemos á proseguir, por no abusar de la paciencia de los lectores con pueriles cuentos de *niñas* ó de *viejas*, epiteto que no dejaria de aplicárseles. Dia llegará en que en España, como en los paises mas cultos del mundo, se les dé un valor inmenso á estos hijos del corazon ferviente y lleno de fé del pueblo, que hacen sonreir y enternecerse á la vez, como lo hace la infancia.

—¿Has visto, dijo Angela á su hermano, como corrian las nubes esta tarde, que parecian galgos?

—Sí, respondió el niño, ¿y dónde iban?

—A la mar por agua.

—¿Tanta agua hay en el mar?

—¡Jesus! y mas que en la alberca de tio Pedro.

—La voz del viento me parece, dijo María, la voz del mal espíritu: trae al miedo de la mano.

—De todo tiene miedo mi madre, observó Rita: no sé señora, cuando descansará su corazon. Oye, desmadejado, prosiguió empujando al niño, que se habia apoyado en ella; sosténte sobre lo que has comido.

El niño, medio dormido, perdió el equilibrio. Elvira dió un grito. Perico se arrojó á él, y le cogió en sus brazos. La caña de hilar se escapó de las manos de Ana, que la recogió sin decir palabra.

—Si alguna vez los pierdes, dijo Pedro con indignacion, no los llorarás como yo al mio; no, esa ventaja me llevas.

—Sus prontos, sus prontos, que me tienen frita, dijo María fatigada, disculpando lo mucho y culpando lo poco.

—Con que, mae María, se apresuró á decir Perico; á todo le temeis; ¿y á las brujas?

—No, eso no, hijo mio, respondió su suegra; la doctrina prohibe creer en brujas y hechicerías. Le temo á las cosas que Dios permite para castigar á los hombres, y sobre todo, si son sobrenaturales.

—¿Acaso las hay? ¿Habeis visto alguna? preguntó Rita.

—¿Qué si las hay? respondió María. ¿Y tú lo dudas?

—Claro está.

—¿Con qué niegas que hay cosas estraordinarias?

—Eso no, una de ellas es el dia que no me echais un sermon; pero sobrenaturales no creo que las haya. Soy como santo Tomás.

—¡Pues gloríate de ello! ¡Lástima es que no digas tambien que eres como San Pedro, en lo que faltó!

—¿Pero Vd. ha visto algo que lo sea, señora? sino que tiene Vd. unas tragaderas como un tiburon.

—Lo mismo que si lo hubiese visto, para el caso, repuso María.

—Tia ¿qué fué? preguntó Elvira.

—Hija, contestó la buena anciana dirigiéndose á su sobrina; en primer lugar lo que le acaeció á la condesa de Villaoran, que su señoría misma me lo contó cuando estábamos de capataces en su hacienda de Quintos. Tenia la señora la piadosa costumbre de mandar decir una misa por los reos, al propio tiempo que los estaban ajusticiando. Cuando andaba por esos mundos el afamado Vellico cometiendo tanta iniquidad, se dejó decir la señora que si á ese le cogian, no le mandaria decir la misa como á otros reos; y asi fué. Cuando le ajusticiaron, no le mandó decir la misa. A poco, una no-

che que dormia sosegada, fué despertada por una voz lastimera, que cerca de su cabecera la llamó por su nombre.

Sentóse azorada sobre su cama; pero no vió á nadie. aunque ardia la lámpara sobre el velador. En seguida, á la misma voz, mas lastimera una, la oyó en el patio llamarla, y antes que en sí volviese de su estupor, por tercera vez, lejos, como un suspiro, fué invocado su nombre.

Llama la señora á voces, acuden todos los de la casa, la hallan aterrada, despavorida; nadie sino ella habia oido la voz. (1)

Al dia siguiente apenas ardian las luces en los altares, cuando se estaba diciendo una misa por el alma del pobre ajusticiado, y la condesa, postrada ante el altar, oraba con fervor y arrepentida, pues la clemencia de Dios, que no es la de los hombres, á nadie deja fuera. ¿Y, ahora, qué dices, Rita?

Estaban todos tan conmovidos con la relacion de María, que cual una escarcha sobre flores, cayó la respuesta de Rita, que dijo bostezando:

—Me parece que lo soñaría.

—¡Caramba, caramba! y qué incredulidad, esclamó el tio Pedro. Esa Rita va á acabar como ese *Lucero*, que dicen los predicadores que se separó de la Iglesia.

—¡Ave María! Pedro, no diga vd. eso, esclamó

(1) Este es un hecho verídico.

María, ni por ponderar. ¡Jesus! diga vd. qué *terquedad*, pues solo lo dice por irme á la contra. (1)

Un ruido que se oyó hácia la puerta del patio que daba al corral, selló de repente los labios de María.

—¡Jesus! ¿qué es eso? dijo.

—Nada, mae María, respondió Perico riéndose: ¿qué habia de ser? El viento, que anda moviéndolo todo esta noche.

—Madre, dijo Angela, tómeme Vd. en sus faldas como padre á Angel; que tengo miedo.

—¡Pues eso faltaba! respondió Rita, que estaba de mal-talante. ¡Anda! siéntate en la falda de un cerro, y no vuelvas hasta que traigas nietos.

—Yo quisiera saber, dijo Pedro despues de un rato, si los que se burlan de lo que los demas temen, ¿nunca han esperimentado lo que es asombro?

—Perico, Perico, dijo María con angustia, algo suena en el patio.

—Mae María, respondió éste, estais asustada y os sobrecogeis: ¿no ois que son las canales?

—Yo, por mi parte, prosiguió Pedro, como ensimismado y con voz apagada, desde que hubo mancha de sangre en mi casa...

—¡Pedro, Pedro! ¿volverémos á la de siempre?

(1) Este capítulo contenia una porcion de estos sucesos sobrenaturales. Entre otros uno de don Miguel de Mañara, segun la version popular. El temor de alargarlo demasiado los hace suprimir.

¿Os vais á entristecer? ¿Qué sirve volver sobre lo pasado y lo que no tiene remedio? dijo Ana.

—Es, Ana, (contestó Pedro), que lo que yo padezco á veces me abruma, y me tengo que desahogar. Solo, solo, como me he quedado en mi casa, ¡se me cae encima! ¡Y créanlo Vds., que muchas noches, cuando todo calla y el sueño me huye, lo he visto, sí, lo he visto, á aquel granadero que mi hijo mató; lo he visto, tal cual lo ví vivo con su capote ceniza, su gorra de pelo, salir del pozo en que fué echado, y venirse al cuarto en que fué muerto, á buscar las manchas de su sangre. Lo veo ante mis ojos, alto, inmóvil, terrible.

En este momento se abrió la puerta, y una figura alta, inmóvil, terrible, con un capote ceniza y una gorra de granadero, apareció en el quicio.

Aterrados todos, quedan sin voz y sin movimiento.

—¡Jesus nos valga!! esclamó María.

Angel se abalanza al seno de su padre. Angela en las faldas de su abuela.

—¡Ventura! murmuró Elvira cerrando los ojos y dejando caer su cabeza sobre el pecho de su madre.

Melampo se deshacia en fiestas.

Habíanle reconocido á un mismo tiempo la muger, para la que no habia olvido, y el perro, para quien no existe la infidelidad.

—Levantóse con él ímpetu del rayo Pedro, y el anciano hubiese caido, no pudiendo sostenerse,

si Ventura, que habia tirado su gorra y su capote, no se hubiese arrojado y sostenídolo en sus brazos. Mas fácil es de comprender que no de pintar la escena que siguió, escena de confusion, de palabras y esclamaciones sueltas de gozo y de sorpresa, de fervorosas gracias al cielo y de lágrimas.

Cuando Ventura pudo desasirse de los brazos de su padre, los que no querian desprenderse del cuello de aquel hijo, que aun no podia persuadirse que estrechaba en ellos, fijó sus ojos en Elvira, á la que su madre sostenia y hacia oler un pañuelo empapado en vinagre; pero ya no era la Elvira que él habia dejado á su partida. Pálida, delgada, desemejada, parecia haber empezado ya á separarse de la vida. Los brillantes ojos de Ventura se dulcificaron y entristecieron con una profunda espresion de lástima, y con la franca sinceridad del hombre de campo le dijo:

—¿Has estado mala, Elvira? No pareces la misma.

—¡Ahora; ahora se mejorará, por via de Chápiro! esclamó Pedro, en quien la alegría despertaba su antiguo genio festivo y zumbon. Tu ausencia, Ventura, la tiene asi, el no saber de tí; y no es para menos! ¿Por qué, criatura de Dios, no has mandado una carta y hecho saber de tí?

—¡Pues, si mi sargento me escribió lo menos seis! respondió Ventura; ademas he estado en Francia, he estado prisionero, todo eso es largo de contar.... Pero ¡qué buena estás tú! Rita, (dijo mirando á esta,

que desde que entró Ventura no habia apartado la vista del gallardo jóven, á quien los bigotes, el uniforme y porte militar sentaban soberbiamente); ¡vaya que estás hecha una real moza! ¡la buena vida que te da Perico! Perico, ¿y tú? ¿siempre cavando? ¿Estos son vuestros hijos? ¡qué hermosos! Dios los guarde. Ea, acercaos, que no soy francés ni el cancon.

Sentóse Ventura para acariciar á los niños.

En ese instante, arrimándose María por detrás, cogió su cabeza entre las manos y cubrióla de besos y lágrimas.

—Tia María, decia entretanto Ventura, ¡lo que habreis rezado por mí! ¡Jesus! apostaria que habeis hecho mas de cien novenas y mas de mil promesas.

—Si, hijo mio, si, y mañana vendo mi mejor gallina para mandarle decir á Santa Ana la misa que le tengo ofrecida.

—Tia Ana es la que nada me dice, observó Ventura: ¿no se alegra Vd. de verme, señora?

—Si, hijo, si, repuso Ana; atendia á mi Elvira. Solo Dios sabe lo que me alegro de tu vuelta, prosiguió observando el pálido semblante de su hija, y cuántas gracias le doy por ella, si es para bien.

—¡No, que no! esclamó Pedro; para bien de todos, menos de mis chotos y de vuestros pollos, que van á espichar dentro de un mes, el tiempo preciso de correrse las amonestaciones.

—No seais tan súpito; respondió Ana sonriéndo-

se; una boda, compadre, no es un buñuelo que se echa á freir.

—¡Ea! cada mochuelo á su olivo, dijo Pedro levantándose despues de un rato. Señores, una reja hay en la calle que no quiere ya estar sola.

—Esta noche, tio Pedro, se fueron las tristezas con el francés al fondo del pozo, y ni él ni ellas volveran á salir, dijo Rita riéndose.

—Amen, amen. Asi lo espero, respondió el buen anciano.

CAPITULO II.

Al reunirse á la noche siguiente, trajo Ventura consigo un perrito de aguas negro, que se llamaba *Tambor*. Nunca, jamás por jamás, se habia dado que un perro estraño se hubiese introducido en aquellas veladas. Asi es, que apenas entró coleando, bien lavado, bien pelado y con todo el desembarazo de un pulido elegante, cuando Melampo, que tenia en poco esos méritos y en muy escasa estima los paseantes en córtes, le embistió de fuerte y feo, y lo dejó aplastado con una de sus patazas, pero sin tener por eso la idea ambiciosa de afectar la actitud ni el aire del leon de Waterloo.

En vano le pegaba Perico, en vano le daba de puntapies Ventura, en vano le tiraba Pedro el sombrero y le gritaban las mujeres: Melampo estaba

ofuscado, habia perdido su acostumbrada moderacion y docilidad. ¡Quién lo hubiese creido! Se emancipaba. Solo cuando Angel se echó sobre él, le pasó los bracitos al cuello y le gritó al oido: «pícaro, vete á tu rincon,» soltó Melampo su presa y obedeció, retirándose cabizbajo, como avergonzado de haber vencido á un inferior. Alli se acostó, volviendo la cara á la pared, para no ser testigo de los halagos que recibia y de las habilidades que sabia hacer un perro de pelo rizado, pelado, con pulseras y hopo, que le chocaba altamente.

—En primer lugar, dijo Perico, ¿me querrás esplicar, Ventura, como te apareciste ayer aquí como llovido del techo, sin que nadie te abriese la puerta?

—Pues mira que es difícil de acertar, contestó Ventura. Cuando llegué, me fuí á casa; la tia Curra, á quien mi padre da una vivienda para que le cuide, me abrió, y para estar aqui mas presto y cogeros descuidados, salté por cima de la tapia del corral, como hacia cuando chiquillo.

—Bien decia yo anoche, observó María, que oia la puerta del corral y andar en el patio.

—Ahora, dijo Perico, cuéntanos lo que te ha pasado, ¿Has sido herido?

—¿Si ha sido herido? respondió el tio Pedro; miradle el pecho, y vereis el hoyo que le hace la cicatriz de una bala que recibió en él, y que no lo dejó en el sitio gracias á este boton; miradlo hun-

dido y hecho como una cazoleta que le amortiguó la fuerza. Mirad su brazo, mirad la herida.....

—¡Y qué, padre, interrumpió Ventura, si ya están curadas!

Cuando huí, prosiguió, tiré rio abajo, llegué á Sanlúcar, y me embarqué para Cádiz. Allí me entré en el regimiento de Guardias, mandado por el duque del Infantado. Trabé amistad con un soldado distinguido, de buena casa, y nos queríamos como hermanos. A poco nos embarcamos para Tarifa, con el fin de que tomásemos á los franceses por la espalda, cuando los atacasen los ingleses de frente, de lo que resultó la batalla de la Barrosa, en que se huyeron los franceses á Jerez, y nos apoderamos de su campamento.

—¿Vamos, le dije yo á mi amigo en medio de la pelea, vamos á quitarle á aquel francés esa águila que levanta tan erguida, y que me está dando en ojo? Vamos, dijo; y sin encomendarnos á Dios ni al diablo, dimos sobre el porta, y mi compañero le mató y quitó el avechucho.

Pero á un volver de cabeza nos hallamos rodeados de franceses que querian el milano. Pero acá dijimos: de eso no ha de haber nada: camaradas, lo que es el pájaro cayó en la jaula y no ha de salir, mas que viniese Pepe Botellas ó *Napoladron* en persona por él.

Lo pusimos contra un acebuche; nosotros delante, y dijimos: ahora, venid por él..... y ¡vinie-

ron! (porque arrojados son esos demonios, mas que sea por una mala causa.) Mataron á mi pobre amigo, y tambien me hubiesen matado á mí, claro es, porque eran muchos. ¡Lo que yo sentia era el pájaro! pero estaba de Dios que ese ya no habia de cantar en francés el Mambrú, porque vinieron los nuestros y los echaron. ¡Pero mal parado me dejaron, cristianos! que yo no sabia que tenia tanta sangre en mi cuerpo. Me llevaron con mi águila ante el coronel, que me dijo me habia portado bien y que se me daria la cruz de San Fernando por haber cogido el aguilucho. No le cogí yo, mi coronel, le dije, sino mi amigo el distinguido, el que ha muerto..... y perdí el sentido (1). Cuando volví en mí, me hallé en el hospital. De la cruz no habia nada.

—Tu culpa fué, dijo Rita. ¿Porqué le dijiste al coronel que no habias sido tú?

Ventura miró á Rita como si no comprendiese lo que decia.

—Hiciste lo que debiste, dijo Pedro. Prosigue.

Una lágrima corrió por las mejillas de Elvira.

—Apenas convalecí, nos embarcaron para Huelva, y me hallé en la batalla de la Albuera contra la division del mariscal Soult. Poco despues me hicieron prisionero, pude escapar, y me incorporé al ejército de Granada, que mandaba el duque del

(1 Este rasgo de noble y pura honradez es cierto.

Parque, con el que seguí persiguiendo á los enemigos hasta pasar los Pirineos. Volví luego á Madrid, donde he estado, hasta que por fin me han dado mi licencia.

—Jesus, Ventura, dijo María admirada, has corrido mas mundo que las cigüeñas!

—Yo no, respondió Ventura; pero conocí á uno, ese sí; habia estado con el general la Romana allá en el Norte, en donde se cubre la tierra con un manto tan espeso de nieve, que á veces se entierran en ella las gentes.

—¡María Santísima! dijo María estremecida.

—Pero son buenas gentes; allá no se conoce la navaja.

—¡Dios los bendiga! esclamó María.

—En aquella tierra no hay aceite, y comen pan negro.

—Mala tierra para mí, observó Ana; pues yo siempre he de comer del mejor pan, aunque no coma otra cosa.

—¡Que gazpachos saldrán con pan negro y sin aceite! dijo María horrorizada.

—No comen gazpacho, replicó Ventura.

—¿Pues qué comen.

—Comen patatas y leche, contestó Ventura.

—Buen provecho, y salud para el pecho.

—Lo peor es, tia María, que en toda aquella tierra no hay ni frailes ni monjas.

—¿Qué me dices, hijo? esclamó esta.

—Lo que Vd. oye: hay pocas iglesias, y estas parecen hospitales robados, sin capillas, sin altares. sin efigies y sin Santísimo.

—¡Jesus María! esclamaron todos menos María, que de espanto se quedó hecha estátua. Pero de ahí á un rato, cruzando sus manos con gozoso fervor, esclamó:

—¡Ay mi sol! ¡Ay mi pan blanco! mi iglesia. mi Madre Santísima, mi tierra, mi fé y mi Dios Sacramentado. Dichosa mil veces yo, que he nacido, y, mediante la misericordia divina, he de morir en ella. Gracias á Dios que no fuistes á esa tierra, hijo mio. ¡Tierra de hereges! ¡Qué espanto!

—¿Acaso eso se pega como la sarna, madre? preguntó Rita con burla.

—No digo eso, Dios me libre, respondió la buena María; pero.....

—Todo se pega menos lo bonito, dijo Pedro, y mejor se está uno en su tierra. Mis manos pongo á que nada de bueno nos traen los que hayan ido por allá.

—¡Qué no pasan los pobres militares! dijo Elvira.

—Por eso será que les he tenido siempre tanta aficion, añadió María; por eso, y porque defienden la fé de Cristo. Asi he sido siempre muy devota de San Fernando, ese piadoso y valiente caudillo. En mi sala tengo al santo en su marco y alrededor, en la pared, le tengo pegados soldaditos de papel,

pensando le agradará eso al santo, que toda su vida se vió rodeado de ellos. Cuando Rita seria como de doce años, fuí á Sevilla, y ella me dió un real para mercarle un peinecillo. Pasé por la tienda de un viejecito, que tenia puesto á la vista un pliego de soldaditos. ¡Qué guardia para mi santo! pensé; pero se me habian acabado los cuartos. No me quedaba sino el real de Rita; un real valia el pliego. Anda, dije para mí; mas vale que le falte á Rita esa monería, que á mi santo su guardia, y se los merqué.

A Rita le dije que no me habia alcanzado el dinero, y no mentia. Al dia siguiente, cuando los saqué para pegarlos alrededor de la lámina del rey, entró Rita. ¿Con que ha tenido Vd., me dijo, dinero para esa porquería de soldados de papel, y le faltó para mi peinecillo? Diciendo esto, me los quitó de las manos para tirarlos por la ventana. ¡Chiquilla, le grité, mira que con los soldados me tiras el corazon á la calle! Y viendo que no me hacia caso, cogí la escoba y le pegué. La única vez que le he pegado en mi vida.

—Mas os valiera, dijo Pedro, que le hubiéseis señalado los dedos algunas veces.

—¿Quién acierta con Vd., tio Pedro? preguntó Rita. Mi madre la erró en no castigar á su hija, y la yerro yo por no mimar los mios.

—Hija, contestó Pedro, ni *arre* que corra, ni *só* que se pare.

—Pero ya que quiere Vd. tanto á los soldados, madre, prosiguió Rita, ¿porqué puso Vd. tanto empeño en librar á su sobrino Miguel?

—Quiero á los soldados por lo mismo que padecen y pasan mucho; y por eso quise librar á mi sobrino, contestó María.

—¡Qué me reí entónces! prosiguió Rita dirigiéndose á Ventura. Encendió su merced luces á todos los santos durante el sorteo; como no tenia candeleros, pegó caracoles vacíos á la pared con cal y arena, les metió una torcida, y echó aceite y se puso á rezar. En esto llegó la madre de Miguel, y le dijo que su hijo habia salido soldado. Mi madre, al oirla, apagó las luces como si se les dijese á los santos: «quedaos á oscuras que no os necesito ya.»

—¡Qué cosas dices, Rita! respondió la buena María. ¡No quiera Dios juzgar asi los corazones!.... Me resigné, hija, me resigné, pues Dios habia hecho ver su voluntad..... ¡y cuando Dios no quiere, santos no pueden!

CAPITULO III.

El gozo de Elvira fué tan corto como habia sido vivo. ¿Qué puede escaparse á los ojos de la que ama? ¿No es sabido que hay cosas que, cual el viento de Guadarrama, son casi un soplo, y matan? Sin que Rita ni Ventura se hubiesen aun dado cuenta á sí mismos de la mútua seduccion que uno sobre otro ejercian, Elvira ofrecia á Dios por segunda vez los dolores de su perdido amor; esta vez empero sin remota esperanza. Miraba la paciente y prudente Elvira un rompimiento como señal precisa de alguna catástrofe, y seguia como una mártir recibiendo, sin atreverse á rechazarlas, las frias muestras de un amor pálido y débil como ella, que se desvanecia á la viva llama de otro nuevo, que chispeaba ya activo, brillante y bello,

como lo era el objeto que lo inspiraba. Hacíanse las visitas en la reja cada noche mas cortas y mas frias. No habia ocasion en que un gesto, una mirada, un dicho, no pusiese en contacto directo á esos dos seres, que cual la mariposa, se complacian en acercarse á la llama por un impulso instintivo del que se dejaba arrastrar sin definirlo, y al que aun nada contrarestaba; porque el que una muger casada olvidase sus deberes, el que un novio dejase de amar los suyos, es cosa casi del todo desconocida en los pueblos; pero para la familia cuya historia contamos, era increible, al punto de mirarla como imposible. Mas Rita no conocia freno, y la vida militar habia sido para Ventura mala escuela de costumbres. Una mañana le dijo Perico á Elvira, antes de marchar al campo, al hallarla sentada en el patio:

—Hermana, aqui tienes dinero para comprarte ropa de color; has cumplido el hábito de Dolores, que ofreciste llevar hasta la vuelta de Ventura; quiero ya ver tu cara, tu vestido, todo alegre en tí.

Elvira contestó comprimiendo á duras penas sus lágrimas: guarda tu dinero, hermano; cada dia me siento peor; mas vale que piense en ponerme bien con Dios, que no en vestidos de boda, y que no mude los colores que me han de cubrir en la caja.

—No digas eso, hermana, esclamó Perico, que

me partes el corazon; ya es un hábito en tí el pensar triste. Cuando con Ventura seas feliz, como Rita y yo; cuando tengas dos hijitos como estos nuestros, que te alegren, ahuyentarás tus aprehensiones. Venid, añadió cogiendo á los niños, venid á entretener á vuestra tia.

Elvira siguió con la vista á su hermano, desgarrándose su corazon en un dolor tan angustioso y profundo cuanto que lo comprimia, pareciéndole una queja de ella un imprudente grito de alarma á un mal sin remedio.

—Tia, dijo Angel, no hay forma de que se quede Melampo cuando sale padre.

—Hace lo que debe, como un buen perro que es, respondió Elvira.

—¿Y por qué se llama Melampo? siguió preguntando el niño, con ese afan de preguntar de los niños, que los mayores ridiculizan en lugar de respetarlo.

—Se llama asi, respondió la buena Elvira, porque es el nombre de uno de los perros que fueron á Belen con los pastores á ver al recien nacido: tres fueron, Melampo, Cubilon y Lobina, y los perros que llevan estos nombres nunca rabian.

—Tia, esclamó Angela, corriendo tras de un pajarillo, no he podido coger á esa golondrina.

—No es golondrina, dijo su tia, esas no vienen hasta la primavera, y á estas nunca las cojas ni hagas daño.

—¿Por qué, tia?

—Porque son amigas del hombre, confian en él; y hacen su nido bajo su techo. Tambien fueron ellas las que sacaron las espinas de la corona del Salvador, cuando pendia de la Cruz.

En este momento dió Angel una caida, y se echó á llorar. Salió Rita impetuosamente de su habitacion, y cogiéndolo en brazos,

—¿Qué te has hecho? ¿qué tienes, gloria de tu madre?

Y limpiándole con su delantal la cara, que tenia súcia:

—¿Qué tienes, prosiguió, cara de Dios llena de basura? Bendito sean estos ojos, esta boquita, estas manitas.

Y chillándolo y cubriéndolo de apasionados cariños, se lo llevó, asi como á su hermana, en casa de su madre, y volviendo en seguida, se fué al corral á lavar.

Ya se ha dicho que el corral, contiguo al de la casa de Pedro, estaba separado de este por una tapia de poca altura.

Rita, segun la costumbre del pais, se puso á cantar.

Entre las gentes del pueblo de Andalucía, cada cual tiene en su memoria tal archivo de coplas y tan variadas en sus conceptos, que seria difícil se diese una cosa que se quisiese espresar y no se hallase en una copla el modo de hacerlo.

Una hermosa voz, bien modulada y clara, le contestó desde el corral vecino, entablándose asi un coloquio cantado, el que concluyó la voz de hombre con esta copla, que indica las alas que las anteriores habian dado á sus deseos:

Lograr es lo que intento,
No perder tiempo;
Ni dar suspiro al aire,
Ni queja al viento.

Entretanto estaba Elvira cosiendo al lado de su madre, y su semblante suave y sereno no acusaba el dolor y angustia de su corazon; y no obstante, Ana la miraba con sus penetrantes ojos de madre y se decia: ¿Serán fallidas las esperanzas que puse en la vuelta de Ventura? ¿La querrá Dios para sí?

Entraron en esto los niños desalentados.

—Mae Ana, tia Elvira, gritaron. Tio Pedro nos ha dicho que esta noche ha parido la burra y que está en la cuadra con el rucho. Acá no lo sabíamos. Vamos á verlo. Vamos á verlo.

Y tirando de su abuela el uno y de su tia el otro, se dirigieron al corral y abrieron de golpe la puerta de par en par.

¡Qué puñal de dos filos para Ana, la muger honrada, la amante madre! Ventura y Rita, en aquel sitio apartado y oculto, estaban retozando.

Pronto como el rayo, puso Ventura el pie sobre

la rueda de una carreta arrimada á la tapia, y desapareció.

Rita, enrabiada, siguió lavando, y con sin igual descaro se puso á cantar.

Quien tuviera la dicha
De Adan y Eva,
Que jamás conociefon
Suegro ni suegra.

Los niños habian corrido sin detenerse á la cuadra. Ana se llevó á su hija casi exánime á su habitacion, y allí sobre el seno de su madre, para quien ya no estaba oculta la causa de su dolor, reventó en sollozos.

Y tú lo sabias, le decia su madre, callada mártir de la prudencia. Llora, pues, ya, llora, que las lágrimas son como la sangre que se vierte por las heridas; las hace menos mortales. Yo sabia lo que ella era, y se lo avisé. Sabia que la reprobacion pesa sobre la union de la propia sangre, y se lo anuncié. No quiso escucharme. Mejor hubiese sido el dejarlo ir á la guerra. Pero el corazon yerra, como yerra el entendimiento.

Entretanto la mujer descocada volvió á cantar:

De suegras y cuñadas
Va un carro lleno:
Que lindo cargamento
Para el infierno!

CAPITULO IV.

Despues de una noche de angustias y desvelo, se levantó Ana, al parecer mas tranquila, abrigando alguna esperanza en la determinacion que habia tomado de hablar á Rita, y mostrándole el precipicio al que ciega corria, persuadirla á retroceder.

Tenia Ana una dignidad que hubiese impuesto á todo aquel en quien la noble calidad de respetar no hubiese estado sofocada por el orgullo, que ha sido siempre el peor de los enemigos del hombre: porque cual ningun otro es osado, cual ningun otro levanta la frente ante la virtud, cual ningun otro se planta y señorea, cual ningun otro esconde su perversidad bajo buenas formas, y cual ningun otro falsea las ideas y condena y califica de servi-

lismo al respeto, ese santo sentimiento que entró en el mundo con la primera bendicion de Dios. Quiere el orgullo á veces erigirse en dignidad; pero no lo consigue jamás. Porque la dignidad, al contrario del orgullo, no se alza á costa agena, sino que deja y mantiene cada cosa en su lugar, siendo su actitud aun mas noble cuando honra, que cuando es honrada. La dignidad no la dan el puesto, el saber, la riqueza; ni ménos que nada, la soberbia. Ella es el sencillo reflejo de un alma elevada que siente su fuerza. Es natural, como el sonsorado de la robustez, y no postiza, como el rojo de los afeites.

Pero hay entes que se sobreponen á todo, y descansan con un aplomo portentoso sobre una base falsa y labrada en vago, ostentando una intrepidez y una arrogancia que no tienen los que se apoyan en la firme roca de la infalible justicia y de la eterna verdad. Rita era de estos seres, que pisan con firme paso y frente serena una senda torcida.

El buen sentido de las gentes del campo, que sienten profundamente cuanto hemos dicho, comprendia el carácter de ambas mujeres y lo definia mejor en su incisivo laconismo, cuando hablando de Ana decian: la tia Ana enseña, sin hablar, la ley de Dios. Y de Rita: esa no teme ni á Dios ni al diablo.

Rita estaba cosiendo cuando entró Ana. Echó esta pausadamente el cerrojo á la puerta, y se sentó en frente de su nuera.

—Ya sabes, Rita, le dijo con calma, que nunca fuí gustosa en tu boda.

—¿Y venis á que os dé las gracias? contestó Rita con descaro.

Ana, sin atender, prosiguió:

—Yo te tenia calada.

—No es menester ser zahorí para eso, repuso Rita; yo soy de par en par, y toro claro: digo lo que pienso, y como lo pienso.

—No es lo malo que digas lo que piensas; lo malo es que pienses lo que dices.

—Ya se vé, mas me valiera hacerme *la zorrita muerta*, *el agua mansita*, como otras, que parecen copitos de nieve y son granitos de sal.

Este erá un tiro contra Elvira, que Ana recibió de lleno; pero del que no hizo caso, y prosiguió:

—Pues me engañé, no te habia calado toda.

—Vamos allá, dijo Rita; hoy hay chubasco.

—Nunca pensé, prosiguió Ana, que llegase el caso que hallegado.

—Ya escampa y llueven chuzos, dijo Rita con aire socarron, y siguió cosiendo como si tal cosa.

—Puesto, prosiguió Ana, que no te arredra engañar á mi hijo....

—Hola, ¿esas tenemos? dijo Rita con frescura.

—¡Y matarme á mi pobre hija!...

—¡Acabáramos! repuso Rita, ahí está el busílis: porque Ventura no se quiere casar con una *espichada*, que para salir tiene que pedir licencia al en-

terrador, lo he de pagar yo! Y eso, solo porque él tiene el génio alegre y le gusta mas bromearse conmigo, que lo tengo tambien, que no beber con ella agua de malvabisco. ¿Lo puedo yo remediar?

Ana dejó á Rita concluir, sin que su semblante mostrase otra alteracion que una mortal palidez.

—Rita, le dijo despues que esta hubo acabado de hablar, una mujer no se amanceba impunemente.

—¿Qué decís? esclamó Rita poniéndose en pié y tirando la costura, con las mejillas y los ojos encendidos: ¿qué habeis dicho, señora? ¿Amancebada yo? ¡Pues no es nada lo del ojo, y lo llevaba en la mano! ¡Amancebada! ¡Amancebada! Siempre me habeis querido mal; como suegra al fin, y mala suegra; pero yo no sabia que los que se comen los santos levantasen tales testimonios.

—No digo que lo estés, repuso Ana en el mismo tono grave y moderado que habia observado desde que empezó á hablar; pero que estás en camino, y que vas á estarlo, si Dios no lo remedia abriéndote los ojos.

—¡Ahora como ántes y siempre profeta! ¡Jonás en persona! (y añadió entre dientes: Asi te tragase la ballena).

—Si, Rita, si, dijo Ana, y vengo....

—¿A amenazarme? preguntó Rita con aire rufian.

—¡No, Rita, no, hija! repuso la noble mujer con voz conmovida y temblorosa: vengo á suplicarte

en nombre de Dios, por amor á mi hijo, por respeto á los tuyos, por tu propia suerte, que mires lo que vas á hacer, que entres en tí, que aun es tiempo.

—¿Os lo ha encargado Perico?

—No, no sospecha nada el hijo de mi alma; líbrenos Dios de despertar al leon que duerme.

—Pues entónces, ¿á que se mete Vd. en camisa de once varas? ¡Vaya! que no lo siente el ahorcado y lo siente el Teatino! Perico no es celoso, señora, ni lo ha sido nunca; ni se le antojan los dedos huéspedes, ni los mosquitos milanos. Ni es ningun *trota-conventos* gazmoño, para poner los gritos en el cielo porque las gentes se chanceen, ni hacer aspavientos porque á su mujer le saquen unos cubos de agua cuando está lavando. ¿Pensará Vd. que me voy á condenar por eso?

—¡Rita, Rita, no juegues con los hombres!

—¡Ni Vd. con las mujeres, caramba! que no parece sino que estoy escandalizando el lugar.

—Considera, Rita, prosiguió Ana con crecida severidad, que la afrenta en los hombres suele arrastrar sangre.

—En agua de rosas se habia Vd. de bañar, respondió Rita, si corriese una poca para que se cumpliesen aquellos vaticinios de que la *sangre propia no se goza*, y otros de igual jaez, con los que queria Vd. quitar á su hijo que se casase, y se llevó Vd. chasco, como se lo llevará ahora, si intenta,

como lo veo, indisponernos. Yo sé lo que me hago. Perico es moro de paz, y sabe la mujer que tiene. Déjenos Vd. en paz, que asi viviremos, si Vd. no se mete á calentarle los cascos á su hijo. Cuide Vd. de las galas de novia de su hija, de la *niña bonita* de la casa, que tan á su gusto toma estado.

Al oir esta sarta de insultos y vejaciones, un instante vaciló el prudente sufrimiento de aquella respetable matrona; venció el santo Angel de la paciencia que Dios les envia á las madres desde el punto que lo son, para servirles de cirinéo en sus cruces; y Ana salió mirando á Rita con una triste sonrisa, en que habia tanta ó mas compasion que desprecio.

Quedó esta digna mujer en un abatimiento lleno de angustia, al ver lo infructuoso del paso que habia dado, y determinó abrirse con Pedro, á fin de que este alejase á su hijo. Finalmente el guarda de la hacienda, en la que Ventura lo habia sido, vino á faltar, y fué éste llamado para reemplazarlo. Esta ausencia, aunque interrumpida por frecuentes venidas al lugar, dió algun respiro á la acongojada Ana, que se decia: un dia de vida es vida.

CAPITULO V.

Habian llegado entretanto las alegres Pascuas de Navidad, y habíanles puesto á los niños un hermoso nacimiento, que cogia y cubria de lentisco, romero, alhucema, y otras plantas y hojarasca olorosa, todo el testero de la sala de sus padres. Traíales Perico estas yerbas del campo, con el placer que un enamorado trae flores á su novia.

El dia de Pascua, Perico oyó misa temprano, y se fué á dar una vuelta á su trigo, por haber sabido que andaban cabras por el término.

Volvió sobre las diez del dia, y halló á los niños solos.

—Gracias á Dios, padre, que venis, le gritaron saliéndole alegremente al encuentro: nos han dejado solos.

—¿Pues y mae Ana y tia Elvira?

—Fueron á misa mayor.

—¿Con quién quedaron Vds?

—Con madre.

—¿Y dónde está?

—Acá ¿qué sabemos? Estábamos en la sala con su merced bailando ante el nacimiento, y entró Ventura y nos dijo madre que nos fuésemos con la música á otra parte, que le dolia la cabeza, y al salir (yo lo oi, padre) le dijo Ventura que hacia bien en hacernos tomar la puerta, que los angelitos de Dios eran testigos del diablo. ¿Es verdad eso, padre? ¿Somos nosotros testiguitos del diablo?

¿Quién no habrá esperimentado alguna vez en su vida, en grandes ó pequeñas circunstancias, el cómo una sola palabra suele ser una llave que abre ó esplica, una antorcha que ilumina lo presente y lo pasado, que saca del olvido y pone en su luz una porcion de circunstancias é incidentes que han pasado desapercibidos, y que unos á otros se enlazan para formar un juicio, fijar una conviccion y arraigar una certeza? Tal fué el efecto que las palabras que el decreto de la espiacion parecia haber puesto en los labios de la inocencia, causó en Perico. Tarde, pero terrible, se presentó la verdad ante sus ojos, que cerraba la buena fé, y entró la desconfianza en su corazon, tan sano y tan escudado por su honradez, que jamás tuvo entrada en él una sospecha.

—¡Padre! ¡Padre! dijeron los niños al verlo temblar y palidecer.

Perico no los oia.

—Mae Ana, gritaron al verla entrar; acuda Vd., padre está malo.

Al oir entrar á su madre, Perico volvió hácia ella sus desatentados ojos, y en su severa frente creyó leer aquella terrible sentencia que pronunció sobre un porvenir del que queria apartarle su cariño previsor: *la que es mala hija será mala casada.* Aterrado se precipitó fuera de la casa. murmurando entre dientes un pretesto á su fuga que nadie entendió.

Ana se asomó á la ventana y se tranquilizó viéndolo tomar hácia el campo.

—¿Si le habrán avisado que se ha entrado ganado en el pegujar?

—Bien podria ser, madre; él se lo sospechaba ayer, contestó Elvira.

Pero la hora de comer llegó, y Perico no volvia.

En dia de Pascua era estraño; pero en gentes de campo, que no tienen horas fijas, no era alarmante.

A la noche, á su hora acostumbrada, vinieron Pedro y María; ambos venian solos.

—¿No ha venido hoy Ventura al lugar? preguntó Ana.

—Si, respondió Pedro; pero hay fiesta, y se lo llevarán allá los amigos: siempre ha sido tan bailador, que dejaria la comida por un fandango.

—¿Y Rita, dijo Elvira, no estaba en su casa de Vd., tia María?

—Si, hija mia, allí se vino; pero se quiso ir con la vecina á la fiesta. Le dije que haria mejor en no ir; pero como nunca me hace caso.....

—Y le dijo Vd, muy bien, María, añadió Pedro, la muger honrada, la pierna quebrada, y en casa.

Mústias estaban y silenciosas, cuando entró de repente Perico.

La escasa luz del velon, amortiguada por la pantalla, les impidió observar el trastorno completo de su fisonomía. Cercaban sus ojos ardorosos unas ojeras que parecian puestas allí por largos dias de enfermedad: sus labios secos y rojos eran los de un calenturiento.

Echó una rápida mirada en torno suyo, y preguntó bruscamente:

—¿Dónde está Rita?

Todos callaron: al fin dijo María tímidamente:

—Hijo mio, ha ido con la vecina un ratito á la fiesta... le dió por ahi... como era dia de Pascua... Ya no puede tardar.

Perico salió con ímpetu, sin contestar palabra.

Su madre se levantó precipitadamente y le siguió; mas no le alcanzó.

—Dígole á Vd., María, dijo Pedro, que Perico haria bien en zurrarle la pavana, y que yo no le habia de decir palabra.

—No diga Vd. eso, Pedro, respondió María, no

es Perico capaz de ponerle la mano encima á una muger. ¡Pobrecilla mia! vamos á ver, ¿qué mal hay en que dé cuatro saltos? Pedro, los viejos no se deben olvidar de que fueron mozos.

Entraba en estas Ana azorada.

—Pedro, dijo, vaya Vd. á la fiesta.

—¿Yo? respondió Pedro, está Vd. fresca. A tres bombas estoy yo con la tal fiesta. Si le calienta Perico las costillas á la suya, bien empleado se le estará. No será mi pañuelo el que enjugue las lágrimas.

—Pedro, vaya Vd. á la fiesta, volvió á decir Ana; pero esta vez con tal acento de angustia, que Pedro volvió la cabeza y se la quedó mirando.

Ana lo cogió de un brazo, lo levantó, lo llevó consigo á un lado, y le dijo algunas rápidas palabras á media voz.

Al oirlas el anciano, dió un grito sofocado, cruzó las manos en que apoyó su frente, cogió apresuradamente el sombrero, y se arrojó fuera del cuarto.

CAPITULO VI.

Bailaban Ventura y Rita en la fiesta, animados por cuanto monta las cabezas de poca edad ó poco seso, lo que ciega los ojos de la razon, acalla la prudencia, y hace huir al respeto humano; esto es, el vino, un amor todo material, un baile libre bailado con descoco, y necios aplausos embriagadores.

¡En verdad que eran una hermosa pareja Ventura y Rita! Adornada con flores la fresca y garbosa cabeza de Rita, se movia esta y se zarandeaba su talle con aquella inimitable gracia del pais, la que es á voluntad modesta ó desgarrada; sus negros ojos brillaban como azabache pulido, y en sus dedos se agitaban los palillos como llamadas provocativas. Ventura era su adecuada pareja, y

jamás se vió bailar el fandango con mas gracia y desenvoltura.

Los cantadores entusiasmados, improvisaban, segun la costumbre, coplas en loor de la lucida pareja.

A la que está bailando
Echale rosas,
Porque se lo merece
Por buena moza.
Esta noche en la fiesta
La voz publica,
Que se llevan la palma
Ventura y Rita.

En las últimas mudanzas, en el momento en que las palmadas y los requiebros se redoblaban, llegó Perico, y se paró en el quicio de la puerta.

Ocupados como lo estaban del baile, nadie advirtió su llegada, y Ventura, llevando á Rita convidada á un cuarto en que habia bebida, pasó junto á él sin notar la presencia de Perico, que estaba fuera del rayo de la luz que despedia la sala, y este oyó palabras mediadas entre Ventura y Rita, que le confirmaron toda la estension de su desgracia, toda la infamia de la mujer que tanto amaba, de la madre de sus hijos, toda la traicion de un amigo, de un hermano!

Fué tan terrible el golpe, que el infeliz quedó un momento aturdido; mas vuelto en sí los siguió.

Rita estaba enfrente de un espejillo, arreglando las flores que adornaban su cabeza.

—¡Marchitas! le decia Ventura. ¿Por qué te pones rosas? ¿No es sabido que siempre se marchitan de envidia en la cabeza de una buena moza?

—Oye, Ventura, dijo uno de sus amigos, á tí parece que te gusta mas que otras frutas, la prohibida.

—A mí, respondió Ventura, me gusta la buena fruta, mas que sea prohibida.

—¡Eso es una indignidad! dijo un amigo de Perico.

Uno de los presentes tomó al que habia hablado por un brazo, y le dijo apartándolo:

—Calla, hombre, ¿no ves que está bebido? ¿Quién te dá vela para este entierro? ¿Qué tienes tú que decir, si Perico, que es el interesado, lo consiente?

—¿Quién se atreve á decir que Perico Alvareda consiente una indignidad? dijo éste, presentándose en medio del cuarto, pálido, cual si se levantase de un féretro.

Al oir á su marido, Rita se deslizó como una culebra entre los bebedores, y desapareció.

—A buena hora viene á celar á la mujer, dijeron riéndose algunos casquivanos, que hacian una especie de séquito al valiente soldado, al brillante bailador.

—Señores, dijo Perico cruzando sus brazos so-

bre su pecho con ademan de comprimida ira, ¿tengo yo alguna danza de monos en la cara?

—Eso, ú otra cosa que mueve á risa, contestó Ventura.

Todos se echaron á reir.

—Tu suerte es, repuso Perico con voz ahogada por el furor, el que no tengo armas.

—¡Calla, boca! esclamó Ventura soltando una carcajada, que el *manso cordero* la viene echando de guapo: déjate de baladronadas, santo varon; no busques quimeras y vete á sonarles los mocos á tus hijos.

Al oir estas palabras, Perico se precipitó sobre Ventura; éste vaciló bajo el repentino choque, pero se afirmó en seguida, y cogiendo á Perico por medio del cuerpo con la fuerza y agilidad que le eran propias, lo derribó al suelo y puso la rodilla sobre el pecho.

Por fortuna Perico no gastaba navaja, y Ventura no sacó la suya; pero en cambio apretaba la garganta de Perico con ambas manos, repitiendo furioso:

—¿Tú? ¿tú? que puedo hacer añicos con tres dedos; ¿tú ponerme la mano encima? ¿Tú? un mata langostas, un cobarde, un gallina, criado bajo las faldas de tu madre; ¡tú á mí, á mí!

En este instante entró Pedro desatentado.

—¡Ventura! gritó, ¡Ventura! ¿qué haces? ¿qué haces, desalmado?

Ventura, al ver á su padre, soltó á Perico, y se puso en pie.

—Estás borracho, prosiguió Pedro fuera de sí de indignacion y de dolor. Estás borracho y tienes mal vino; á casa, añadió empujándolo por el hombro: á casa y anda por delante.

Ventura obedeció sin responder, pues con las palabras de Pedro, no era solo la voz del *padre* la que habia llegado á sus oidos, era la voz de la razon, de la conciencia, del corazon; con ella sus nobles instintos se despertaron, y se avergonzó tanto del lance ocurrido, como de la causa que lo habia motivado. Asi fué que bajó la cabeza ante cuanto respetaba, y salió seguido de su padre.

Entre tanto habian levantado á Perico, el que poco á poco volvia en sí del vértigo que la presion de las manos de Ventura le habia ocasionado. Pasóse la mano por la frente; echó sobre los que le rodeaban la mirada de un leon herido y maniatado, y salióse diciendo en hueca voz:

—Nos ha perdido á los dos.

Como á Ventura se lo habia llevado su padre, los hombres presentes lo dejaron irse sin oposicion.

—Esto no queda asi, dijo el uno meneando la cabeza.

—Claro está, dijo otro; tras de engañado apaleado: ¿cuál es el santo que lo tolera?

—¿Pues no era preciso meter á esa villana en

unas Arrecogidas por lo que le queda de vida? opinó el tercero.

Entretanto Perico habia llegado á su casa murmurando en quedas y entrecortadas frases.

—¡Gallina! ¡Cobarde! ¡Cosa que mueve á risa, en mi cara! ¡Y él me lo dice, él! ¡*Manso cordero*! ¡Es que nadie holló su honra hasta que tú la escupiste y la pisoteaste! ¡Oh, ya veremos!

Entró en su cuarto y cogió su escopeta.

—Padre, llamó la vocecita de Angela desde el cuarto inmediato, padre, estamos solos.

—¡Mas solos estareis! murmuró Perico sin contestar.

Las vocecitas de los niños siguieron llamando:

—Padre, padre.

—No teneis ya padre, gritó Perico, y salió al patio.

Apoyó la escopeta al tronco del naranjo para sacar municiones y cargarla; pero cual si el viejo protector de la familia la hubiese rechazado, resbaló y cayó al suelo. Sus hojas, como conmovidas por un lúgubre presentimiento, se pusieron á murmurar tristemente.

Iba á salir Perico, cuando se halló frente á frente con su madre, que desvelada por su inquietud, habia oido entrar á su hijo.

—¿Dónde vas, Perico? le preguntó.

—Al pegujar, ya os dije que andaban las cabras por el término.

—¿Fuiste á la fiesta?

—Sí.

—¿Y Rita?

—No estaba. Mae María chochea.

Ana respiró libremente, aunque por otro lado el tono inusitadamente brusco de su hijo, la aspereza de sus respuestas, sorprendieron á aquella madre ya alarmada.

—No vayas al campo ahora, hijo mio, dijo en tono de súplica.

—¿Que no salga al campo?; ¿y por qué?

—¿Qué se yo?; porque me da el corazon que no debes salir, y sabes es leal mi corazon.

—*Si, lo sé*, contestó Perico con tal acritud y amargura, que su madre empezó á temer que á pesar de no haber hallado á Rita en la fiesta, tuviese sospechas.

—Pues ya que lo sabes, no salgas, le dijo.

—Señora, respondió Perico, las mujeres exasperan á veces á los hombres queriéndolos gobernar; me he criado, dicen, *debajo de vuestras faldas*, y quiero volar solo.

Y se encaminó hácia la puerta.

—¿Es ese mi hijo? murmuró la pobre madre. ¡Algo tiene! ¡Algo tiene!

Al abrir la puerta Perico, se puso á su lado su fiel compañero, el buen Melampo.

—Atrás, dijo Perico, dándole un puntapié.

El pobre animal, poco hecho á malos tratos, re-

trocedió sorprendido; pero en seguida, y con esa total falta de resentimiento que hacen del perro un modelo de abnegacion como de fidelidad en su cariño, se abalanzó á la puerta para seguir á su amo: estaba ya cerrada. Entonces se puso á aullar lúgubremente, probando ser real el instinto de esos animales cuando anuncian con gemidos una catástrofe.

CAPITULO VII.

Al dia siguiente, Ventura, á quien el sueño habia acabado de despejar la cabeza de los humos que ofuscaban su razon, se levantó tan profundamente avergonzado como sinceramente arrepentido. Asi, pues oyó, sin desmentirlos, los justos y sentidos cargos que le hizo su padre sobre su proceder actual y anterior.

—En todo llevais razon, padre, decia; no le digo á Vd. mas sino que no supe lo que me hice. ¡Harto me pesa! ¡El vino, el maldito vino!... Le daré á Perico una satisfaccion en presencia de todo el lugar; mas me honro en eso á mí propio, que no al ofendido.

—¿Con que le darás una satisfaccion? dijo Pedro.

—Un ciento, padre.

—¿Te casas con Elvira?

—Con mil amores.

—¿La darás buena vida?

—Por esta cruz, dijo, haciendo la señal con los dedos.

—¿Se irán Vds. á Alcalá?

—Padre, señor, aunque sea al Peñon.

Pedro miró un momento á su hijo profundamente conmovido, y dijo:

—Pues siendo asi, que Dios te bendiga, hijo.

Fueron ambos en casa de Ana á buscar á Perico. Mas éste habia salido, segun les dijo Ana.

Al verlos, y mas aun al notar la satisfaccion y alegría que demostraba el semblante de Pedro, tranquilizáronse los vagos, pero agitadores temores de Ana, y mas que todo la llenó de esperanzas el ver como Ventura se acercó á Elvira y le habló con cariño y afan, mientras que Pedro le decia con aire misterioso y guiñando hácia Ventura:

—Ese mozo tiene prisa por casarse; no ande Vd. tan pánfila con las cosas de la boda, comadre, que la gente moza no tiene la pachorra que nosotros.

Salieron en seguida; Ventura para la hacienda en donde era guarda: Pedro, que iba á su pegujal, se fué con él por llevar el mismo camino.

El trigo del pegujal estaba hermoso, pero tenia mucha yerba.

—La yerba se despierta, dijo Ventura.

—En llamando el tiempo á la yerba, repuso Pe-

dro, vence al trigo: pues es hija legítima de la tierra, el trigo es su cria; pero con el favor de Dios, trigo no faltará en casa para nosotros, y, añadió sonriéndose, para mas que vengan.

Despidiéronse, y Ventura se internó en el olivar.

Pedro lo siguió con la vista.

—Un hijo como éste, se decia, no lo tiene ni un rey. Ni en toda España habrá ninguno que le iguale. Si el cuerpo es hermoso, mas hermosa es el alma.

Apenas hubo andado algunos pasos en el olivar, cuando vió Ventura á alguna distancia salir á Perico de detrás de un olivo con su escopeta.

—Algo, le gritó Perico, tengo, gracias á tí, en mi cara que mueve á risa; pero tambien algo en mis manos que pára la risa. Cobarde soy y mata langostas; pero yo me quitaré el baldon que me pusiste.

—Perico, ¿que vas á hacer? esclamó Ventura, arrojándose hácia él para cogerle la accion.

El tiro partió; Ventura cayó al suelo mortalmente herido.

Pedro oyó el tiro, y se estremeció.

—¿Qué es esto? esclamó. ¿Pero que ha de ser? añadió con mas reflexion; Ventura que habrá tirado á alguna perdiz. Ello sonó cerca, voy á verlo.

Siguió apresuradamente el sendero que habia tomado su hijo. Ve un bulto que yace en el suelo.

Se acerca.—¡Dios de cielos y de tierra! ¡Es un hombre asesinado! ¡Ese hombre es mi hijo!

Cae á su lado el pobre anciano.

—Padre, dice Ventura, aun tengo fuerzas, vuelva Vd. en sí, ayúdeme Vd.; vamos á la hacienda que está ya ahí; que vayan por el confesor, que quiero morir como cristiano.

El Señor de las misericordias dió fuerzas al pobre padre. Levanta á su hijo, que apoyado en su padre dá algunos pasos, comprimiendo los gemidos que arrancan de su pecho los acerbos dolores.

En la hacienda oyen una voz lastimera que clama por socorro. Todos se precipitan fuera. Ven venir por el sendero al desventurado padre, que trae apoyado en su hombro á su moribundo hijo. Los rodean.

—¡Un sacerdote! ¡Un sacerdote! gime la apagada voz de Ventura.

Sobre el mas veloz caballo parte un propio para el pueblo.

—¡El cirujano! ¡El cirujano! clama el padre.

—La justicia, añade el capataz.

Tienden á Ventura en un colchon, y procuran atajar la sangre de la herida.

De este modo pasa una hora, llena de angustias y pavor.

Pero ya resuena el paso acelerado de caballos. Es el propio que vuelve acompañado del cura. El auxilio que primero llega es el de la religion.

El sacerdote entra trayendo sobre su seno la sagrada hostia.

Todos se postran.

El desesperado Pedro halla el alivio de las lágrimas.

Dejan solos al sacerdote y al moribundo. Un solemne silencio reina en la hacienda, tan solo interrumpido por los sollozos de Pedro.

Sale el ministro de Dios de la habitacion. Una dulce calma se ha estendido sobre el rostro del reconciliado.

Entra el cirujano que ha llegado.

Sondea la herida, calla, y se vuelve con un triste movimiento de cabeza hácia los que están á su lado.

Pedro, que con las manos convulsivamente cruzadas, pendia del fallo del facultativo, cae al suelo, y lo retiran de allí.

En este momento llegan el alcalde y el escribano: se aproximan al herido, éste tiene los ojos cerrados. La palidez de la muerte cubre su semblante.

—Señor alcalde, dice el cirujano, no está capaz de dar declaracion alguna; está agonizando.

Estas palabras llegan á los oidos de Ventura.

Con aquella energía que le era propia, abre los ojos, y dice con claridad:

—Preguntad, que puedo aun responder.

El escribano alista lo necesario para escribir, y el alcalde pregunta:

—¿Cuál ha sido la causa de tu muerte?

—Yo mismo, contestó Ventura distintamente.

—¿Quién te ha matado?

—Aquel á quien se lo he perdonado.

—¿Con que perdonas al matador?

—Ante Dios y los hombres. Fueron sus últimas palabras.

El cura le aprieta la mano.

Recemos el Credo, dice.

Todos se postran, y el ángel de la guarda, que vé un alma exhalarse perdonando á su asesino, la abraza como á hermana, aun antes de oir la divina sentencia.

CAPITULO VIII.

Habíanse reunido las mujeres en la sala de Ana; y aunque ninguna, escepto Rita, sabia los sucesos de la noche anterior, reinaba entre ellas un triste silencio, pues aun les faltaba la sencilla locuacidad de María.

—No sé por qué, dijo ésta al fin, ni sé lo que tengo; pero hoy no me cabe el corazon en el pecho.

—A mí me sucede lo propio, añadió Elvira; no respiro bien, no parece sino que tengo una losa sobre el corazon. ¿Será el aire? ¿Irá á haber tormenta, tia María?

—¡Pobre hija mia, pensó Ana, el remedio viene tarde! ¡La tierra llama á su cuerpo, y el cielo á su alma!

—Pues yo estoy como siempre, dijo Rita, y ella era la que realmente no podia parar de inquietud.

Angela habia hecho una muñeca de trapo, la habia acostado en una teja á guisa de cuna, y el mustio silencio que siguió á estas pocas palabras, solo fué interrumpido por la vocecita de la niña que cantaba, en la suave y monótona melodía de la nana, á la que algunas madres prestan un sencillo encanto y una dulzura infinita, estas palabras:

Entre mis brazos te tengo,
Y no ceso de pensar,
Qué será de tí, ángel mio,
Si yo te llego á faltar.
Los angelitos del cielo
. . . . . .

Fué interrumpido el infantil y dulce canto por un fuerte y grave tañido de la campana de la iglesia; y su vibracion se desvaneció lenta y gradualmente en el aire, como si se alzase á otras regiones.

—¡Su Magestad! dijeron todos poniéndose en pié.

Ana rezó en alta voz por el que iba á recibir los Santos Sacramentos.

—¿Para quién podrá ser? dijo María; yo no sé de nadie que esté malo de gravedad en el lugar.

Rita se asomó á la ventana, y preguntó á una mujer que pasaba quién era el enfermo.

—No lo sé, contestó ésta; pero es fuera del pueblo.

Otra mujer se acercó diciendo: ¡Jesus! Es una

muerte; en seguida del Cura han salido á toda priesa la justicia y el cirujano.

¡Jesus, Jesus! Dios le asista, esclamaron todas con aquella profunda emocion y horroroso espanto que infundé la terrible palabra: ¡*una muerte*!

—¿Y quién podrá ser? preguntó Rita.

—¿Quién puede saberlo? contestó la mujer.

Tocó entonces la campana el toque de la agonía. Toque solemne, toque lúgubre, voz de la iglesia que avisa al hombre que uno de sus hermanos lucha entre angustias, fatigas y congojas, y va á comparecer ante el tremendo tribunal. Grave saeta con la que la iglesia dice á la multitud que bulle encenagada en intereses frívolos que tiene por importantes, en pasiones pasageras que sueña eternas: «Paraos un momento por respeto á la muerte. por consideracion á vuestro semejante que va á desaparecer de la tierra, como desaparecereis vos mañana.» Pero esa voz que hablaba de muerte, esa voz que decia: ¡*rogad y acordaos*! era intempestiva en el siglo de las luces. ¡La ilustracion acordarse de la muerte! ¡Eso queda bueno para los cartujos! Y la ilustracion mandó callar á la iglesia, porque su voz le importunaba.

Habian quedado sumidas en un profundo silencio; pero estaban hondamente conmovidas, como acontece á veces en la mar, la que guardando una superficie calma, hinche su seno en olas interiores y profundas, á lo que llaman los marinos mar de

fondo. Pero no eran ellas solas; todo el pueblo estaba consternado, porque es aterrador el espanto que infunde una muerte causada por mano de un hombre, puesto que el anatema que Dios lanzó á Cain subsiste con toda su solemnidad por todas las generaciones.

—¡Qué largo se me hace el tiempo! dijo al fin María; parece que el dia se ha quedado cuajado.

—Y el sol clavado en el cielo, añadió Elvira; y que el que no sabe es como el que no vé, se desatienta. ¿Si habrán sido ladrones?

—Puede que haya sido sin querer, repuso María.

—Mae Ana, ¿quién y por qué han matado á un hombre? preguntó Angelita.

—¿Quién puede saber, respondió Ana, cual es la causa, ni cual es la mano atrevida que se antepone á la de Dios para apagar una antorcha que él ha encendido?

En aquel instante se oyó un rumor lejano. Las gentes, movidas de interés y curiosidad, corrian por la calle. Llegaban confusas esclamaciones de asombro y lástima.

—¿Qué es? preguntó Rita acercándose á la ventana.

—Que ahí traen al muerto, contestaron.

Elvira se sintió irresistiblemente impulsada á asomarse tambien.

—Quítate, Elvira, le dijo su madre; ¿no sabes que no puedes resistir la vista de un muerto?

No la oyó Elvira, pues ya se acercaba el tropel de gente, que por amistad, curiosidad é interés rodeaba al muerto y su séquito.

Tambien Ana y María se pusieron en la reja. El muerto venia atravesado sobre un caballo y tapado con una manta.

Sostenido por dos hombres le sigue un anciano, cuya cabeza está caida sobre su pecho.

Le miran....—¡Dios poderoso!... ¡Es Pedro!

Lanzan simultáneamente un grito.

Levanta al oirlo Pedro la cabeza, y vé á Rita.... La desesperacion y el despecho lo animan. Se desprende con violencia de los brazos que lo sostienen, se abalanza al caballo:

—¡Mira tu obra, liviana! Perico le mató.

Diciendo esto levanta la manta y descubre el cadáver de Ventura, pálido, ensangrentado, con una profunda herida en el pecho.

FIN DE LA PARTE SEGUNDA.

PARTE TERCERA.

CAPÍTULO I.

Una noche borrascosa cubria el cielo de volantes nubes, que perseguidas por el viento, iban mas allá á descargar sus raudales. Separábanse á veces en su fuga, y entonces aparecia suave y tranquila la luna, cual heraldo de concordia y paz en la refriega.

En los cortos instantes en que aclaraba esta plácida luz el cielo y la tierra, hubiérase podido distinguir en un camino solitario á un hombre macilento y pálido. Su andar incierto, sus ojos asombrados, la agitacion de los músculos de su semblante, manifestaban claro que ese hombre huia.

¡Sí, huia! huia de los sitios habitados; huia de sus semejantes, huia de la justicia humana, huia de sí mismo y de su conciencia, porque ese hombre era

un asesino, y nadie, al verlo huir sombrío y agitado cual las nubes arriba ante la invisible fuerza que las perseguia, hubiese reconocido en él al hombre honrado, al hijo sumiso, al marido amante, al padre tierno que habia sido pocos dias antes, ese ente miserable, sobre el cual la ley echaba el irremisible fallo de espiacion.

Sí, ese hombre era Perico: no buscando una paz ya para siempre perdida, sino huyendo de lo presente y espantado de lo porvenir.

Dias desesperados y noches horrorosas habia pasado en los sitios mas solitarios, sin mas sustento que bellotas y raices, evitando los ojos de los hombres como jueces, y la luz del dia como acusadora. Pero no habia oscuridad que desvaneciese las imágenes que ante sí tenia claras y vivas, ni silencio que acallara sus clamores. Eran aquellas el cadáver sangriento de Ventura, el desconsuelo de su pobre madre, el dolor de su infeliz hermana, el abandono de sus hijos, la desesperacion del anciano amigo de su padre, la reprobacion de su honrada raza, y sobre todo esto sonaba de continuo á sus oidos á los que llegó, el fúnebre, terrible y solemne toque de agonía con que la iglesia amparaba á su víctima.

En vano le insinuaba el orgullo por su órgano mas seductor, la honra, que lo que hizo lo debió hacer, que no hacerlo hubiese sido un baldon, que mas eran las ofensas que la represalia. Una voz, que

habian acallado los gritos de las pasiones, pero que se hacia mas distinta y mas severa á medida que aquellas, cual todo lo humano, iban cediendo y desmayando, la eterna voz de la conciencia le decia: ¡Oh! si no lo hubieses hecho!

El viento traia consigo un estraordinario sonido, á veces mas recio, á veces mas desvanecido. segun eran mas ó menos fuertes sus ráfagas. ¡Qué podria ser!! Todo asombra al culpable. ¿Era el rugido del viento, una flauta ó un quejido? Mientras mas á él se aproximaba Perico, mas inesplicable se le hacia. La direccion que seguia el mísero, lo acercaba hácia su procedencia. Llega. Su asombro se llena cuando, sin poder distinguir nada, pues una negra nube cubria la luna, oyó ese portentoso sonido sobre su cabeza. ¡Sonaba tan triste, tan vago, tan pavoroso!

En este momento se rompieron las nubes; clara y blanquecina se esparció la luz de la luna, como una capa de trasparente nieve. Todo sale fuera de los misterios de las sombras. A sus ojos se presenta Ecija, dormida en su valle como una ave blanca en su nido. Alza la vista hacia donde suena el misterioso clamor. ¡Qué horror!!! ¡Sobre cinco postes ve cinco cabezas humanas!!! Ellas son las que despiden el doloroso quejido, cual una amonestacion del muerto al vivo. (1)

(1) Varios atestiguan este espantoso fenómeno, que se esplica naturalmente por el ruido que forma el viento colando

Perico retrocede despavorido y repara entonces que no está solo. Junto á uno de los postes está parado un hombre. Este hombre es alto y vigoroso, de porte varonil y erguido. Viste ricamente á la manera de los contrabandistas; su rostro tostado es duro, osado y sereno. Tiene en la mano su sombrero, descubriendo ante esos postes de ignominia una cabeza que no se descubre jamás; puesto que esa cabeza es la de un hombre que está fuera de la ley, de un hombre que ha roto todos los vínculos con la sociedad, y que no respeta ya nada en ella; pero ese hombre, aunque desalmado, cree en Dios, y aunque criminal, es cristiano, y reza (1).

Cuando de esta enérgica é indómita naturaleza, emancipada de *todo*, sale un destello de adoracion religiosa, cual de una roca un chorro de agua viva, ¿qué direis incrédulos? ¿Es temor supersticioso?

Para ese hombre es el *temor* una palabra vana de sentido.

¿Es hipocresía?

No lo ven sino cinco cabezas de muerto.

¿Es debilidad moral?

Ese hombre tiene una fuerza de alma descono-

por los conductos de la garganta, boca y oidos de las cabezas asi colocadas.

(1) El célebre pintor Tegeo ha hecho sobre este mismo asunto un soberbio cuadro. Cuando hemos visto la estampa que de él se ha sacado, estaba escrita esta escena, en cuyo traslado se han unido sin saberlo la pluma y el pincel. Pueda llenar al artista la descripcion de su pensamiento, como á nosotros la pintura del nuestro.

cida en la sociedad, en que todos se apoyan en algo, él, que no se apoya en nada.

¿Es recuerdo de infancia? ¿Holocausto á la madre que le enseñó á rezar?

No existen estos para el desamparado huérfano, criado entre los toros bravos que guardara.

¿Qué es pues, lo que dobla aquella cerviz, y la detiene á orar ante la muerte de su semejante?

Al cabo de algunos minutos ese hombre concluyó su oracion, se tocó el sombrero, se remangó la manta sobre el hombro, y dirigiéndose á Perico, le dijo:

—¿Dónde se va, caballero?

Perico ni quiso, ni pudo responder. Un vértigo le habia acometido.

—Que dónde se vá, digo, volvió á preguntar el desconocido.

Perico permaneció callado.

—¿Es, prosiguió el que interrogaba, es que sois mudo, ó que no os da gana de responder? Si es esto, aquí hay una boca, añadió señalando su trabuco, que saca razones cuando no lo logra la mia.

La desesperada situacion en que se hallaba Perico le habia exasperado á punto que ya no obraba en él la reflexion, y la mancha de cobarde que se le habia infligido, estaba aun roja y ardiente en su frente como la marca reciente del hierro candente que imprime la ignominia; asi fué que respondió sin detenerse y agarrando su escopeta:

—Pues aquí hay otra que contesta en el tono que preguntan.

La intencion del desconocido no era hostil, ni tampoco la de llevar á efecto su amenaza; mas no porque le faltase ánimo, puesto que era aquel hombre el mas valiente que pisara las llanuras y las sierras de Andalucía. Y asi, lejos de irritarle la arrogancia de aquel jóven delgado y macilento, le agradó; por lo tanto le dijo:

—Camarada, á mí me gusta quitarme el sombrero antes de sacar la espada; pero pláceme saber con quien hablo y á quien encuentro en mi camino. Animo teneis, si pisais este, pues dicen anda por aqui Diego y su partida, y ya sabreis, como toda España, quien es Diego: donde pone el ojo pone la bala: á su vista tiemblan hasta las hojas sobre los árboles, y al oir su nombre hasta los muertos en sus hoyos.

Todo esto lo dijo sin la jactancia andaluza, tan grotescamente exagerada hoy dia; sino con la naturalidad de la conviccion, con la serenidad de la verdad.

—¿Qué se me da á mí de Diego y su partida? esclamó Perico, no con osadía, sino con el mas profundo desaliento.

Diciendo esto con débil voz, se tambaleó, y apoyó su cabeza sobre su escopeta.

—¿Qué os dá? ¿Qué teneis? preguntó el desconocido al notar su desfallecimiento.

Perico no respondió. porque era tal su debilidad y el efecto que habian causado en él sus recientes emociones, que cayó al suelo sin sentido.

El desconocido se arrodilló junto á él, y levantó su cabeza. La luna alumbró de lleno aquella cara, hermosa aun al través de su mortal palidez y de las señales que las pasiones, angustias y dolores habian impreso en ella.

—¡Ha muerto! murmuró poniendo su tosca mano sobre el corazon de Perico, que pocos dias antes era puro como el cielo de mayo.

—No, prosiguió, no ha muerto; pero morirá aqui como un perro si no se le socorre.

Y lo volvió á mirar, sintiendo despertarse en él aquel noble iman que arrastra la fuerza hácia la debilidad, el poder hácia el desamparo: porque, digan lo que quieran los optimistas, el destello divino está en toda naturaleza humana.

Púsose en pié, y silbó.

Oyóse el vivaz y juvenil galope de un hermoso potro, que moviendo el cuello y dando al viento sus crines, llegó, y con un alegre relincho se plantó delante de su amo, volviendo su cara fina y sus brillantes ojos como para ofrecerle el estribo.

El desconocido levantó á Perico inánime en sus robustos brazos, lo terció sobre el caballo, saltó á su lado, apretó suavemente las rodillas á los hijares del caballo, y el noble animal partió gallarda y ligeramente, sin cuidarse del peso de su doblada carga.

CAPITULO II.

En una venta solitaria, agazapada al lado de un camino real como un mendigo, estaban tranquilamente sentados á la lumbre el ventero y su muger, hechos como estaban á aquella alternativa de bulliosa actividad de dia y de completo y silencioso aislamiento de noche, como los habitantes de los lugares pantanosos á sus fiebres intermitentes.

—¡Mal haya, decia la ventera, de aquel testarudo marinero que se le puso que habia de hallar un nuevo mundo, y que no paró hasta topar con él! ¿No tenia el Rey ya bastantes cuidados con este? ¿Y á qué ha servido? A llevarnos para allá nuestros hijos y á traernos la epidemia. Dí Andrés, y no te estés durmiendo como un liron; ¿ha servido para otra cosa?

—Si, muger, sí, contestó el ventero entreabriendo los ojos; de ahí viene la plata.

—¡Mal haya la plata! esclamó la ventera.

—Y el tabaco, añadió el marido con lentas y lánguidas palabras, volviendo á dormirse.

—¡Maldito sea el tabaco! volvió á esclamar con rabia la ventera. ¿Crees tú, mal padre, qué valen ni la plata ni el tabaco las vidas que cuestan, y las lágrimas que hacen derramar? ¡Hijo de mi alma! ¡Dios sabe lo que será de él en aquella tierra, en la que se matan los hombres como chinches, y todo es venenoso, hasta el aire!

En este instante se oyó un silbido estraño.

El ventero se puso en pié de un brinco, agarró apresuradamente el candil y corrió hácia la puerta diciendo:

—El capitan.

Al presentarse en el umbral con el candil en la mano, alumbró esta luz roja á un hombre montado á caballo, que traia terciado por delante á otro que parecia cadáver.

—Ayudadme á bajar á este hombre, le dijo el ginete, con la aspereza de la voz poco ejercitada de un hombre de pocas palabras.

El ventero alargó el candil á su muger que se habia acercado, y se apresuró á hacer lo que se le mandaba.

—¡Jesus me valga! ¡Un muerto! esclamó la ventera, ¡por María Santísima. Señor, no nos lo metais en casa!

—No está muerto, contestó el ginete, está malo;

cuidadlo, que para eso sirven las mugeres. Aquí hay dinero para costear la cura.

Diciendo esto, tiró una moneda de oro y desapareció en la oscuridad, perdiéndose poco á poco el sonoro y medido ruido del galope de su caballo, como un pensamiento fijo se va desvaneciendo al apoderarse el sueño de nuestras facultades.

—¡Pues está bueno el lance! gruñó Marta. ¡Cuanto va que él por sus manos lo ha puesto asi, se larga, y ahí queda el tajo! ¡*Cúrelo Vd.*!; como si no hubiese mas que curar á uno que está muerto ó poco le falta! ¡Cómo si esta venta fuese un hospital! ¡Pues no se ha figurado ese *perdona vidas* que no tiene mas que mandar, como si fuese el rey!

—¡Chiton! dijo el ventero asustado; ¿quiéres callar *lengüi-larga*? ¡Hablar asi de Diego! ¡El mismo demonio son las mugeres! ¿A qué gruñes si sabes que no hay mas que hacer sino lo que manda esa gente? Además esta es una obra de caridad: con que á ello.

Prepararon lo mejor que pudieron un lecho en un desvan.

—No tiene señal de golpe ni herida, dijo Andrés desnudando al enfermo: ¿lo ves, muger? es una enfermedad como otra cualquiera.

—Mira, mira, Andrés, esclamó Marta; tiene un escapulario de la Vírgen del Cármen al cuello!

Y como si esta vista ó el santo influjo de la sagrada insignia hubiese despertado en ella todos los

buenos sentimientos de humildad cristiana; como si la hermandad en una misma devocion hubiese hecho resonar claro aquel santo precepto: al prójimo como á tí mismo, se puso á esclamar: razon tenias, Andrés; es una obra de caridad asistirlo: ¡pobrecillo!... ¡qué jóven es, y que desamparado está!.... ¡su pobre madre!.... Vamos, vamos, Andrés, ¿qué haces ahí parado como un poste? Anda, corre trae vino para refregarle las sienes; mata una gallina, que le voy á poner un puchero.

—Eso es, murmuró Andrés al irse.... primero no lo quiere en casa, ahora se ha de echar el bodegon por la ventana.... ¡las mugeres! el demonio que las entienda....

Marta fué incansable en la asistencia del infeliz, que se agitaba en su fiebre y hablaba en su delirio de cosas terribles.

A la noche siguiente entró en la venta un hombre mal encarado y de repugnante aspecto. Habia estado en presidio, y era su apodo el Presidiario.

—Dios guarde la persona, dijo el ventero al verlo entrar, con mas miedo que cordialidad: ¿qué le trae á Vd. por acá?

—Un antojito del capitan; ¡mala rabia le mate!.. ¿pues no vengo á saber de un enfermo como mandadero de monjas?

—No le va muy bien, contestó el ventero; tiene una calentura como un toro; está desvariando y ha-

bla de una muerte que ha hecho, de cabezas de muerto....

—¡Hola! ¿con qué es hombre de armas tomar? dijo el Presidiario; vamos á verlo.

Subieron al desvan.

—En todo el dia se me ha pegado la camisa al cuerpo, iba diciendo el ventero, pues ha habido gentes y hasta soldados, y si lo hubiesen oido....

Examinaba entretanto el Presidiario la jóven, fina y demacrada persona de Perico, y con un movimiento despreciativo respondió al ventero:

—Pues si os da ruido, plantarlo en la del Rey.

—Eso no, esclamó Marta.... infeliz.... yo tengo un hijo en América, que puede que esté á estas horas como éste, abandonado de todos, y que clame, como éste lo hace, por su madre.

¡No, no señor! no le desampararemos, ni la Señora cuyo escapulario lleva, ni yo....

—Cómprele Vd. dulces, dijo el Presidiario volviendo á bajar.

—¿Qué se dice? le preguntó al ventero.

—Que van á poner á premio la cabeza de Diego.

—¿El qué? volvió á preguntar el Presidiario con estraño y ávido interés.

El ventero repitió lo que habia dicho.

Quedóse un momento suspenso el Presidiario, y luego prosiguió:

—¿Dónde se cree que estamos?

—Hácia Despeñaperros.

—¿Se nos persigue?

—Si; una partida de caballería hay en Sevilla, una de infantería en Córdoba y una de migueletes en Utrera.

—Zapatos han de romper antes de vernos las caras, dijo el Presidiario; y si nos las ven, caro les ha de costar.

—Ya, ya sabemos, repuso Andrés, que el que se le pone por delante á Diego, bien puede buscar su sepultura.... pero al fin tantos pueden ser....

—¿Tiene Vd. curiosidad, le interrumpió el Presidiario, de saber á lo que sabe un soplamocos dado de mi mano?

—Ninguna, dijo Andrés retrocediendo dos pasos.

—Pues ponga mas lastre en su lengua.... venga el pan.... y ligero.

Andrés se apresuró á obedecer.

Iba á salir el bandido, cuando se oyó la voz de Marta que lo llamaba.

—Se me pasaba, dijo; tome Vd. ese dinero, déselo al capitan, y dígale que lo que hago con este mozo es por caridad y no por interés.

—Seguro está que le dé yo semejante razon, repuso el bandido. No sufre él *no*, ni cuando dice *daca*, ni cuando dice *toma*.... pero para avenir á Vds. me lo guardaré yo.

Metió las espuelas al caballo y desapareció.

—Pusiste una pica en Flandes, dijo impaciente el ventero á su muger. ¿Estará mejor ese dinero, des-

pilfarradota, en manos de ese bribonazo que en las nuestras? Las mugeres, ¡mal haya su pelo! ¡el demonio que las entienda!

—Yo me entiendo y Dios me entiende, dijo la buena muger, volviéndose á subir al cuarto del enfermo.

CAPITULO III.

Los cuidados de la buena ventera, la juventud y robustez de Perico vencieron el mal, y al cabo de quince dias estuvo capaz de levantarse.

Perico demostró todo su agradecimiento á Marta con voces del corazon, mas sentidas que elocuentes.

—No me lo tienes que agradecer á mí, le dijo la buena muger, sino al que te trajo aqui; por cierto que no puse muy buena cara cuando te ví llegar; pero te he tomado voluntad, porque he visto que eres buen cristiano y buen hijo.

Perico bajó la cabeza con un profundo sentimiento de dolor y vergüenza. Su debilidad física habia amortiguado aquel furioso y ciego arranque, que exalta á veces á las naturalezas suaves y tími-

das, á punto de hacerlas traspasar los límites que respetan otras fuertes y aun violentas.

Toda esa efervescencia que habian hecho surgir en él las pasiones, como el gas la espuma de un vino que fermenta, iba cayendo cual esta, quedando la reflexion, que sin disminuir la fuerza de sus cargos, condenaba sus medios de vindicarlos.

Perico recobró con las fuerzas toda la angustia que su porvenir le inspiraba, y esta se aumentó cuando Andrés, cogiéndole las vueltas á su muger, le dijo un dia:

—Amigo, ya que estais restablecido, preciso es que busqueis la vida por otro lado; pues, señor, mientras mas amigos mas claridad; allá en los delirios habeis hablado de una muerte que habeis hecho, y si ello es asi, y os hallan acá, vamos á tener que sentir, y eso no es razon, ni deben pagar justos por pecadores, y la caridad bien ordenada, por mas que diga Marta, que todo lo quiere saber mejor, empieza por sí mismo, pues solamente esa muger mia, que es mas tonta que las calabazas, es capaz de sostener que la caridad cristiana empieza por el prójimo; y le digo á vd. mi verdad, yo no quiero nada con la justicia, que tiene la mano pesada.

Perico no respondió, pero se fué á despedir con lágrimas en los ojos de Marta. La buena muger sintió en estremo su ida, porque le habia tomado cariño. Un recuerdo de su hijo le hacia apegarse á

aquel infeliz; un recuerdo de su madre arrastraba á Perico hácia aquella buena muger que habia hecho sus veces.

Tomó su escopeta, y al salir se le presentó el Presidiario.

—¿Dónde se va? le dijo. ¿Asi os largais sin darle un *Dios se lo pague* á la buena alma que os recogió? Esa es una mala partida, camarada. Ademas, ¿adónde vais por esos mundos? ¿Teneis priesa de que os metan en gayola?

Perico no respondió, ni pensaba, ni discurria, ni tenia voluntad.

—¡Ea! andad por delante, prosiguió el Presidiario; mas hacemos acá en ampararlo que haceis vos en dejaros amparar.

Perico lo siguió maquinalmente.

—Mira, Marta, esclamó Andrés al ver de lejos que Perico se iba con el Presidiario; mira tu *mimadito* y qué alhaja que es. ¡Se va con el Presidiario!

—¡Y qué! respondió Marta, *aunque*... Te digo Andrés, que es un buen hijo y un buen cristiano.

—Un truhan y un perdido, dijo el ventero, que se ha comido mis gallinas, y que... por vida de... ¡y lo veo ir á la partida y dices que es bueno! ¡El demonio que entienda á las mugeres!

Despues de internarse por espesuras y breñas, llegaron Perico y el Presidiario cerca de un alto, sobre el que estaba apoyado en su trabuco el capitan. En la ladera dormian ocho hombres bajo su

custodia. A su lado pacia su hermoso caballo, que de cuando en cuando levantaba la cabeza para mirar á su amo.

—Aqui está este mozo, dijo el Presidiario al llegar.

Sin hacer un solo movimiento aquel hombre, volvió lentamente los ojos y miró de arriba abajo al recien llegado. Despues de un rato, dijo:

—¿Andais prófugo?

Perico no respondió y bajó la cabeza.

—No hay que amilanarse, prosiguió su interlocutor; y luego en frases breves añadió:

—Los hombres tienen horas menguadas, y entre estas las hay rojas como sangre, y negras como luto. —Una sola basta para perder á un hombre y volverle el corazon como un guijarro que no siente ni late, pero pesa.—Queda un hombre hundido, porque lo pasado pasado se queda; y no hay mas que á lo hecho pecho.—La vida es una refriega, en la que se mira adelante como valiente, y no atrás como cobarde.

—No lo puedo hacer yo, esclamó Perico con esplosion; si supiérais...

El capitan alargó el brazo, haciendo un gesto imperativo para hacer callar á Perico, y añadió:

—Aqui cada cual lleva lo suyo en sí como un pliego cerrado, sin que en los otros despierte ni curiosidad ni interés. Si no teneis donde ir, quedaos con nosotros; acá defendemos lo único que

nos resta, nuestras vidas. Por mí no la defiendo por lo que vale, sino para no entregarla al verdugo.

—Pero, ¿robais? dijo Perico.

—Algo se ha de hacer, contestó el bandolero, volviendo como la tortuga á meterse bajo su áspera y dura concha.

Perico ni admitió ni rehusó la propuesta. Era una masa inerte y sin voluntad; el acaso disponia de su miserable existencia, asi como el viento del desierto de sus pesadas y áridas arenas.

CAPITULO IV.

Mas entretanto que, despues de las vicisitudes referidas, la miserable existencia de Perico se arrastraba á remolque de una banda de criminales, ¿qué era de los demas individuos de esta familia? ¿A qué estremo los habian llevado la desesperacion, el dolor, el resentimiento y la venganza?

Desde el malhadado dia en que Pedro perdió á su hijo, se habia encerrado en su casa con su dolor. El cura y algunos amigos iban de cuando en cuando á acompañarlo, no para consolarlo, era esto imposible, pero para hablar con él de su pena, haciendo como los que aligeran los bajeles de las amargas aguas de la mar, sin poder carenarlos, y solo para impedir que se hundan. Habian procurado que se volviese á tratar con la familia de Perico; mas esto habia sido un imposible.

—¡No! respondia Pedro en esas ocasiones: le he

perdonado ante Dios y los hombres; mi pobre hijo lo hizo antes de morir; pero tratarme con su gente como si tal cosa, eso no.

—Pedro, Pedro, eso no es perdonar, decia el cura; es la letra y no el espíritu de la ley.

—Señor cura, respondia el pobre padre, Dios no pide imposibles.

—No, pero cuanto exige es posible.

—Señor, Vd. me quiere santo y no lo soy; harto hago en ser buen cristiano y perdonar. ¿Los he perseguido? ¿He acudido á la justicia? ¿Qué mas puedo hacer?

—Pedro, dando gracias por agravios, caminan los hombres sabios.

—Jesus, señor cura, por María Santísima, no tan calvo que se le vean los sesos; Dios los ayude y los favorezca; pero cada uno en su casa, y Dios en la de todos.

María habia huido con su hija al retiro de su casa, cubriendo el dolor y vergüenza de esta con el santo manto de amor de madre, único refugio que le quedaba contra la unánime reprobacion, la pública indignacion que justamente inspiraba.

Solas, pero sostenidas en su inmenso dolor, por su religion y su conciencia, quedaron las dos infelices víctimas Ana y Elvira.

Asi pasaron muchos meses.

Llegó entonces al lugar una mision compuesta de dos capuchinos.

Estas misiones estaban instituidas para convertir al pecador, despertar al tibio, afirmar al bueno y consolar al triste.

En el siglo ilustrado, en que todos somos buenos, fervientes, firmes y felices, se han suprimido como supérfluas.

Los misioneros predicaban de noche, y la iglesia se llenaba de un pueblo que venia á oir la palabra de Dios, que enseña al hombre á ser bueno. Ahora hay *clubs* en que se enseña al hombre á ser libre, lo que es mejor y mas *digno*. ¡Pobre pueblo!

La buena María pudo persuadir á su hija que la acompañase á las misiones.

Y la ágria, reconcentrada y amarga vergüenza, el desesperanzado dolor de Rita, halló en ellas arrepentimiento, lágrimas para lo pasado, penitencia y humillacion para lo presente; y en el porvenir, la mano divina que levanta al caido cuando la implora, bañado en lágrimas y postrado en la ceniza.

Una de aquellas noches fué el testo del sermon el perdon de las ofensas.

¡Magnífico era el tema! ¡Santo y sublime cual ninguno! El ferviente orador supo esplotarlo, y el pueblo creyente comprenderlo.

Al concluir el santo misionero, se postró ante el crucifijo, y con ferviente celo y ardiente caridad prometió al Señor de misericordia, en nombre de aquel pueblo arrodillado á sus pies, que á la otra noche no habria en el templo un solo co-

razon cerrado y que no estuviese reconciliado. Un murmullo de esclamaciones y llantos confirmó el ofrecimiento del santo apóstol.

El dia siguiente fué un dia de paz y caridad, segun el espíritu del Evangelio. Las mas arraigadas enemistades se acabaron, los mas irreconciliables enemigos se abrazaron por las calles, los ángeles en el cielo debieron alegrarse.

Pedro fué á casa de Ana (1).

Terrible fué para el infeliz la entrada en aquella casa. Se acercó á Ana y la abrazó en silencio. La desventurada madre, temblaba y procuraba en vano hacerse dueña de su dolor. Pero cuando Pedro se volvió hácia Elvira, la que semejante á una sombra deshecha en lágrimas, torcia sus descarnadas manos, cuando estrechó sobre su seno paternal aquella que habia mirado y querido como á hija, entonces su comprimido dolor rebosó esclamando: ¡hija! ¡hija! ¡tú y yo le amábamos!

Tambien Rita fué en casa de Ana á pedir lo que á llevar fué Pedro.

Cuando estuvo enfrente de su ultrajada suegra, se echó de rodillas: ¡yo he sido, esclamó golpeán-

1 La persona que escribe esto, ha presenciado y da testimonio de una mision semejante. ¡Qué religion la que á la voz de un pobre misionero ablanda los altivos y tenaces corazones españoles y obliga á los mas encarnizados enemigos á abrazarse! ¿Ha cambiado jamás la ilustracion del siglo un corazon lleno de odio en uno lleno de amor? ¿Dónde está la mision protestante que pueda vanagloriarse de semejante prodigio?

dose el pecho, la causa de todo! ¡No vengo á pedir un perdon que no merezco, vengo á que me castigueis sin maldecirme!

Y cuando se volvió hácia Elvira, no le bastó estar de rodillas, sino que postrándose con el rostro en tierra, gimió entre sollozos: pues eres un ángel, perdona cual ellos.

La pobre María sostenia con sus brazos á su anonadada hija, é imploraba á Ana con sus miradas y sus lágrimas.

Ana y Elvira levantaron y abrazaron sin una palabra de reconvencion á aquella que tanto mal les habia hecho, poniendo desde ese dia todos sus cuidados en reanimarla, pues era la mas infeliz de las tres, porque era la culpable.

El pueblo todo miró á la franca y públicamente arrepentida con caridad, porque si el mundo llamado culto halla en las demostraciones religiosas un motivo mas de vituperio, añadiendo á la reprobacion de las culpas (que no olvida) el baldon de *hipocresia* en los que se llaman á Dios, el pueblo, mas generoso y mas justo, honra las señales públicas de arrepentimiento y humillacion, y asi no hubo quien al ver á Rita postrarse y llorar, no trocase su indignacion en lástima, y la imprecacion *¡infame!* en la suave voz de ¡pobrecita! Esto es porque el pueblo rudo no sabe lo que es *filantropia*; pero sabe, porque se lo enseña la religion, lo que es *caridad cristiana*.

CAPITULO V.

Espantosa era para él la vida que llevaba Perico. Arrastrado por la necesidad y por el ascendiente que ejercia la vigorosa influencia de Diego; arrastrado como él por una desgracia en la via criminal; pero una vez en ella adoptándola sin vacilar, como un guerrero una armadura de hierro, sin fatigarle ni su peso ni su dureza. Perico seguia como una opaca sombra á esos desalmados, detestándolos. Era como el plateado pez de un tranquilo lago de agua dulce, que arrastrado por una fatal corriente es llevado al mar, en cuyas amargas y agitadas aguas agoniza sin poder huir de ellas. A veces cuando bajo sus ojos se cometia un crímen, queria en su desesperacion acabar de una vez sus torturas, entregándose á sí mismo á la justicia; pero lo detenia la vergüenza y la falta de energía para

sobrellevarla. Era odiado de los demas, que le apellidaban el *Triste*; pero le sostenia la poderosa proteccion de Diego.

Diego se sentia arrastrado hácia aquel hombre, al que habia salvado la vida, hácia aquel hombre que era bueno y honrado, porque la tosca y dura naturaleza de Diego era fuerte y noble, y no habia descendido al peor grado de la maldad, que es odiar lo bueno. Sin llegar á la exageracion novelesca que hace de un bandido ó un pirata un héroe, estamos mas lejos aun del clásico puritanismo que hace de un ladron un mónstruo tal, que no cabe en él un solo átomo de humano, desmintiendo asi, en honor de la moral sistemática y de la policía matemática, los conocidos hechos de valor, generosidad y nobleza que se han visto en gefes de tales bandas. Solo el llegar á ser gefes de semejantes hombres, prueba una inmensa superioridad, conservando un predominio que en nada se apoya ni nada sostiene, sino su propia fuerza.

En una ocasion en que habia llegado en sus correrías la banda hácia las ventas de Alocaz, llegó exhalado uno de los espías que tenian en Utrera, avisándoles haber salido de allá con direccion á las Ventas, una partida de migueletes, sin duda avisada por viageros recientemente despojados. Apresuráronse los bandoleros á meterse en un olivar; pero apenas internados, fueron sorprendidos por otra de caballería.

Entablóse entonces un tiroteo mortal, en el que esos hombres que peleaban por sus vidas, lo hicieron con denuedo.

—Perico, le dijo Diego, ahora ó nunca és la ocasion de demostrar que no comes tu pan sin ganarlo: aqui va de fuerza á fuerza; á ellos, si eres hombre.

Al oir estas palabras, Perico, aturdido y como un hombre ébrio, se arrojó ante las balas, disparando sus armas sobre esa pobre tropa, que sacrifica todo, hasta su vida, por el bien de la sociedad, que en su egoismo ni se lo agradece siquiera, sucediéndole como á los confesores y médicos, que son burlados en sana salud y llamados con ánsia cuando se está en peligro. Un bandolero fué muerto, dos soldados heridos, y una bala de Perico, tirada casi á quema ropa, mató al comandante de la partida. La consternacion que causó esta catástrofe dió lugar á que los ladrones huyesen.

Salvaron á Utrera, pasaron por las haciendas de la Chaparra, de Jesus María y Venagila, y llegaron al anochecer exhaustos á Valobrego. Este valle, no lejos de Alcalá, está circundado por cerros y olivares. En su parte mas aislada, al borde de un arroyo, están las ruinas de un castillo moruno, llamado Marchenilla. Al pie de estas solitarias ruinas cayeron rendidos caballos y ginetes. Apagaron su sed en el arroyo y encendieron una hoguera entrada que fué la noche, y todos se echaron á dormir, menos Diego y Perico.—Mal dia, Corso, dijo Diego

acariciando su hermoso potro, que bajaba y levantaba con gracia su fina cabeza, de manera que parecia á la vez confirmar lo que le decia su amo y decirle: ¿Qué importa, si os he salvado?

—Mala vida te doy, hijo mio, prosiguió el ladron, que amaba profundamente á su caballo, porque era lo único que amaba en el mundo.

El caballo, como si lo hubiese comprendido, dió un alegre relincho, se puso en dos pies, se bamboleó en ellos, y se dejó caer al lado de su amo, presentándole la frente para que se la acariciase.

—¿Qué será de tí, si me prenden? dijo el ladron, apoyando su cabeza en el pescuezo de su caballo, que quedó inmóvil.

—Por cierto, dijo Diego al sentarse en la lumbre en frente de Perico, que á tí debemos el haber escapado hoy á tan poca costa.

—¿A mí? preguntó Perico sorprendido.

—Si, respondió el capitan, puesto que venia la partida mandada por un oficial valiente, que no entendia de chicas y conocia el pais, el hijo de la condesa de Villaoran, que nos hubiese dado que hacer, á no haberlo muerto tú.

—¡Dios me favorezca! esclamó Perico poniéndose en pie y levantando sus cruzadas manos al cielo: ¿Qué decís? ¡El hijo de la condesa estaba alli, y yo le maté!

—¿De qué te espantas? respondió Diego: ¿Creias, acaso, que estábamos tirando anises? Caramba, aña-

dió con impaciencia, que me vas amostazando. ¿Pues no pareces un cómico de la legua con tanto ademan y tanto hipio? Por vida de tal, que tiene el Presidiario razon, erraste la vocacion; en lugar de entrar en la vida airada, te debiste meter fraile. ¡Ea, vela! añadió liándose en su manta, poniéndose su trabuco entre sus rodillas y su cabeza sobre una piedra.

Inútil advertencia era esta para Perico. El infeliz, con su dolor desesperado, se arrancaba los cabellos y maldecia de sí mismo. ¡Habia matado al hijo del ama y bienhechora de sus tios, su compañero de infancia!

CAPITULO VI.

¡Cuál se le pintaron al infeliz Perico en esa lúgubre noche las escenas de su tranquila felicidad doméstica, ya para siempre perdida! ¿Y qué las reemplazaba? ¡Su espantosa situacion presente!

Nada se movia en sus derredores, en que solo veia la triste monotonía de la noche como la de su infortunio, un fuego abrasador como su conciencia, una oscuridad fria é impenetrable como la de su porvenir.

—¡Poder de Dios! se decia. ¡Esto veo, esto recuerdo, esto sufro y no muero!

La roja y vacilante llama de la hoguera arrojaba de cuando en cuando una ráfaga de brillante claridad sobre las oscuras y estrañas formas de las ruinas, dejándolas en seguida en negra sombra, en las

que parecian querer refugiarse como un casi borrado recuerdo en el olvido.

Oia su sobresaltada mente suspiros en el silencio, y veia horrores en la oscuridad. Quejidos le acusaban, dedos le amenazaban, ojos le miraban.... y no, no se habia engañado: al definir y realizar la clara luz de la llama, que se avivó movida por el viento, los objetos, vió Perico tras de uno de los paredones, que aun en pié miraba á sus pies los trozos, derrumbados por el tiempo, unos duros y negros ojos que se clavaban en él. Perico quedó tan asombrado y suspenso entre lo figurado y lo positivo, que no supo si ponerse al amparo del cielo con una señal de la cruz, ó bajo el de los hombres, dando la señal de alarma.

Vió entonces salir de detrás de la ruina de piedra una ruina humana, de detrás de la degradacion del tiempo la degradacion de la infamia: era una repugnante, vieja y súcia gitana. Cubrian sus descarnados miembros unas enaguas de bayeta parda, que se confundian con el tinte de las ruinas; cubria su pescuezo un pañuelo, y sus lácias canas una mantilla de bayeta negra.

Perico quedaba inerte como la estátua del estupor, ó cual si fuese aquella rechazadora faz la de Medusa.

—No hay cuidado, dijo al acercarse aquella vision; no hay que alarmarse, que no vengo con malos fines; podeis estar descuidado. Sabia que esta-

bais aqui, y he hecho cundir la voz que marchais hácia la Sierra de Ronda, y que os han visto hácia Espera y Villa Martin.

—¿Pues á qué venis? esclamó Perico, instintivamente repulsado por aquella muger.

—Para proporcionaros un golpe de suerte, que baste á asegurarla para siempre, respondió esta.

—Poca confianza inspira, repuso Perico, la que vos podais proporcionar.

—¿Porque tengo malas trazas? dijo la gitana. ¡Y qué! si bajo una mala capa hay un buen bebedor. Pues á las manos les traigo un tesoro, no hay sino alargarlas.

—¡Un tesoro! preguntó Perico, en quien esa palabra, en lugar de codicia, hizo nacer la idea de que aquella vieja estaba demente. ¿Un tesoro? repitió; ¿y dónde se halla?

La vieja, que en esa pregunta solo vió lo que contaba hallar, avidez y sed de oro, se acercó á Perico, y como si temiese que el hálito de la noche interceptase al pasar sus palabras, y que el anatema las anonadase en el aire, le murmuró al oido:

—En la iglesia.

Perico, aterrado, dió un paso atrás; mas dando en seguida el avance de un tigre, agarró á la gitana, y echándola fuera de aquel recinto, solo pudo articular con ahogada voz:

—¡Idos!

—No me voy, dijo la vieja sin intimidarse, que

quiero hablar con el capitan y con el Presidiario, y les hablaré.

En la angustia de que asi lo ejecutase, y para forzarla á alejarse, sacó Perico un puñal que blandió, y cuya oja brilló á la luz de la llama.

La gitana dió voces, los ladrones se despertaron.

—¡Qué es eso! gritó Diego. ¡Qué sucede! ¿Perico, vas á matar á una muger?

—No, no, no la quiero matar, esclamó Perico, no quiero sino ahuyentarla.

—Y eso, dijo la vieja, porque he venido hasta aqui despreciando riesgos y fatigas, para proporcionaros el medio de salir de esa vida arrastrada que llevais, haciéndoos ricos de una vez, como le sucedió al Rubio de Espera, á quien un robo considerable proporcionó el poder ir mas allá de los mares á pasarse buena vida.

Los ladrones se agruparon en derredor de ella. El Presidiario le presentó un trozo de pared caido, como un sillon de presidencia.

—¡No la escucheis! ¡No la escucheis! esclamó Perico fuera de sí; ¡propone un sacrilegio!

—Señor, dijo el Presidiario á Diego, decid á ese padre agonizante que calle, y no sea como el agua por San Juan, que quita vino y no da pan. A los ciegos por la calle es, y se les escucha. Dejad que hable esta muger, y veremos lo que trae; con mil de á caballo que calle ese triste avejorro.

Diego titubeó, mas se volvió hácia la vieja. Entonces Perico vió el golpe perdido, pues Diego era siempre y todo de su primer impulso; y desesperado se alejó dando vueltas como un insensato por los olivares.

Todo lo habia calculado la gitana, y sus medidas estaban bien tomadas. Las grandes ventajas, tan altamente ponderadas, las dificultades tan fácilmente vencidas, las precauciones tan bien combinadas que esplayó largamente, produjeron su efecto. La tentacion que ofrece flores con una mano, y con la otra oculta abrojos, convence á unos y seduce á otros. Todas las medidas se tomaron, se convino en las señas y horas, y antes que los gallos anunciasen, como sus fieles centinelas, el dia, la cuadrilla se encaminaba hácia la solitaria hacienda del Cuervo, y la vieja se rastreaba cual astuta y venenosa serpiente á su cueva en el monte de Alcalá; alli, en el seno de la tierra donde concibió el atentado, para el cual de noche, entre ruinas, sedujo á malhechores, atentado que se habia de perpetrar en el templo de Dios.

CAPITULO VII.

Lentas pasaron las horas del siguiente dia para los ociosos huéspedes del Cuervo.

Todas las representaciones y súplicas de Perico para disuadir á Diego de su sacrílego intento, habian sido inútiles. Diego jamás supo volverse atrás, y esa tenacidad estúpida al conocer que se camina mal, le habia costado el honor y la honradez y le habia de costar la libertad y la vida. Habia mas; por instigacion del Presidiario, forzaba Diego á Perico, que queria al fin apartarse de ellos, á acompañarlos en esta atroz empresa, porque, segun decia aquel hombre vil, era este el único medio para impedir que fuese el *santurron* á delatarlos.

Por fin, volvióle la tierra la espalda al sol y cubrióse con su negro manto.

Montaron todos y llegaron á la media noche al gran castillo arruinado de Alcalá. Diego silbó tres veces. Entonces se vió salir de una de las cuevas abiertas en la base del castillo, á la gitana con una linterna sorda en la mano.

Se apearon y la siguieron.

Pedro iba confuso, sospechando el mal paso en que se encontraba; pero sus compañeros le rodeaban, y le arrastraron á donde les guiaba la gitana. Esta, despues de saludar á los ladrones en voz sumisa, hablándoles una gerga ininteligible, abrió con una ganzúa la puerta de un corralillo, al cual, entre escombros y maderos, daba un postigo de la sacristía, á donde entró aquella sacrílega canallá, no sin pavor y asustándose hasta del rumor de sus pisadas.

¡Qué espectáculo tan altamente sublime y tremendo presenta un templo desierto á deshora de la noche!... Aun las almas mas puras y mas santas se hunden en profunda y pavorosa meditacion al contemplarlo; y no hay incredulidad que baste á dar aliento al corazon de quien se atreve á recorrerlo! ¡Cuán inmensas y aterradoras aparecen aquellas naves sombrías!... ¡Cuán altas aquellas cimbrias, que, sostenidas por gigantes de piedra, se pierden en la misteriosa oscuridad de un cielo sin estrellas!—Alli, en una honda y lúgubre capilla aterra y pasma la fria estátua que duerme sobre un sepulcro; y aunque apenas se divisan sus con-

tornos, parece que le da movimiento la oscuridad misma. El altar mayor, aun perfumado de incienso y de las flores de la mañana, y cuyas vislumbres chispean en las tinieblas; el altar, universal centro de la Fé, trono de la Caridad, refugio de la Esperanza, espendedor pródigo de dulcísimos consuelos, amparo del desvalido, atrae los ojos, los pasos, los corazones!—Ante el tabernáculo arde la lámpara solitaria, guardiana del sagrario, sin mas objeto que alumbrar, porque la luz es el conocimiento de Dios: lámpara santa y misteriosa, suave y constante holocausto, llama permanente, como la eterna misericordia, que arde como el amor, silenciosa como el respeto, alegre y tranquila como la esperanza. Los destellos y reflejos de esta luz recortan y abrillantan algunos puntos salientes de los follages y molduras del dorado retablo, dándoles la apariencia fantástica de ojos que velan en religioso insomnio. Allí nada distrae la mente: aquella completa inmovilidad, aquel no interrumpido silencio, forman como una suspension de la vida, que no es la muerte, que no es el sueño; pero que tiene de aquella la solemnidad, de éste la dulzura.

Tal estaba la iglesia de Alcalá cuando entraron en ella, alumbrados por la linterna de la repugnante gitana, los foragidos, llevando con ellos á empellones y por fuerza, al desventurado Pedro.

—Soltadle y cerrad, y atrancad esa puerta, dijo Diego.

—Va á gritar y nos va á descubrir, le respondieron los otros.

—¡Soltadle, digo! repuso el capitan. ¿Quién le ha de oir? ¿qué ha de hacer?

—Puede gritar, contestó Leon, que, ayudado por la gitana, despojaba el altar mayor de las alhajas de plata que lo adornaban.

—Pues estad á la mira, replicó el capitan.

Y dos, sin duda mas tímidos, y que no querian poner la mano sobre cosas santas, se acercaron á Pedro.

Este, que como todos los que se contienen, era impetuoso é incontrarestable cuando le sacaban de sí las circunstancias, prorumpió recobrando su energía:

¡Abajo esos sombreros, hereges, qué estais en la casa de Dios!

—¡Pronto! ¡una mordaza! gritó furioso el capitan.

Y al punto le pusieron á la boca un pañuelo, siendo inútil la resistencia.

Pero, á pesar de que el pañuelo le ahogaba, al ver que la gitana y Leon rompian la puerta del sagrario, hizo Pedro un esfuerzo desesperado, y cayó de rodillas gritando:

—¡Sacrilegio! ¡sacrilegio!—¡Voz tremenda que recorrió las capillas, que retumbó en la bóveda, como entre las nubes el trueno, y que despertando al magno y sonoro instrumento, que suele acompañar al imponente *De profundis*, y al glorioso *Te Deum*, se perdió entre sus cañones de metal, como

un doloroso gemido.—Un momento de terror frio sintieron aquellos miserables. ¡Tembló el mismo Diego!—Pero pronto, repuesto, se acercó furioso á Perico, le arrojó contra las losas del pavimento, le pateó, le maldijo, y mandó á los demas que le matasen á culatazos si proferia una palabra. El infeliz, en tierra y maltratado por aquellos bandidos, balbucia confuso:

—¡Misericordia, Señor, misericordia!

—¡Matadle si chista! repitió Diego, y despachemos pronto; que se va aclarando la noche, y nos pueden ver al salir de aqui.

Efectivamente las nubes se rompieron, y un rayo de luna entró en este momento por una alta claraboya de la iglesia, y fué á besar el pie de una milagrosa imágen de la purísima Concepcion.

—¡Maldita luna! gritó la gitana, añadiendo imprecaciones horribles.—Y espantados todos de verse unos á otros al brillo de aquella repentina claridad, apresuraron el despojo y consumaron el sacrilegio.

Salieron por último, y cuando la gitana los vió partir á caballo cargados con las riquezas, se volvió á ocultar en la tierra.

Aun no doraba el sol la Giralda cuando cargados con su botin llegaron los ladrones cerca de Sevilla. Dejaron sus caballos en un olivar al cuidado del Presidiario, y entraron por diferentes puertas cada cual, reuniéndose en un lugar apartado y se-

ñalado por la gitana, en el cual un platero ya prevenido, recibió, pesó y pagó las alhajas. Pero cuando los ladrones volvieron al lugar en que habian dejado al Presidiario con los caballos, nada hallaron.

—¡El perro nos ha vendido! dijo uno.

—¿Y á qué? repuso Diego; tiene aqui su parte, que supone mas de lo que pudiese valerle su traicion.

—Habrá visto gente y se habrá refugiado al Cuervo, dijo Perico.

Encamináronse hácia la hacienda, dejándose caminos y carriles y metiéndose por los olivares.

Mas alli tampoco hallaron al Presidiario.

—¡Mi pobre Corso! dijo Diego, y una lágrima amarga como acibar brilló un instante en sus ojos. Mas reponiéndose al momento: estamos vendidos, dijo; ea pues, á salvarnos. Rio abajo; al coto del Rey; á Ayamonte; á Portugal: algun dia le hallaré, ¡y mas le valiera en ese dia no haber nacido!

Iban á salir, cuando se presentó la gitana á reclamar su parte en el robo. Todos la asaltaron á preguntas sobre la desaparicion del Presidiario; pero nada sabia, y manifestó mucha inquietud.

—No estais seguros aqui y os debeis ausentar cuanto antes, les dijo. El hijo mayor de la condesa de Villaoran ha jurado vengar la muerte de su hermano; ha pedido tropa al capitan general, y os anda persiguiendo. Me temo que haya sorprendido al Presidiario. Por mí, me voy: el suelo arde bajo mis pies.

—¡Que no te quemára! esclamó uno.

—¡Que no te tragára! esclamó otro.

La vieja desapareció en silencio entre los olivos como una víbora, despues de haber dejado su veneno en la mordedura que ha hecho.

—¡El atentado en la casa de Dios! dijo el primero.

—¡Despojar un sagrario! añadió otro.

—Ea, callarse, gritó Diego: ¿á qué viene ya eso? A lo hecho pecho. Andemos.

Pero en este instante se oyeron pasos de caballos; y Perico, que Diego habia puesto de vigilante, entró corriendo á avisar que llegaba el Presidiario con los caballos. Una aclamacion general de alegría acogió al Presidiario, el que contó que habiendo divisado tropa habia tenido que esconderse, y solo pudo volver dando grandes rodeos. Mas ahora, añadió, no perdamos tiempo, somos perseguidos, Capitan, aqui teneis á Corso; os lo he cuidado bien, que ya sé lo que lo quereis.

Diego acariciaba lleno de gozo al noble animal, jurándole mentalmente no volver nunca á separarse de él.

Apresuraron su marcha, y al entrar en un desfiladero, resonó repentinamente un grito formidable al frente, á sus espaldas, sobre sus cabezas:

—Rendíos al Rey.

Una partida de caballería los cercaba; dos pistolas apuntaban al pecho de Diego; un hombre tenia cogida la brida de su caballo.

Diego volvió la vista en derredor con no desmentida calma, conociendo el poder de su caballo, que tenia enseñado. Con la rapidez del rayo sacó su puñal, hirió con él las manos que sujetaban las riendas, apretó con fuerza las rodillas á los hijares de su caballo, se echó sobre su pescuezo y le gritó:

—¡Ea, Corso, salva á tu amo!

El noble y entendido animal se empinó convulso; pero cayó desplomado sobre su cuarto trasero; hizo vanos esfuerzos para levantarse.... ¡Estaba desjarretado!

Diego conoció el golpe y la mano que lo habia dado: frenético de rabia saltó al suelo; pero habia desaparecido el infame entre el tropel que se agolpaba en el desfiladero.

Cogieron á Diego, que no hizo resistencia.

Al salir de aquel estrecho sitio, volvió Diego la cabeza y echó una última mirada sobre su caballo, que siempre inmóvil le seguia tristemente con sus grandes ojos.

Solo á un alma del temple de la de Diego, á su energía agreste, á su fuerza de voluntad, era dado disimular bajo una calma que desafiaba á todo temor, la furia que en su pecho ardia, y el dolor que destrozaba su corazon.

Desarmaron los soldados á los bandoleros, y les ataron los codos á las espaldas.

—¿Cuál es, preguntó el conde de Villaoran al verlos reunidos; cuál es el que mató á mi hermano?

Los ladrones callaron á una mirada de Diego, que preso y maniatado les imponia aun.

—¿Quién fué? volvió á preguntar el conde con voz ahogada por la ira.

—Yo fuí; dijo Perico.

El conde se volvió hácia aquel mozo cabizbajo, en el que no habia parado la atencion; mas al fijar en él sus ojos, un grito de asombro salió de sus lábios.

—¡Tú! esclamó: ¡Perico Alvareda!! ¡Iniquidad sin nombre!: ¡perversidad sin ejemplo! ¡Pobre Ana! desventurada madre que te dió el ser!: ¡desgraciados hijos! ¡infeliz Rita! Pues sábelo, desalmado, prosiguió el conde con vehemencia, tu muger ha trabajado con incesante celo y actividad para conseguir tu gracia. Los tribunales y los jueces la vieron siempre á sus pies. Ventura te perdonó antes de morir. Pedro te ha perdonado. Mi desventurado hermano fué el celoso é incansable agente de los tuyos. Consiguió tu gracia del rey. Todos te buscaban con ánsia, y él mas que todos. Te halló.... ¡Oh! que nunca te hubiese hallado!

Diego, que habia observado el inmenso dolor que con el frio y la palidez de la muerte se pintó en el semblante desencajado de Perico, y que le vió bambolearse, dijo al conde:

—¡Señor, no veis que lo matais!

—No me anticiparé al verdugo, contestó el conde montando sobre su caballo. ¡A Sevilla!

—¡Animo! murmuró Diego al oido del anonadado Perico. Míranos, todos vamos á morir y todos estamos serenos.

En Sevilla entraron entre las maldiciones del pueblo horrorizado de sus últimos delitos; pero aun fué mayor la indignacion cuando vieron venir libre entre ellos al infame traidor que los habia vendido. Era este el vil Presidiario, que de esta suerte compraba su gracia y obtenia el premio prometido al que entregase á Diego, el afamado bandolero, que por tanto tiempo burló los esfuerzos de sus perseguidores.

Tuvo el Presidiario que huir y esconderse para ponerse á salvo de los insultos de que era objeto. Al anochecer, llamó á la puerta de una mal afama da tienda de bebida en el arrabal de la Macarena; mas apenas lo hubo conocido el dueño le dijo:

—Hazme el favor de irte por donde has venido.

—¿Qué es eso? dijo el Presidiario; ¿desde cuando se recibe aqui á los amigos de este modo?

—Por tu bien te lo digo, respondió el dueño, pues si te hallan aqui los muchachos, no quisiera yo estar en tu pellejo. Sigue mi consejo, y pon los pies en polvorosa, y ligero, sin volver la cara atrás.

—Pues mire Vd. quien habla. Ellos, que son mas malos que yo y capaces de vender á sus padres por una peseta.

—No digo que no: son á cual peor; pero yo no

quiero jarana en mi casa, repuso el dueño. Ea, andandito se va á Roma, prosiguió empujando al Presidiario fuera de la puerta, que cerró diciendo:

—La Magdalena te guie, que es la que guia á los enamorados.

—Y á los arrepentidos, añadió una voz que pareció salir de la misma oscuridad; y te arrepentirás, cobarde!

A la mañana siguiente se halló tirado al pie de la pared del cementerio el cadáver de un hombre cuyo corazon estaba atravesado de una puñalada: era el del traidor.

CAPITULO VIII.

Hallábase entonces la cárcel de Sevilla mal situada en una calle estrecha y de las mas céntricas de esta ciudad. Era un edificio de mal aspecto, mezquino, adusto, al que faltaba la severidad de la autoridad legal y la dignidad que debe la humanidad á la desgracia, aun á la culpable. A pocos pasos de este horrible centro de maldad tosca y cínica degradacion, concluia la calle en la gran plaza de San Francisco, plaza irregular y entre larga, pero que conserva los edificios que la hacen la plaza mas considerable de la insigne decana de Andalucía. A la derecha se ostentan las casas capitulares, cuya preciosa arquitectura es tenida por los naturales y forasteros por una de las galas de la joyera de Sevilla, lo cual no obsta á que por dos

veces se haya pretendido derribarlas en estos dias por los *vándalos de la ilustracion*, á los cuales tenemos por mas destructores que los de la barbarie. A la izquierda, formando un ángulo saliente, se presenta el regular y severo edificio de la Audiencia, ese tribunal á quien da su poder omnímodo la justicia, y que corona como una estrella de clemencia su reló que atrasa diez minutos, respetable ilegalidad, porque esos diez minutos mas de vida se dan al reo antes de señalar la hora cruel de su esterminio; que todas las leyes y costumbres de la vieja España llevan el sello de la caridad: diez minutos no son nada para el que pasea tranquilo por la senda de la vida; ¡pero son tanto para el que va á morir! Diez minutos en el umbral de la muerte pueden decidir del fallo sobre la eternidad; diez minutos podria retardarse un inesperado, pero posible indulto. Pero aunque no existiesen estas consideraciones espirituales y temporales, aunque ese grave acuerdo de nuestros mayores no fuese sino la limosna de diez minutos de vida concedida al que va á morir, esta limosna siempre probaria que aun á sus mas severos fallos supieron aquellos jueces católicos imprimir un sello de caridad. Asi lo reconoce el pueblo que sabe y tiene en mucho esta institucion, que es una de las que mas reverencia. ¡Oh España! ¡qué ejemplos has dado al mundo en todos ramos, tú que hoy se los pides á los estraños!!!

A un lado del ayuntamiento, formando ángulo entrante, se halla el convento de San Francisco, con su gran compás y su grandiosa iglesia. Los demas frentes de la plaza los forman portales, que, como antiguos festones de piedra, guarnecen los costados de la plaza, la que en el estremo opuesto al que al principiar mencionamos, tiene una gran fuente de mármol, cuyas aguas son tan constantes y duraderas en su corriente como el recipiente en su materia.

Veíase aquel dia la plaza de San Francisco y sus calles adyacentes cubiertas de una inusitada multitud de gentes. ¿Qué las reunia? ¿A qué iban alli? ¡A ver morir á un hombre! Pero no; no á ver *morir*, sino á ver *matar* á su hermano. ¡Morir! morir es solemne, pero no horrible, cuando el ángel de la muerte es el que cierra suavemente los ojos ya quebrados de la criatura, y dá asi alas al alma para elevarse á otras regiones. Pero ver *matar*, matar por mano del hombre en la congoja del espíritu, en la agonía del alma, en las torturas del sufrimiento; esto espanta. ¡Y van, y se apresuran y se atropellan para estar cercanos al suplicio del atentado legal! Pero no es el placer, ni la curiosidad, la que atrae alli á aquella multitud azorada; es esa funesta ansia de emociones que siente el contradictorio corabon humano; esto se lee en aquellos rostros á la vez pálidos y ansiosos.

Un murmullo sordo corria por aquella apiñada

muchedumbre, en medio de la cual se alzaba ese gran esqueleto, ese pilar de vergüenza, de la agonía, ese usurpador de la mision de la muerte, ese solar del abandono que solo arrostra el sacerdote; el estremecedor cadalso, que se construye de noche á la mústia luz de linternas, porque los hombres que lo alzan tienen vergüenza de que los vea el sol de Dios, y los miren sus semejantes. Esta muchedumbre se estremecia á intérvalos al oir la lúgubre campana de San Francisco doblar por un vivo, que ya solo existia para Dios, pues el mundo lo habia borrado de la lista de los vivientes! Doblaba tan profundamente triste, cual si esta voz de la iglesia, á la vez de subir á Dios en súplica encomendándole un alma, bajase como sentida y grave amonestacion á los mortales; asi toda aquella asombrosa solemnidad que con el aire se respiraba y oprimia el pecho, parecia decir: morid, culpables, morid en sacrificio espiatorio, por esta humanidad pecadora y tambien degradada...!

Solo la fuente, pura y limpia, seguia tranquila con su clara voz, su suave y monótona cantinela, agena, cual la niñez y cual la inocencia, á los horrores de la tierra. ¡Oh inocencia! emanacion del paraiso, que aun respiran en nuestra corrompida atmósfera los niños y aquellos seres privilegiados que tienen, como la Fé, una venda sobre los ojos para creer sin ver, y otra sobre el corazon para ver y no comprender: que tienen, como la Caridad,

el corazon en la mano, y como la Esperanza, los ojos fijos en el cielo; cérquente siempre el respeto, el amor y la admiracion, que, como hija del cielo, mereces!

Existen dos clases de caridad; la una es la que alivia los padecimientos materiales, materialmente y con dinero: esa es bella y generosa, pero fácil y socialmente obligatoria. La otra es la que alivia las angustias morales moralmente: esta caridad es sublime y divina.

Entre estas es poco celebrada por el mundo, que tantas ocasiones halla para censurar y tan pocas para elogiar, la hermandad de la caridad ¿Y quiénes componen esta admirable congregacion? ¿Son acaso aquellos que gastan tanto papel y fraseología en favor de la humanidad, filantropía y fraternidad? No; ninguno se digna entrar en esta corporacion, que se compone en la mayor parte de la aristocracia de los pueblos en que se ha establecido. ¿Y por qué? Porque de la teoría á la práctica, asi como del dicho al hecho, hay un gran trecho.

Veíanse por las calles de Sevilla, algun tiempo despues de lo referido en el último capítulo, los principales caballeros del pueblo recorrer la ciudad con una esportilla en la mano, repitiendo en voz grave esta frase:

Para los infelices que van á ajusticiar.

Ahora bien, quitando el mérito, la sinceridad y humanidad en estos hombres; quitando, si hacer-

se pudiese, la ventaja y provecho de esta hermosa obra de caridad en quien la hace y en quien la recibe; mirando, decimos, este hecho despojado de todo; ¿no es por sí solo un grande y magnífico ejemplo al pueblo? ¿Una práctica leccion, que vale algo mas que los papeluchos venenosos que lo rebelan y desencadenan sus malas pasiones en provecho ageno? (1).

En la cárcel estaban en capilla Diego y los de su banda, acompañados alternativa y constantemente por otros hermanos, que dejando sus casas, sus comodidades y quehaceres, venian á tomar parte en esa agonía prolongada, aliviando los últimos momentos de esos infelices, previniendo sus deseos cual no lo son los de los reyes, y echando bálsamo en la herida de la espada de la justicia.

El conde de Cantillana y el marqués de Greñina, dos de los mas celosos y consagrados miembros de esta santa hermandad, habian ido al juzgado que se establece y queda erigido en la cárcel mientras dura la conduccion al cadalso y la ejecucion de los reos, para pedirle los cadáveres de aquellos

(1) Séanos permitido poner aquí un hecho reciente y auténtico. En 1847 fué ajusticiado en Jerez José Rojas por una muerte que hizo. Los principales caballeros del pueblo pidieron por el reo, lo asistieron en la capilla, le acompañaron al patíbulo y le pusieron en la caja. La limosna recogida fué de seis mil reales. De ellos dispuso el reo, dejando una suma crecida á la viuda del que habia matado. ¡Sublime caridad católica, nunca bien ponderada, exaltada y admirada!

infelices. Esta es la fórmula adoptada por esa magnífica y enternecedora institucion católica:

«Venimos en nombre de José y de Nicodemus, á pedir permiso para descender el cadáver del suplicio.»

El juez se los concede, y se retiran (1).

Cada reo tenia á su lado su confesor, santo báculo con el cual se hacen firmes los pasos que llevan al cadalso.

Cuando Perico hubo concluido su confesion sacramental, le dijo al venerable monge que le asistia:

—Mi nombre no es sabido, pues solo me conocen por el de Perico el Triste; pero como entre el cielo y la tierra no queda nada oculto, tarde ó temprano sabrá mi gente mi suerte. Padre, haga usted la caridad de cumplir mi último deseo. Sea Vd. el que le lleve la nueva á mi madre. Dígale Vd. como he muerto arrepentido y contrito, y no tan criminal como aparece. El mal es un derrumbadero en que es uno arrastrado por el peso de la primera culpa, cuando se llega á cometer, y esta culpa, que tanto me ha pesado y me pesa, la cometí porque preferí una cosa vana, que los hombres llaman

(1) Hemos oido decir á personas *despreocupadas*, como se llaman hoy las que hacen gala de sequedad de corazon, de pobreza de fé y de desden á todo lo que hicieron y pensaron nuestros padres y abuelos, que la sensacion que les causó esta solemne escena que presenciaron, fué tan profunda y conmovedora que jamás se borrará de su alma.

honra, y que se compra á veces con sangre, á los preceptos del Evangelio, que hacen del sufrimiento una virtud, y del perdon un precepto. ¡Oh padre, cuán otras aparecen las cosas de la vida en el umbral de la muerte! Dígale Vd. á mi pobre hermana, á quien le maté el novio, que le encargo uno inmortal que no le engañará nunca. Al tio Pedro que sé que me ha perdonado, asi como lo hizo su hijo, y que llevo ese consuelo á la tierra y mi agradecimiento á Dios. A Rita, que viví y muero queriéndola, y que si hubiese vivido, jamás le habria recordado lo pasado, puesto que se arrepintió. A mi suegra, que tan buena es, que me encomiende á Dios: y mis pobres hijos..... mis huérfanos..... que no sepan, si posible es, la suerte de su padre; que los ben... di... go...

Aquí reventó su destrozado corazon en sollozos.

El padre que le oia, persuadido de la inocencia de corazon de aquel hombre arrastrado al delito, exasperado y ciego por cuanto puede desesperar y sacar de tino á un marido, á un hermano, y á un valiente y empujado á la vida airada por las circunstancias, la necesidad y su falta de energía, padecia el tormento del que ve naufragar á sus pies un barco sin medio ni arbitrio alguno de salvarle.

Las contínuas y activas gestiones que hacia Rita para descubrir el paradero de su marido, cuya gracia por medio de buenas almas habia obtenido del rey, la trajeron aquel dia con su madre á Sevilla.

Al querer atravesar la plaza de San Francisco, ven una multitud de gente agolpada en ella. Preguntan la causa de este bullicio y les señalan el cadalso.

Quieren huir; pero las gentes que tras ellas se han agolpado, se lo impiden. Se aproxima el reo, todos prorumpen en esclamaciones de lástima: «¡qué jóven es, dicen: qué aire tan conforme y hu-«milde lleva! ¡pobrecillo! Ese es el que llaman Peri-«co el Triste: dicen que su muger, una bribona, lo ha perdido.»

Violentamente late el corazon de Rita. Pasa el reo, lo vé; ¡lo ha conocido! Un grito, cual jamás otro desgarró el aire, resonó por la plaza.

—Perico se para. Padre, dice, ella es, es Rita.

—Hijo mio, responde el padre: no pienses sino en Dios, á cuya presencia vas á parecer contrito, reconciliado y bienaventurado, llevándole tu espiacion.

—Padre, quisiera á lo menos verla antes de morir.

—Hijo, piensa en el amargo castigo y glorioso alumbramiento que vas á recibir del hombre, que es la mano de tu destino.

Perico quiere volverse.

—¡Adelante! manda el sargento.

Sube al cadalso, se postra ante su padre espiritual, que lo bendice con calma frente y alma destrozada, besa con ansia y fervor el crucifijo, ese otro cadalso en que espió el hombre Dios cul-

pas agenas; vuelve aun los ojos hácia donde sonó la voz que hirió su corazon, se sienta en el banquillo, le atan y le colocan el garrote al cuello; el verdugo está detrás, el sacerdote entona el credo, el verdugo tuerce el tornillo, un grito unánime suena en la plaza, «*Ave María Purísima.*» Con esta invocacion de la Madre de Dios se despide la humanidad del condenado, á quien la mano del verdugo separa de ella.

El verdugo tapa la cara al ajusticiado con un paño negro.

Un silencio profundo reina en la plaza, sobre la cual, como el verdugo el paño, estiende la muerte sus negras alas.

A Rita la sacaron accidentada algunas personas compasivas, y la llevaron á una posada. Su estado era terrible, las convulsiones en que se destrozaba la dejaban pocos instantes de conocimiento, y en estos se demostraba su desesperacion de un modo tan espantoso, que era preciso sujetarla como á una demente. En varios dias no fué posible trasladarla á su casa. Al fin trajeron sus parientes una carreta para llevarla. La acostaron en ella sobre un colchon; pero ninguno quiso acompañarla por vergüenza. Solo María iba con su hija; sosteniendo en sus faldas la cabeza de aquella, cuyo largo cabello negro caia cubriéndola toda, como para ocultarla á las curiosas é indiscretas miradas.

—Allí vá, decian al verla pasar, la muger del ajusticiado, que por su liviandad envió á su marido al cadalso; y los bueyes no apresuraban su lento paso, cual si tambien ellos tuviesen mision de infligir el castigo de la reprobacion á aquella que con tanta audacia la habia afrontado.

María iba como una resignada mártir. El suave temple de su alma la hacia como elástica para poder encerrar en ella sin estallar la inmensidad del sufrimiento. De cuando en cuando se estremecia Rita, prorumpia en gemidos y apretaba convulsivamente las rodillas de su madre. Esta nada decia, pues no hallaba palabras de consuelo para tal dolor.

Al anochecer llegaron al lugar. La carreta se paró á la puerta de su casa, y bajaron en brazos á Rita. Ve esta en casa de su suegra una de las ventanas abiertas de par en par. Por esta ventana se aparece una luz estraordinaria. Rita se arranca de los brazos que la sostienen y se precipita á la reja.

En medio de la sala que ella habitó en tiempos felices, está un féretro. Cuatro cirios vierten su grave y solemne luz sobre el sereno cadáver de Elvira. Está blanca como su mortaja, sus manos están cruzadas y en su brazo derecho pasa una palma, símbolo consagrado á la virginidad. Asi, sencilla y en actitud de orar, yace la católica doncella del pueblo. El contrasentido moderno de ata-

viar la muerte, hace estremecer la razon. ¿Qué objeto se lleva en despojar á los cadáveres de su augusta magestad, pintarrajeando su palidez imponente, descruzando sus manos antes santamente unidas en señal de implorar la misericordia divina, cubriendo los frios é inertes miembros con sus vestidos de fiesta, poniendo en las frias é inertes manos un ramo de flores de color, símbolo de alegría y de regocijo? ¿Cosa tan ligera y alegre os parece la muerte, que preferís á una oracion por el alma, un elogio para el cuerpo, pasto ya de gusanos?

En el testero de aquella sala abandonada se veian aun las yerbas secas que formaron el nacimiento.

A los pies de la sala estaba sentada Ana, cual otro cadáver, pálida é inmóvil.

A uno de sus lados estaba Pedro, al otro el religioso que acompañó á Perico al suplicio.

EPILOGO.

Años despues de lo referido fué el marqués de*** á pasar una temporada en una hacienda á Dos Hermanas.

Una tarde que volvia al anochecer de la hacienda de uno de sus parientes, al pasar cerca de un olivo, notó que el guarda y el capataz que le acompañaban se quitaron el sombrero. Miró y vió clavada en el olivo una cruz roja.

—¿Ha habido en estos sitios pacíficos una muerte? preguntó.

—Si señor, contestó el guarda; aqui mataron al mozo mas guapo y mas gallardo que jamás pisara Dos Hermanas.

—Y el matador, añadió el capataz, era el mozo mas honrado y mas hombre de bien del lugar.

—¿Pues como fué eso? preguntó el marqués.

—Señor, contestó el guarda, el vino y las mujeres; la causa de todas las desgracias.

Y fueron repitiendo por el camino los sucesos que hemos trasladado, con todos sus pormenores y circunstancias.

—¿Y existen todavía algunos de la familia en el lugar? preguntó el marqués, profundamente interesado en el relato.

—No señor, contestaron. El tio Pedro murió al año. La mujer de Perico se queria dejar morir; pero el religioso que auxilió á su marido le persuadió á que hiciese por vivir por sus hijitos, que así era la voluntad de Dios y de su marido. Pero como deberia haber tenido cara de baqueta para quedarse aqui, donde todos conocian y querian al marido, se fué con su madre á la sierra, donde tenian parientes. Uno que vino de ella dias pasados, y que la vió, dice que no parece la misma. Las lágrimas le han hecho surcos, está mas delgada que la guadaña de la muerte y no goza salud.

—¿Y la madre? preguntó el marqués.

—La pobre tia Ana, murió cabalmente anteayer. La infeliz parecia una sombra, estaba doblada, cual si anduviese buscando su sepultura como lecho de descanso.

Habian llegado en esto al pueblo, y al pasar por una casa grande y oscura, dijo el capataz:

—Esta es su casa.

El marqués se detuvo y en seguida entró.

Una anciana, parienta de la difunta, habitaba sola aquella casa triste y vacía, sobre la cual en

aquel instante se estendia la blanca luz de la luna como una mortaja.

—¡Qué destruidos están esos arriates! dijo el marqués.

—No era asi, repuso la anciana, cuando los cuidaba aquella pobrecita niña, que cerró los ojos el dia que supo la justicia de su hermano para no volverlos á abrir á los horrores de la tierra: los tenia ella llenos de flores, que prevalecian como hijas al cuidado de una madre.

—¡Oh! esclamó el marqués, ¡qué dolor! ¡este magnífico naranjo se ha secado!!

—Si era mas viejo que el mundo, señor, dijo la anciana, y estaba hecho á mucho mimo y mucho cuidado. Desde que la pobre Ana perdió á sus hijos, ni ella ni nadie se cuidaba de él, y se secó.

—¿Y este perro? preguntó el marqués, viendo á un pobre perro viejo y ciego, retirado en un rincon.

—¡El pobre Melampo! Desde que faltó su amo se puso triste y cegó. Ana me recomendó antes de morir que lo cuidase: fué casi lo único que la pobre habló; pero no será menester, porque cuando salió el cadáver se puso á ahullar, y desde entonces no ha querido comer.

El marqués se acercó.

El perro estaba muerto.

FIN.

OBRAS COMPLETAS

DE

FERNAN CABALLERO.

CALLAR EN VIDA

Y

PERDONAR EN MUERTE.

RELACION

POR FERNAN CABALLERO.

MADRID: 1856.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE MELLADO.
calle de Santa Teresa, núm. 8.

PRÓLOGO.

Cuando llegue á estas páginas el lector, probablemente será habiendo pasado por las anteriores, que contienen La Familia de Alvareda.

¿Deberémos decirle algo que prepare su ánimo para las que van á seguir? ¿O bien será mejor respetar la profunda impresion, las hondas meditaciones, y ¿por qué no hemos de decirlo? acaso las sentidas lágrimas que en él habrán promovido la simpatía, arrancado el infortunio y santificado la religion?

A saber nosotros que íbamos á estorbar este santo fruto á que puede aspirar, pero que no consuma nunca por sí sola ninguna humana literatura, cierto es que sobrecogidos ante el secreto de las conciencias, retrocediéramos con religioso respeto, y diciendo «por aquí ha pasado Dios» nos contentáramos con adorar.

Pero creyendo que muchos de los lectores participarán del efecto que en nosotros produjo aquella lectura, juzgamos, sin embargo, que no nos toca sobreponernos á la intencion ni á las miras del autor, á quien es dado herir estas cuerdas, y producir tales efectos. Como el sembrador que esparce la semilla sobre la tierra, asi él, sin darse cuenta de lo que hace, pasa presentando á la imaginacion sus cuadros, abriendo al corazon el tesoro de sus sentimientos, evocando la fé de las generaciones pasadas, despertando el amor en la presente, y avivando la esperanza en las que están por venir.

No busca él ni escoge, ni modela, ni retoca sus cuadros. Dios le ha dado ver en las entrañas de nuestra sociedad; y él ve lo que nosotros no vemos; y pintando como nadie, nos pinta como somos, puesto que al mirarnos retratados, brota la risa en el labio y las lágrimas en los ojos, llega el sentimiento hasta el fondo de nuestras almas, y prorumpimos involuntariamente: «¡Es verdad, es verdad! Gracias, Dios mio, por lo que fuimos! ¡gracias por lo que aun somos! ¡Todavía valemos mas que nuestras ideas! ¡Aun no nos está negada la esperanza!»

Sin exagerarnos, pues, temerariamente la importancia de estos escritos; sin que por ello ne-

guemos, —¿ni cómo habíamos de imaginarlo siquiera?—ni al sacerdote ni al maestro, ni al púlpito ni á la cátedra su derecho y su deber de enunciar y discutir, en la esfera de accion que respectivamente les corresponde, la palabra de Dios y los arcanos de la ciencia, respetamos una vocacion que tenemos por sublime, y en la cual creemos tanto mas, cuanto que ni fué profesada á priori por quien la tiene y ejerce, ni ménos es invencion nuestra, ni parto de acalorada fantasía. Y ya que nos es dado observarla y admirarla de cerca, sigamos, pues ella sigue; leamos, pues ella escribe. Adónde cada cual haya de pararse; donde encontrará la palabra, el pensamiento, la idea, destinados á germinar en su corazon; si será en el libro, en la cátedra, en la sociedad; en un desengaño; en el infortunio, ó acaso en la lectura de una de estas novelas, ese es el secreto de Dios, que no tiene abreviados sus medios.

Sigamos, pues, nosotros á nuestro novelista querido, al escritor eminentemente nacional y católico, ya cruzando por entre los ricos senderos de la mas espontánea, lozana, inagotable poesía, ya estremeciéndonos con él al ay doloroso de una creencia herida, ya recreados con la dulce flor de esos consuelos que encuentra para todos los dolores; esperanzas de mejora en esta vida,

esperanzas para otra vida en que no hay mejora posible, y cuyos misterios y consuelos, si tal vez chocan á la vana ciencia de los hombres, cumplidamente descifra la fé. Aparte del deleite purísimo, aun los que vayamos de corrida, algo nos llevarémos; algo para nuestra meditacion y consuelo, algo que ofrecer á los demas, como atractivo, como enseñanza y ejemplo.

Y esto es lo que nos incumbe hoy respecto á las páginas siguientes, que por título llevan: CALLAR EN VIDA Y PERDONAR EN MUERTE. No son una *Novela*, no son un *Cuento*. Llámalas el autor una RELACION. Forma literaria, si no nueva, ni por él inventada, al menos desentrañada, restituida y aplicada con singular propiedad. Hay en efecto, verdad histórica en el fondo del suceso, ya que no en todos sus pormenores. La que á estos les falta, no se pide á la fantasía; se encuentra en el corazon, en la lógica de los hechos, en la experiencia de la vida. Volvemos, pues, á decirlo. CALLAR EN VIDA Y PERDONAR EN MUERTE, no es una historia, no es un cuento, ni una novela; no es un asunto buscado ni inventado de propósito, combinado á placer, desenvuelto con arte; no es un drama tampoco. Es lo que su autor ha dicho, tan natural como profundamente, la RELACION de uno de tantos sucesos que todos he-

mos visto, con que hemos tropezado, unos en el teatro del mundo, otros en el estudio del hombre; y muy particularmente los médicos, los abogados, y los confesores que por deber están llamados á sondar los secretos de las pasiones y de los intereses humanos.

Mas comencemos ya á ejercer nuestro cargo de indicadores (el de conductores lo excusa la sencillez característica de la obra) de la siguiente Relacion. Y ante todo será presentarla á los lectores como muestra de otras varias de tan sabroso género que les tiene preparadas el autor. Otra de las razones que ademas han decidido á publicarla en este lugar, es el secreto lazo que liga su asunto con el de la *Familia de Alvareda*; lazo que consiste en la perpetracion del delito; pero que hace mas palpable el contraste que resulta entre el de Pedro, que casi á despecho de su voluntad, por la venganza de una ofensa dolorosa, y la debilidad ingénita de su carácter, es arrastrado á cometerle; y el horrendo crímen de don Andrés, por el cual se viola fria, aleve é impunemente la santidad del hogar doméstico, y los mas dulces vínculos del amor y la gratitud; siendo impotente la justicia de los hombres para descubrirle y castigarle; mas no sin que por ello quede sin castigo ante el supremo Juez, que juzga las justicias y se

reserva las venganzas. Amplia materia ofrece esta contraposicion á las meditaciones de la filosofía; el cristiano no dejará de resolverlas harto mas fácilmente estas dos palabras: con solo *adorar y creer*.

Pero lo que aquella no acertaria nunca á proponer ni ménos á conseguir, es el silencio y la resignacion de la víctima voluntaria; no de la que sucumbe al puñal homicida, sino de la que sostiene una lucha de toda la vida, compartiendo esta con el asesino. ¡Vivir con una losa sobre el corazon, que ahoga la vida! ¡Morir sin un ay, sin una reconvencion; pero con entera dignidad; teniendo el perdon en los labios, y exhalando el alma sin rencor y sin amargura!

Entren ahora con esta indicacion, los amantes de la poesía de buena ley, que consiste no en sonoras vaciedades, sino en la verdad y la belleza de las ideas y de los sentimientos, éntrense por el escondido valle que rodea á Val-de-Paz: crucen la amenidad de sus huertas.

«Oíase, dice el escritor, el alegre murmullo »del agua de riego, esparciéndose en cien dife»rentes direcciones por los huertos. Dócil en se»guir la senda que le traza el hombre, se veia á »esta hija de las nubes y de las fuentes, ya ro»dear á un naranjo, como un ceñidor de bruñido »acero, ya esparcirse sobre un cuadro recien

»sembrado, como una cubierta de cristal; y en-
»tonces, pararse incierta entre ceder á las seduc-
»ciones del sol que la solicita para sí á fin de te-
»jerse con ella sus velos, ó á la atraccion de la
»tierra, que la anhela para nutrir con ella las
»plantas tan lindas que forman su rico vestido...
»Oíase el balar de las ovejas, tan dulce como su
»índole, tan suave como su vellon, tan triste co-
»mo de quien es el símbolo en quien se personi-
»fica la víctima; el prolongado mugido de la va-
»ca que llama á su cria; el zumbido monótono del
»abejorro tonto y torpe, que vuela en derechura
»de sus narices, sin cuidarse de tropezar con las
»ajenas. Veíanse los aviones surcar el aire con
»alegres y desatinadas evoluciones, dando sus
»gozosos *pitíos*; lo cual, al contemplarlos, hace
»decir á los niños con fraternal simpatía: Ya sa-
»lieron los muchachos de la escuela»..... Entona-
»ban sus claras serenatas las ranas, rústicas si-
»renas, que convidan y provocan entre sus fres-
»cos juncos, á las delicias del baño. Las laboriosas
»abejas dejaban mal contentas su taréa, porque
»hallaban ya en las flores rocío mezclado á la
»miel. Oíase la triste y plañidera queja del mo-
»chuelo, tan triste que da gana de ir á consolarlo.
»Suena tan melancólico su canto entre la armo-
»nía de la naturaleza, para probar que hay en

»ella una voz, asi como en el corazon hay una »cuerda, que vibra siempre melancólicamente, »aunque el dia haya sido brillante y la noche se»rena. Solo la grave y misántropa lechuza, á la »que chocaba este concierto general al acercarse »la noche, se desprendia de la torre en que me»dita y censura, lanzando su enérgico ceceo como »para imponer silencio.

»Pero entre todas estas voces campestres, tan »llenas de indefinible encanto para quien sabe »gozar prácticamente de la naturaleza, sobresalia »la sonora, modulada y expresiva voz del hom»bre, en las de los trabajadores campesinos que »al regresar á sus casas, cantaban.

»¿Quién ha enseñado á estos hombres? ¿Quién »les ha infundido la elevada y aguda poesía de la »letra, la encantadora y oríginal poesía de sus »cantos?—El *sentir*; que no necesita del arte: al »paso que sin el sentir el arte es un cadáver.»

¿Dónde se hallará en una escena tan vulgar, tan manoseada, tanta verdad, tanta sencillez, ni mas originalidad ni poesía? Tambien cantan los pastores de Virgilio; mas aunque tan entusiastas del gran Poeta, nosotros no vacilamos en oponer esta descripcion á la suya. Y es que si Virgilio no era ménos poeta, no era cristiano.

Pero parémonos á contemplar el pensil que

ofrece en primavera cada uno de los balcones de nuestra amada y oriental Andalucía, y entre aquellas dahalias, nardos, camelias, lilas y geranios, para quienes es poco la *música* de sus colores y la ambrosía de sus *bálsamos* (que esto al cabo es patrimonio comun de las flores, aunque en él se extremen y señalen acaso las que son hijas de aquel sol y aquella tierra) las verémos animadas, viviendo en la sociedad y para la sociedad, amando y disputándose sus preferencias; en tanto que «hallarémos inclinados sobre los ro»dapies, á los exquisitos claveles, la mas española »de las flores, como si les doliesen sus hermosas »cabezas por la fragancia de su aroma!»

Asi lo ha visto el autor, asi lo revela; y nadie despues de haberlo leido, podrá olvidar tal exhuberancia de olor, ni tan magnífica y fragante esplendidez de poesía.

Pero donde tales son las flores ¿cuáles han de ser las mugeres? ¿cuáles las damas? Vedlas en la Señora (ni su nombre de novela se dice siquiera; porque donde todas son, y piensan y sienten como ella ¿cómo distinguirla?) Vedla en alas del corazon y de la caridad, volar, cediendo al *primer irreflexivo impulso*, sin calcular los *deberes, tal vez egoistas, del frio decoro*, ante otros mas santos deberes, acudir *franca, generosa, ardiente de co-*

razon hácia aquel santuario de la familia que ha profanado la muerte, á ver á su amiga, que «al verme, dice, pudo gritar y llorar y desahogar su dolor.» ¿Qué importa que tan honda conmocion haga palpitar el corazon de la piadosa consoladora, hasta el punto de privar de la vida al hijo que abrigaba en sus entrañas? No se arriesgara ella á tanto, si tal pensara. Pero fué el último holocausto que en las aras de la caridad sacrifica la noble dama, sin apénas echar cuenta de él. ¡Tanta es la sencillez con que lo refiere, preocupada con el recuerdo de la inmensa afliccion que consolaba! Pero oigamos sus palabras:

«El cadáver, que aun permanecia en el cuar»to en que se le halló, no se veia; pero se nota»ba! Enfriaba aquella atmósfera: ¡la casa olia á »sangre! El agua que llenaba la *mar* de la fuente »*(el pilon de las que suele haber en aquellos pa»tios)* permanecia roja; como si el líquido y cor»riente hilo que constantemente la renueva, pa»sase por en medio cual yerto témpano, sin que»rer mezclarse con ella; ó como si una gota de »inocente sangre vertida, bastase á enturbiar pa»ra siempre toda una fuente, asi como basta á »manchar para siempre una conciencia!»

Medite el filósofo cuán profundo conocimiento del corazon humano revela aquel religioso

temor y popular respeto que pesa sobre el lugar que fué teatro del crímen impune: el deslinde entre la esfera de terror que rodea á éste, y la atmósfera mas blanda que cerca al delito patente, discutido y confesado, contra el cual no hay que armarse ni precaverse tanto como contra el que es, por su mismo misterio, incomensurable; la idea cristiana que sublima y santifica el arrepentimiento; y finalmente, las que encierran estas palabras, tan profundas y sencillas á un mismo tiempo.

—«Por lo visto (dijo el forastero con una son»risa agria y amarga) la casa conserva la impre»sion que se ha borrado ya en los corazones!—La »casa ha conservado la impresion del crímen, en »los corazones se ha amortiguado la del dolor. El »dolor no puede ser eterno sobre la tierra: asi lo »ha dispuesto Aquel que sabe lo que nos convie»ne. Cada dia un nuevo sol nos hace olvidar al »que desapareció la víspera: cada flor que abre »su hermoso seno aleja la vista de la que se mar»chita. La ausencia es un velo poco transparente. »Lo venidero absorbe lo actual, y su ardiente ex»citacion debilita las impresiones, como los ra»yos del sol desvanecen la viveza de los colores. »—No motejeis al olvido, ese bálsamo, esa pa»nacea, ese dulce elixir de vida, que Dios envia

»á las criaturas, como envia á las plantas su re-
»frigerante rocío. Sin él, que seria de nosotros?»

Duda el interlocutor si esto es sublime filosofía, ó indiferentismo vulgar.—«Ni lo uno ni lo otro. Es la verdad; una verdad sencilla y práctica, de aquellas contra las cuales en vano se rebela el orgullo del hombre.»—Asi contesta la noble dama. Y la humanidad espiritualizada del cristiano se reconoce y aplaude, asi como se reconoció la humanidad antigua al escuchar las inmortales palabras de Terencio: «Hombre soy; todo lo que es del hombre me interesa.»

No es nuestro ánimo traer á discusion las opiniones políticas del escritor. Tiénelas sin duda. ¿Y cómo habia de estar sin ellas una inteligencia tan superior, y de tan profundas convicciones? Pero dígase imparcialmente si comprende ó no la época quien tan magistralmente sabe pintar en Peñalta al *hábil arquitecto de su propio pedestal*. Vése medrar y crecer en el concepto público á aquel hombre, *verdadero sepulcro blanqueado*, tirano del hogar doméstico, atento solo á acumular *intereses materiales*, es decir, goces para el bienestar físico y para el *endiosamiento* moral; tan débil ante los juicios del mundo; tan celoso de salvar las apariencias; lleno de venenosa rabia contra la suerte modesta que le deparó la

Providencia; y en vez de elevarse sobre ella por medio del trabajo y del merecimiento, mintiendo sumision y cariño para cautivar la vanidad y deslumbrar la cándida inexperiencia de una gente crédula y buena; pobre familia, que como una víbora empieza desuniendo, en pago de haberle abrigado en su seno; recurriendo en seguida al asesinato cobarde y sobre seguro, para venir por último á especular con los esqueletos de los conventos. Por ventura ¿está mejor dibujado el Tartuffe de Moliére que el hipócrita de estos tiempos? ¡Cuánto nos ha hecho reir, siquiera por lo mucho que de ello hemos tenido que ver *por oficio*, aquel proyectado canal, para el cual solo faltaban dinero con que abrirle, y agua para llenarlo!

Mas, porque no se crea que es la pasion política la que hace hablar al escritor, véase como no atribuye á un partido los vicios de la época; y véase tambien la noble independencia con que al declararlo así, protesta el fin con que hace esta declaracion; porque no se atribuya á cobardía lo que solo es hijo de la bondad del alma, de la justicia, y finalmente de una elevacion de espíritu ante quien caben para ser imparcialmente juzgados, todos los partidos y opiniones.

«No es nuestro ánimo (habla el escritor) per»sonificar la época en el señor don Andrés, sino

»sus influencias. Es seguro que en un órden de »cosas opuesto, habria sido el centinela avanza»do de la intolerancia, el seide de la rutina, el »cancerbero de los aranceles y el carabinero de »útiles y necesarias innovaciones. Esto lo decimos »en honor de la verdad, y en favor de la exacti»tud del tipo que pintamos, y no de ninguna »manera por lavarle su feísima cara á la época.»

Pero volviendo al suceso que es el alma de la *Relacion*, el criminalista puede seguir con particular interés toda la generacion de ese delito; su germen funesto, su estudiada preparacion, su interesada ocasion, sus terrores, en mal hora confundidos con los que debió causar el crímen en persona tan allegada á la víctima. Aumenta el efecto el abandono de la casa y de la ciudad manchada, por la familia huérfana; y se duele uno y se impacienta involuntariamente de que no se insinúe la sospecha en el ánimo del juez de la causa, ó en el de que por la ley es el representante del interés de la sociedad en la acusacion, especialmente cuando la Providencia ha hecho que el criminal marque con su mano una huella terrible en las paredes de la casa misma. ¡Cuántos laberintos de iniquidad se han escudriñado con un indicio, con un hilo harto mas débil! Cualquiera que tenga alguna práctica del foro pudiera citar

no uno solo. En el de Sevilla, por ejemplo, en donde ha residido el autor, un dedo que quedó insepulto fuera de la tierra que encubria los cadáveres de varias víctimas, y que se conservó incorrupto mientras que estos se hallaban ya del todo consumidos, bastó para descubrir un año despues de cometido, aquel horrendo crímen, haciendo recaer sobre él el condigno castigo. ¡Tan cierto es que la Providencia, cuando quiere, sabe frustrar todas las astucias de los hombres!

¡Si al ménos hubiera parecido á tiempo aquella *plana*! Pero aquella plana, el nombre del asesino escrito sin saberlo ni pensarlo, por mano de la inocencia, la fecha del crímen puesta con tinta encarnada, y mas abajo el renglon que contiene el testamento de la víctima, todo esto es el terrible desenlace, ó mas bien el verdadero nudo de otro terrible, callado y magnífico drama, digno de estudio para el poeta filósofo. En él, sin necesidad de un ay se debaten las cuestiones supremas de la honra, de la vida y de la muerte, en el corazon de la que es hija, esposa y madre, y que necesita gastar su cuerpo con lágrimas, y fortalecer su alma con la oracion para poder pelear dentro de sí tan recias batallas, y llevar tan inmenso golpe, «sin otro alivio, (dice su digno intérprete) *sin otro alivio que la certeza de que era mortal!*»

¡Oh! ¡de cuán buena gana insertaríamos aqui el trozo en que se hace la esposicion de esta espantosa situacion, la relacion de estos combates y su término sublime! Pero no podemos, no debemos decir mas. Seria defraudar su corona al escritor, y para Fernan Caballero me parecen pocas cuantas pueden acumular el talento, tejer la simpatía, y bendecir la religion.

Pero por encima de tantas bellezas en el órden literario y en el jurídico, en el moral y en el político, ¿sabeis cual nos parece el pensamiento capital de la obra, su verdad completa, su principal inspiracion; aquella á que todas se subordinan; la que inmortalizará esas páginas ligándolas íntimamente hasta con la biografía de quien las escribió? Escóndese en un rincon de ellas como humilde violeta, pero trascendiendo por todas partes con celestial fragancia. Vosotros la encontraréis sin duda; pero oidla desde ahora. Nuestro deber es decírosla, para que aprecieis merecidamente esta obra y otras que de la misma pluma se desprenden:

«¡Oh! ¡CUÁNTO SABE LA MUJER QUE SABE SER CRISTIANA!

Julio de 1856.

Fermin de la Puente y Apezechea.

CALLAR EN VIDA

Y PERDONAR EN MUERTE.

Me está reservada la venganza, y yo soy quien la ejerceré, dice el Señor.

Epistola de San Pablo á los Romanos.

CAPITULO I.

UNA CALAVERA ENTRE DOS FLOREROS.

Veíase en la populosa ciudad de M*** una extraña anomalía que chocaba á todo forastero; pero que habia llegado á ser para sus habitantes, por la costumbre que tenian de verla, cosa en que no paraban la atencion. Consistia esta en el mustio y extraño contraste que formaba en uno de los barrios mas céntricos y de mejor vecindario de la ciudad, en una de las calles de mas tránsito, en la

que las casas competian en compostura y buen parecer, una casa cerrada, súcia, descuidada y sombría, cuyo aspecto heria la vista y afectaba el ánimo. Las dos casas que tocaban á sus costados estaban tan blancas como si fuesen de alabastro; sus rejas y balcones se habian pintado, forzando de esta suerte al grave hierro á vestirse de alegre verde de primavera, como las plantas, que colocadas en sus tiestos, color de coral, los ocupaban. Asomábanse por encima de los tiradillos, con sus vestidos de varios colores, las vanidosas dahalias, que tanto ha embellecido el cultivo europeo; alzábanse las lilas, tan distinguidas entre las flores, como lo es en sociedad la persona que á un mérito real une la modestia. El heliotropo, que sabe cuanto vale, y por lo mismo desdeña visuales colorines, se retiraba detras de los geranios, que variando y mejorando su exterior, han sabido conquistarse un buen lugar entre la aristocracia de Flora. En el sitio preferente se ostentaban las camelias, frias, tiesas, sin fragancia, que es el alma de las flores, haciéndose valer y *dándose tono*, sin acordarse de que la moda y la novedad que las ensalzan hoy, las desatenderán mañana, y que serán tanto mas olvidadas, cuanto que no dejan un perfume por recuerdo. Inclinábanse sobre los rodapiés los exquisitos claveles, la mas española de las flores, como si les doliesen sus hermosas cabezas por el exceso de su aroma. Detras de las vidrieras

se veian extendidas esas cortinas formadas de pequeños juncos verdes, que vienen de China, sobre las cuales se miran pintados pájaros extraños y apócrifos, que parecen partos del arco íris, figurando así las casas grandes pajareras de aves fantásticas, en jardines encantados.

Por el contrario, la casa vacía, con sus paredes oscuras, sus negros hierros, sus maderas cerradas, como si huyese de la luz del dia y de las miradas de los hombres, parecia excluida de la vida alegre y activa y llevar sobre sí un anatema.—En el balcon solo se veian unos girones de papel de cartelon que el viento y los aguaceros habian destrozado, y que su dueño cansado de renovar, dejaba ya en el mismo estado; con cuyo mal aspecto parecian poner en entredicho aquella tétrica y abandonada mansion. En fin, podíase comparar la sola, silenciosa y fúnebre casa, enclavada entre sus dos alegres y vistosas vecinas, á una calavera colocada entre dos floreros.

CAPITULO II.

CONVERSACION.

En una de estas casas recibía una señora amable y risueña gran número de visitas con motivo de ser los dias de su santo.

Dirigiéndose á uno de los caballeros que se hallaba sentado en el círculo formado ante su sofá, le dijo: ¿conque no habeis hallado casa?

—No, señora, contestó el interrogado, que era forastero; las que se me han proporcionado, unas son estrechas para mi numerosa familia, otras están en mal sitio; y mi muger, que sale poquísimo, lo primero que me ha encargado es que la casa que tome esté bien situada.

—No hay duda en que este vecindario aumenta; no se hallan casas, dijo uno de los presentes.

—Pero señora, añadió el forastero, acabo de ver

la inmediata á la vuestra, desalquilada; me convendría mucho, y no me habeis hablado de ella.

—Es cierto, es cierto, repuso la señora: ha sido una inadvertencia; pero estamos tan acostumbrados aquí á contar esa casa entre los muertos, que no debeis extrañar no se me ocurriese sacarla de su mortaja.

—¿Entre los muertos? ¿es decir, entre lo no existente? preguntó asombrado el forastero.

—Asi es, puesto que nadie la ocupa, ni le quiere dar vida.

—¿Y por qué? ¿está acaso ruinosa?

—Nada de eso; está en muy buen estado.

—¿Es fea? ¿es destartalada?

—No; es buena y tiene comodidades.

—¿Ha muerto en ella algun ético?

—No, que yo sepa... Además ese miedo exagerado, que es ciertamente una preocupacion, se va desvaneciendo. Blanqueando las paredes, pintando las maderas, como se hace despues de cualquiera enfermedad todas las casas se habitan hoy dia luego que deja de existir en ellas la víctima de ese terrible padecimiento que solo curan los viages de mar con privilegio exclusivo.

—¿Pues entonces cuál es el que tiene esa casa para no ser habitada?... ¿tiene asombros? añadió sonriendo el caballero forastero.

—Justamente, contestó la señora.

—¿Eso me decís en el siglo XIX enmedio del es-

plendor de las luces, en las barbas de la reinante despreocupacion?

—Si señor, porque el asombro que se supone es el que selló en ella el crímen, y ese asombro, aun no han llegado á disiparlo, ni las luces, ni la despreocupacion. En esa casa, señor, se cometió un asesinato.

—Convengo, repuso el caballero, que eso debió de ser una cosa atroz para los que á la sazon la vivian, y terrible para los allegados y los parientes de la víctima; pero no creo sea razon suficiente, para que andando el tiempo, quede por ese motivo una casa condenada á ser demolida, ó á existir sin ser habitada.—¿Cuánto ha que tuvo lugar el hecho?

—Seis años.

—Señora, entonces me parece el abandono de esa casa, inocente del atentado de que fué teatro, cosa de agüero, y sobremanera anómala en esta época, en la que sin extrañas influencias, llevan la utilidad y la conveniencia el timon de los hechos.

—¿Qué quiere vd., señor? repuso la dueña de la casa; estamos aquí, por lo visto, un poco atrasados, y no nos pesa. Pero lo horroroso del asesinato, la inocencia de la víctima, que fué una pobre é inofensiva anciana, el misterio que cubrió y cubrirá siempre al autor del crímen, han impregnado de tal horror el lugar en que se consumó

y la sancion que ha dado el tiempo al desvío que esa casa inspira, es tan poderosa, que nadie se ha hallado que quisiese quebrantar el aislamiento que, cual una maldicion, pesa sobre el lugar del impune delito. Parece la soledad de esa casa un sello sobre un pliego cerrado, que Dios abrirá en su dia, sinó ante los tribunales de los hombres, ante el tribunal supremo de que es juez.

Entraron en este momento nuevas visitas y la conversacion fué interrumpida.

CAPITULO III.

UN CRÍMEN.

La curiosidad del caballero forastero excitada por lo que habia oido, hizo que volviese á los pocos dias con el determinado objeto de anudar la conversacion interrumpida.

Despues de los primeros cumplidos, dijo á la amable dueña de la casa:

—Señora, extrañareis quizás mi insistencia; pero es grande mi deseo de saber algunos pormenores sobre el crímen de que me hablásteis el otro dia, que tan pavoroso debe haber sido cuando no puede el tiempo, ese Saturno que hasta las piedras se traga, consumir las huellas que ha dejado.

—Con la mejor voluntad os comunicaré lo que sé, que es lo que sabe todo el mundo, contestó la interrogada. Pero es probable que la fecha, ya antigua, del hecho, asi como el no haberlo presenciado,

lo despoje á vuestros ojos de la activa y siniestra impresion que causó á todos los habitantes de esta ciudad.

Habrá diez años que llegó aquí, y se alojó en la referida casa, un comandante, con su muger, tres hijos pequeños y su suegra. Era él todo un caballero en su porte, así como en su conducta; al cariño que demostraba á su muger, que era muy jóven y muy sencilla, se mezclaba la gravedad de un padre, y asi formaban una familia tan unida como feliz. Era ella una paloma sin hiel, como dice la poética definicion popular, y se hallaba tan satisfecha y dichosa en ser la escogida de aquel digno marido, como en ser la madre de los tres ángeles que sin cesar la rodeaban. Era el tipo de aquellas ejemplares mugeres que solo existen en el estrecho círculo de sus deberes de hija, esposa y madre. En cuanto á la señora mayor, era de aquellas criaturas que denomina el mundo, para clasificarlas pronto, con el título de una *infeliz*. Siendo muy piadosa, pasaba su tranquila existencia en el templo rogando á Dios por los objetos de su cariño, y en el hogar doméstico alabando á los de su culto.

Eran estas señoras propietarias en un pueblo pequeño, por lo que muchos las denominaban *lugareñas ó provincianas*, como se dice ahora en francés traducido; pero yo siempre hallé en aquella casa, delicada urbanidad, porque era sincera, fran-

queza decorosa, y una conducta austera sin gazmoñería y sin aspirar á los elogios á que es acreedora: si es esto ser *lugareña*, no debe pesar el serlo.

Pasaba yo en su casa muchos ratos, porque aquella paz interior, aquella felicidad modesta y sosegada, comunicaban bienestar á mi corazon: porque una simpatía grata me inclinaba hácia aquel hombre tan digno y tan estricto en el cumplimiento de sus deberes, me impelía hácia aquella suave muger que gozaba en sus virtudes como otras en sus placeres, y me arrastraba hácia aquella anciana sencilla y amante, que no hacia mas en la vida que sonreir y rezar. Puede que esta felicidad, aunque santa y modesta, fuese demasiado perfecta para ser duradera en un mundo en que por desgracia, aun los buenos se acuerdan ménos del cielo cuando la tierra les hace la vida dulce. Ello es, que una mañana entró mi doncella azorada en mi cuarto; traía la fisonomía desfigurada, y agitada la respiracion.

—¿Qué hay, Manuela? le pregunté sobresaltada.

—Señora, una desgracia, una atrocidad sin ejemplo.

—Pero ¿qué es? ¿qué ha sucedido? explícate.

—Esta noche..... en la casa de junto..... no os asusteis, Señora.

—No, no, acaba.

—Ha sido muerta la Señora mayor.

—¡Muerta! ¿qué dices?

—Si señora, degollada, cosida á puñaladas.

—¡María Santísima! exclamé horrorizada, ¿y cómo? ¿han entrado ladrones?

—Es de presumir; pero nada se sabe.

El caso es, prosiguió la narradora, que aquella mañana salió el asistente, que dormia en un cuarto en el zaguan, para ir á la plaza. La puerta de la calle, segun afirmó, estaba cerrada, como la habia dejado la noche antes. Asi, era evidente que por la calle no habian entrado los asesinos. Pero cuando volvió de la plaza, estrañó hallar la puerta de enmedio solo encajada, de manera que cedió á su presion, y pudo entrar sin ser necesario que nadie le abriese; mas ¡cuál no seria su asombro al ver enrojecida el agua en la blanca mar de la fuente del patio! Aumentóse este al ver en la tersa pared de la escalera, señalada con sangre una mano abierta. ¿Hubo acaso de darle al asesino al bajar aquellos escalones, y al verse cubierto de sangre humana, un desvanecimiento que le obligó á buscar un apoyo en la pared? ¿Conservó esta la marca de la mano homicida para acusar al culpable y marcar su senda?

Subió el asistente desalado, siguiendo el rastro de las gotas de sangre, que de trecho en trecho, y como dedos vengadores le señalaban por donde ir á descubrir el crímen. Llega á la sombría y apartada estancia, que en el interior de la casa habitaba

la señora mayor, aquella que nunca quiso creer en el mal, porque nunca pudo comprenderlo! ¡Hasta la puerta llegaba la laguna de sangre que iba extendiéndose en el suelo y que sus ladrillos no querian absorber! Sangre líquida, caliente, que parecia todavía conservar la vida que faltaba al lívido cadáver, que con los ojos desmesuradamente abiertos por el espanto con que terminó su vida, yacía sobre la cama, al lado de la que pendia un brazo blanco y yerto, como si fuése de cera, para testificar el abandono de aquella inocente víctima!

El asistente aterrado dió gritos, y corrió á llamar á sus amos. ¡Qué espectáculo para estos desgraciados!..... La pobre hija cayó al suelo como herida de un rayo. El comandante pálido y demudado. pero mas dueño de sí, mandó cerrar la puerta de la casa, pues á los gritos del asistente se reunia gente, é hizo avisar á la justicia. Pero esta nada halló sino el mudo cadáver; vió sangrientas heridas, bocas que acusaban el crímen pero no al criminal; y era lo extraño, que ni aun las mas remotas sospechas pudieron caer sobre nadie, ni encontrarse el mas leve indicio, que sirviese de luz para seguir pista alguna. El asistente dormia al lado afuera del porton, en el zaguan; esta puerta, que solo por el lado de adentro se abria, la halló abierta al volver de la calle, lo que hace probable que el asesino se hubiese ocultado el dia ántes en el interior de la casa, ó entrado por los teja-

dos. Esta última version no era probable, ni casi posible en vista de que esa casa, la de la Condesa*** y la mia forman manzana. La criada habia pasado aquella noche en la fiesta de la boda de una hermana suya, como atestiguaron cuantos habian concurrido á ella. El otro asistente estaba malo en el hospital, y no se habia movido de su lecho. A pesar de esto, los dos primeros fueron presos; pero despues de algun tiempo, se les puso en libertad.

Notad hasta qué punto fué aterrador y horripilante el atentado, cuando solo la idea de que se le sospechara de haber tenido parte en él, hirió de tal suerte la imaginacion del asistente, que era un honrado mallorquin, que perdió la razon, y de la cárcel fue llevado á la casa de los locos. Sobre la criada cayó tal sombra, por haber sido presa y envuelta en aquel tétrico y misterioso proceso, que no pudo hallar casa en que la quisiesen admitir de sirviente: su novio la dejó, y asi, presa de la ignominia y de la miseria, arrojóse á la mala vida y se perdió.

Entretanto la ciudad estaba aterrada. Nada pudo la justicia inquirir, sospechas que hubieran podido servirle ni aun de vislumbre en aquellas tinieblas.

El crímen con el misterio se hace pavoroso y crece como el terror en la oscuridad de la noche. La vindicta pública indignada gritaba: *¡justicia!* y los jueces con la cuchilla alzada, no hallaban sobre

quién descargar el golpe. Asi, eran vanos los clamores para que se hiciese justicia, en vista de que esta se la habia Dios reservado para sí; pues, repito, que nada se supo entonces, nada se ha sabido despues: ¡nada se sabrá nunca!

—Y ¿qué fué luego del Comandante y de su familia? Preguntó vivamente interesado y conmovido por la relacion que habia oido el forastero, para quien la casa que le habia parecido un inocente Paria se iba convirtiendo en un antro misterioso y lúgubre.

—Sabeis, respondió sonriéndose la señora, que los extrangeros nos echan en cara á las españolas el proceder siempre de ligero, el ceder constantemente á nuestro primer impulso, y el tener en poco aquel estricto y severo círculo de accion de sus paisanas, que está á veces lleno de delicado decoro, y á veces hinchado de frio egoismo; las españolas, francas y ardientes de corazon, no reflexionan cuando este las arrebata: y si por esta razon aparecen siempre tiernas, valientes y generosas, á veces son irreflexivas; esto es, como dicen los franceses, *tener los defectos de sus cualidades.* Consiguiente á esto, apenas salió la justicia de aquella casa, cuando me arrojé en ella para prestar auxilio y consolar á mis desgraciados amigos.

No, nunca olvidaré, ni se borrará de mi alma, el lastimero cuadro que presentaba! ¡Fué tal la impresion que recibí, que costó la existencia al

último hijo que Dios me destinaba! ¡El cadáver que aun permanecia en el cuarto en que se halló, no se veia, pero se notaba; enfriaba aquella atmósfera; la casa olia á sangre! El agua que llenaba la mar de la fuente, permanecia roja como si el líquido y corriente hilo que constantemente la renueva, pasase por en medio como yerto témpano, sin querer mezclarse con ella; ó como si una gota de inocente sangre vertida, bastase á enturbiar para siempre una fuente, asi como basta á manchar para siempre una conciencia.

Mi pobre amiga, que tanto amaba á su madre, se estremecia en convulsiones; al verme pudo gritar, llorar y desahogar su comprimido dolor. Su marido estaba aterrado; el asombro parecia haber parado la circulacion de su sangre. ¡Tal era la lívida palidez que cubria su rostro, y la inmovilidad de sus labios comprimidos por el horror!

Me traje á su infeliz muger á mi casa; y á poco tiempo, habiendo su marido logrado una permuta, pasaron á una lejana provincia, porque les era imposible permanecer en el lugar en que habia acontecido tan horrorosa catástrofe.

—¿Pero con qué objeto se cometió ese asesinato? preguntó el caballero.

—Se infirió que por robar á la víctima, contestó la señora. Aquella mañana, segun dijo su hija, habia recibido su madre una crecida suma de dinero, por manos de un escribano; sobre él recaye-

ron violentas sospechas, y aunque nada se le ha podido probar, ha quedado completamènte desacreditado. Las sospechas que llegan á hacerse unánimes y estables desacreditan á veces mas que un hecho probado y ventilado, en cuyo caso el interesado, aunque culpable, ha podido emitir descargos, alegar disculpas, y sobre todo demostrar arrepentimiento y obtener asi el perdon, que el Dios de las Misericordias no guardó solo para sí, sino que con su divino destello puso en el corazon del hombre, y al que elevó á precepto en su santo Evangelio.

—Vuestra observacion es justa, repuso el caballero. La sociedad que es y debe ser clemente, despues de castigado el delito, es inexorable con el crímen impune. Eso es lógico. ¿Y habeis vuelto á saber de vuestros pobres vecinos?

—He sabido varias veces de ellos, hasta que últimamente los he perdido de vista. Les fué muy bien en el pueblo á que se trasladaron. El marido se retiró del servicio militar, se afincó y tuvo mucha suerte en cuanto emprendió: asi sucede que es hoy uno de los hombres mas considerados de aquel pueblo, una *notabilidad* segun el estilo moderno. Ha sido alcalde y diputado provincial, y qué sé yo cuantas cosas mas, en el innumerable plantel constitucional de autoridades En cuanto á ella, vivia siempre contenta en su vida doméstica y retirada.

—Por lo visto, dijo el forastero con una sonrisa

agria y amarga, la casa conserva la impresion que se ha borrado en los corazones?

—La casa ha conservado la impresion del *crimen*: en los corazones se ha amortiguado la del *dolor*. El dolor no puede ser eterno en este mundo; asi lo ha dispuesto Aquel que sabe lo que nos conviene. Cada dia un nuevo sol hace olvidar el que desapareció la víspera; cada flor que abre su seno, aleja la vista de la que se marchita. La ausencia es un velo poco transparente. Lo venidero absorbe lo actual, y su ardiente excitacion debilita las impresiones, como los rayos del sol desvanecen la viveza de los colores Y no motejeis al olvido, ese bálsamo, esa panacea, ese dulce elixir de vida que Dios envia á las criaturas, como á las plantas envia su refrigerante rocío: sin él, ¿qué seria de nosotros?

—No sé, repuso el caballero, si clasificar lo que decís, de sublime filosofía, ó de divisa del vulgar, *qué se me da á mi*!

—Ni tan alto ni tan bajo: es una verdad sencilla y práctica; una de las muchas disposiciones de la naturaleza contra las que se rebela en vano el orgullo del hombre. Pero decidme, ¿quereis habitar la casa? Mucho me alegraria que la presencia de una buena y amable familia, disipase la sombra de esa fúnebre morada, como la sonrisa de la aurora ahuyenta el ceño de la noche.

—Gracias, señora. No la viviré yo: aunque hijo

de este siglo despreocupado, no ha podido el carácter del positivismo que le preside, ahogar las impresiones del espíritu que reina en alta esfera; y puesto que aquella casa es la depositaria del misterioso y horrendo atentado, la única que conoce los impunes criminales; huyan de ella los buenos y quédese sola con su secreto como deberian estarlo todos los que llevan la conciencia manchada con algun delito.

CAPITULO IV.

VAL DE PAZ.

Existe un pueblo que nombraremos con el pseudónimo de *Val de Paz*, que ha escogido por asiento un valle, colocado entre las últimas ondas que forma el suelo de una vasta cordillera. Dórale un brillante sol sus mieses, riéganle claros manantiales sus huertas, en que el copudo naranjo cubre de perlas su manto como un rey; el fino granado se adorna de corales; el suave almendro, de guirnaldas de rosa, y los sencillos frutales se apresuran á ponerse su traje blanco, que es tan frágil, que se desprende aun antes de partir la fugitiva primavera que se lo viste.

Separan á Val de Paz del resto del mundo, los montes que á su alrededor se levantan como inmensos biombos con los que hubiese rodeado la

naturaleza la cuna en que durmiese uno de sus hijos. Alzase en su centro, digna y tranquila la no profanada iglesia. Descansa honrado bajo el techo del labrador el arado que enseña el trabajo, y en premio da el pan de cada dia. Las niñas aprenden la doctrina, besan la mano al cura, y piden la bendicion á sus padres. La ilustracion del siglo novador, segun se habrá notado, habia retrocedido desdeñosa al ver tanto oscurantismo, habia contado á Val de Paz entre las mómias, borrándolo de la lista de los vivos, y cual á otro enterrado Pompeya le habia dicho con profunda intencion y grave solemnidad: ¡Séate la tierra ligera!

Era una tarde de primavera despues de un dia de verano; porque el suave vientecillo que corria, se habia, como hace un sibarita, refrescado en las nieves de las altas cumbres, y perfumádose despues entre las jaras que cubren sus laderas. La plácida hora del crepúsculo se anticipaba para el valle, no dorando ya los rayos del sol sino las cimas de los montes que lo rodeaban, en cuyas crestas todas parecia arder una hoguera; tal como sucedió en los montes de Asturias, en aquel famoso hecho guerrero que valió su nombre al progenitor de los Cienfuegos. No habia un celage en el cielo que pudiese servir de refugio á los últimos y rosados esplendores del sol. Oíase el alegre murmullo del agua de riego esparciéndose en cien diferentes direcciones por los huertos. Dócil en seguir la senda que le

traza el hombre, se veia á esta hija de las nubes y de las fuentes, ya rodear á un naranjo como un ceñidor de bruñido acero, ya esparcirse sobre un cuadro recien sembrado como una cubierta de cristal, y entonces pararse incierta entre ceder á las seducciones del sol que la atrae á sí para tejerse con ella sus velos, ó á la atraccion de la tierra, que la anhela para nutrir con ella las plantas tan lindas que le forman su rico vestido. Oíase el grillo, tocador del primer instrumento que hubo en el mundo, desesperado de que á pesar de su incesante reclamacion, no se le declare decano de la filarmonía. Oíase el balar de las ovejas tan dulce como su índole, tan suave como su vellon, tan triste como el símbolo de la víctima que personifica; el prolongado mugido de la vaca que llama á su cria; el zumbido monótono del abejorro tonto y torpe, volando en derecho de sus narices sin cuidarse de tropezar con las agenas. Veíanse los aviones surcar el aire en sus alegres y desatinadas evoluciones, dando sus gozosos pitíos, lo cual al contemplarlos, hace decir á los niños con fraternal simpatía: *ya salieron los muchachos de la escuela.* Empezaban su silencioso vuelo los inofensivos murciélagos, pobres pájaros sin plumas, que se esconden de la luz del dia, como pobres vergonzantes, tan feos, que llevan en las aldéas el nombre de *figuritas*; y tan perseguidos, que se preguntan: ¿Si considerará el hombre usurpada la existencia

que les dió á ellos aquel mismo criador que al hombre le dió la suya? Entonaban sus claras serenatas las ranas, rústicas sirenas que convidan y seducen entre sus frescos juncos, á las delicias del baño. Las laboriosas abejas dejaban gruñendo su tarea, porque hallaban ya en las flores rocío mezclado á la miel. Oíase la triste y plañidera queja del mochuelo que impele á ir á consolarlo; suena tan melancólico su canto entre la armonía de la naturaleza, como para probar que hay en ella una voz, asi como en el corazon hay una cuerda que vibra siempre melancólicamente, aunque el dia haya sido brillante y sea la noche serena. (1) Solo la grave y misántropa lechuza, á la que chocaba este concierto general al acercarse la noche, se desprendia de la torre en que medita y censura, lanzando su enérgico ceceo como para imponer silencio.

Pero entre todas estas voces campestres, tan llenas de indefinible encanto para quien sabe gozar prácticamente de la naturaleza; sobresalia la sonora, modulada y expresiva voz del hombre, las de los trabajadores campesinos que al regresar á sus casas cantaban. ¿Quién ha enseñado á estos hom-

(1) En otros puntos de Andalucía denominan al mochuelo corneja. Dice el pueblo campesino que la corneja era el pájaro que mejor cantaba entre todos los creados, y que cuando el Señor expiró en la cruz fué el pájaro que se halló presente. Desde entonces olvidó el canto y aprendió el gemido con el que repite siempre: cruz, cruz, cruz. Oh! poesía religiosa ideal de fe, de ternura, de dulce melancolía y de pureza!

bres? ¿Quién les ha infundido la elevada y aguda poesía de la letra, la encantadora y original melodia de sus cantos? El *sentir*, que no necesita del arte: entretanto que sin el sentir el arte es un cadáver, un bien formado cuerpo sin alma.

Mas prestemos oido á lo que canta este airoso jóven que se ha adelantado á los demas, y cuya voz ha atraido á la ventana á una linda muchacha, á quien oculta una cortina formada en la reja por la enredadera llamada *pajaritos*.

EL RETRATO.

Tiene tu cabeza
Hermoso peinado;
Con hebras de oro
Lo tienes formado.

Tienes una frente.
Que es plaza de guerra;
Donde amor triunfante
Puso su bandera.

Tienes unas cejas
Muy bien dibujadas,
No hay pincél que pueda
Tan bien colocarlas.

Tienes unos ojos,
Luceros del alba;
Que apagan sus luces
A la luna clara.

Es tu nariz, fina,
Cual filo de espada,
Que á los corazones
Todos los traspasa.

Tienes unos lábios...
Son dos coralitos;
Ya esconden, ya enseñan
Tus dientes bonitos.

Tienes una barba,
Con un hoyo en medio:
Si en él me enterrasen,
Quisiera haber muerto.

Tienes la garganta
Tan clara, tan bella,
Que hasta lo que bebes
Se trasluce en ella.

Tienes unos brazos
Tan bien torneados...
No los tuvo Eva
Mejor acabados.

Tienes, niña, el talle
Como hermosa palma,
Que airosa descuella
Por entre las plantas.

Tienes unos pies,
Pisas tan airosa,
Que por donde pasas
Florecen las rosas.

Ya están dibujadas
Niña, tus facciones;
Ahora viene mayo,
Que te dé colores. (1)

(1) Una lindísima tonada completa el encanto de esta preciosa cancion popular.

CAPITULO V.

UN ALOJADO.

Como ya hemos hecho observar, en este pueblo español rancio, cristiano viejo, tan alegre y pacíficamente alumbrado por las luces de sus altares y por las del sol, no habian penetrado las del siglo. Donde sonaban las armonías que hemos descrito, no se habian oido ni arengas politicas, ni canciones patrióticas; no se tenia idea de un alistamiento *voluntario* para vestir casaca, ni menos del objeto con que se hacia. ¡Cuál seria, pues, el asombro de los atrasados Valdepacíficos, cuando vieron una tarde un tropel semi-paisano, semi-militar entrar en el pueblo, dando desaforados gritos de ¡*viva la libertad*!

Al ver aquella banda de hombres armados y empolvados, al oir aquel grito extraño para ellos, los habitantes de Val de Paz quedaron consterna-

dos. Cundió luego la voz de que eran presos que se habian fugado de la cárcel de la capital, y que huian á la Sierra victoreando su reconquistada libertad. La consternacion fué general; pero poco despues se serenaron los ánimos, al oir el severo toque del tambor, y ver bajar por la cuesta, en buen órden y con paso mesurado, una columna de soldados.

Es de advertir, que el pueblo tiene por los soldados que salen de su seno una simpatía profunda, en que se mezcla la lástima y la admiracion; míranlos como víctimas sí, pero víctimas consagradas á una santa causa, esto es, la de su Religion, la de su Rey y la de la *Independencia*, no individual, sino la del pais, como se defendia en la heróica é inmortal guerra, que por lauro y distintivo. ha conservado esta denominacion.

Todo, al llegar esta tropa, quedó aclarado. Decíase entonces (pero en Val de Paz no se sabia nada de eso) que existía en la Sierra una partida de facciosos, y venia en su persecucion una columna compuesta de voluntarios nacionales y de tropa de línea; los primeros eran los que entrando algo estrepitosamente, habian alarmado al pueblo; pero aclarado el asunto, los ánimos se sosegaron, y solo les quedó á los Valdepacíficos el asombro, primero, de que hubiese soldados sin haber entrado en quintas: segundo, que los hubiese de menos de veinte, y de mas de cincuenta años: tercero, que se vie-

torease la libertad, sin haber estado presa: y cuarto, que en la Sierra hubiese *facciosos*.

Los voluntarios recorrieron aquellos alrededores, se hicieron vejigas en los pies, y no encontraron nada; por lo cual se volvieron por donde habian venido, y llegaron á sus casas un poco tostados del sol. Los zapateros de su pueblo hicieron una funcion á San Crispin.

La tropa tenia órden de permanecer en Val de Paz. Venia mandada por un capitan, que fué alojado en casa de la viuda de un rico y honrado labrador. Tenia esta un hijo que seguia llevando la labor sin innovaciones en su marcha, sino tal cual habia enriquecido á su padre y abuelos, y una hija de quince años que era el sol de aquel modesto, cándido y virtuoso hogar doméstico.

El capitan, que se llamaba don Andrés Peñalta, era un hombre de no mala presencia, pero de carácter melancólico y agriado por repetidas decepciones en su carrera, en la que como muchos, en tiempos de trastornos y revoluciones, habia sido víctima de circunstancias adversas. Era esto aun mas sensible para este hombre, tipo de una clase que se ha hecho harto comun en nuestra época esto es, de aquellos que se creen siempre superiores á la posicion que ocupan.

No obstante, la dulce atmósfera de aquella pacífica casa, pareció influir benéficamente en el ánimo tétrico y ensimismado que habia producido en él

su no satisfecho orgullo. Inclinóse hácia aquella niña, ídolo de su casa y gala del pueblo, que tenia el encanto de la juventud y de la inocencia, las garantías de felicidad que aseguran las virtudes, y las de bienestar que prometen los bienes de fortuna. Esto último, sobre todo debia seducir á un hombre que tenia una ambicion por figurar y ser considerado, tanto mas ansiosa, cuanto contrariada se habia visto por las circunstancias.

Peñalta con su brillante uniforme y su porte *respetuoso*, segun calificaban su aire altivo en el pueblo, se habia captado la admiracion general, pero muy particularmente la de sus patronas; asi fué que el dia en que pidió á doña Mariana á su hija Rosalía, no pudo ni intentó la señora ocultar su satisfaccion. La dócil niña, al ver que estaba contenta su Madre, no lo estuvo ménos: las comadres y vecinas hicieron coro, y solo el hijo de la señora demostró desagrado, y decidida oposicion al proyectado enlace. Hizo presente á su Madre que su caudal, que consistia en algunas fincas, pero principalmente en su vasta labor y numerosa ganadería, prosperaba unido; pero que si cada parte tiraba por su lado, si se dividia ó se realizaba, seria en perjuicio de todos. Demostró con buenas razones que su hermana debia casarse con un vecino del pueblo, sin salir del lugar en donde se habia criado, y en el que de padres á hijos todos habian vivido felices, bien quistos y considerados. Pero nada pu-

dieron estas juiciosas observaciones sobre la ilusionada doña Mariana, que estaba llena de entusiasmo por la brillante suerte de su hija Rosalía: y el insistir su hijo en oponerse, solo sirvió para exasperar á su buena y limitada madre, que acabó por decirle, que su empeño en que no se dividiese el caudal, seria por sacar él la mejor parte. A pesar de tan dura é injusta razon (que habia sido sugerida á la buena señora) su hijo siguió combatiendo abiertamente el casamiento de su hermana, de suerte que incomodada la Madre con esta pertinacia, y arrastrada á ello por los extremos que tenia por su hija, declaró que nunca se separaria de ella, y sí de un hijo díscolo, y que seguiria á la primera á donde quiera que fuese.

Este proyecto de la bien acomodada viuda no podia menos de convenir y agradar al Capitan, que se apresuró á acogerlo y apoyarlo.

Poco despues se verificó la boda, y la nueva familia partió.

Siete años consecutivos vivieron en una paz no interrumpida, gracias al angelical carácter de la madre y de la hija, á su falta de toda pretension y exigencia, asi como á la pequeñez del círculo doméstico en que se movian; puesto que la existencia de ambas se reducia á admirar al Capitan, á la sazon ascendido á Comandante, y á adorar á los tres niños habidos de este matrimonio. Fuera de esto caian en la nulidad mas completa, anona-

dadas por el prepotente orgullo del Comandante Peñalta.

¡Triste mundo este, donde no se adquiere un lugar sino conquistándolo, ni se conserva sino atrincherándolo! ¡Fláca y débil humanidad que subyuga al que modesto cede, y acata al que insolente se encima! Esto solo basta para probarnos nuestra inferioridad humana, y hacernos ansiar aquella justicia superior, para la que no hay brillo deslumbrador ni oscuridad impenetrable.

Asi fué que en aquellas mugeres, la modestia que aceptaba, la humildad que cedia, la bondad que se conformaba, lejos de ser apreciadas como las mas finas y perfectas perlas entre las joyas femeninas, no sirvieron sino para hacerlas aparecer como débiles y ruines, y para robustecer y entronizar en el que acataban, el menosprecio y el despotismo.

Siendo asi, que don Andrés Peñalta tenia un excesivo amor propio, y un ánsia desmedida por ser apreciado como hombre de VIRTUDES, sin tenerlas, (hipocresía *Catonesca* que ha reemplazado á la religiosa) trataba á su muger y á su suegra en presencia de extraños con gran consideracion y afecto, y se hacia, como dicen los franceses, *buen Principe*, esto es, que se dignaba descender benévolamente á la esfera de aquellas que ante él se inclinaban; pero en la intimidad se desquitaba, tratándolas con suma altanería y recalcado desden.

Las torpezas ó impropiedades que solia come-

ter Rosalía en visita, le indignaban. Es consiguiente que la pobre jóven, criada en una aldea, nada sabia de los primores y etiquetas de una ciudad populosa; ni vestirse con elegancia, ni estar tres ó seis horas en su tocador; ni cantaba, ni bailaba, ni tocaba el piano; por lo cual el necio amor propio de su marido mortificado con estas cosas, habia tomado para demostrar su encono una muletilla con la que contínuamente heria y humillaba á su pobre muger; era esta: *tú no sabes nada.*

Sobre dos cosas nada puede el malévolo é injusto despotismo: sobre el hierro que resiste siempre con igual fuerza; y sobre el junco, que al punto cede: asi era que en aquella casa habia una paz profunda, pues el despotismo que la regia, solo hallaba suaves y débiles juncos. Pasaba la voluntad del déspota sobre aquel interior doméstico como una ráfaga del huracan sobre un campo llano; campo no estéril ni desolado, sino cubierto de suave y fresco cesped.

CAPÍTULO VI.

LA PLANA.

En este transcurrido tiempo, las relaciones de doña Mariana con su hijo se habian ido agriando cada vez mas; porque esta buena señora, subyugada y en todo sumisa á su yerno, no se conformaba con las cuentas que le mandaba aquel, el cual habia seguido administrando el caudal de su madre, que continuaba unido al suyo. Conformándose al parecer, y dócil á los consejos de don Andrés, acabó doña Mariana por exigir la particion del caudal y la realizacion de su parte. Despues de muchos debates, se habia por fin verificado este arreglo, al poco tiempo de su llegada á M.*** Este suceso contentó á todos; y la buena señora se sentia alijerada de un peso grande, con haber cortado por este medio todo motivo de altercados para lo sucesivo, tanto con su hijo como con su yerno.

Una mañana, despues de volver de la iglesia, habia venido á hablar á la señora un escribano, que era el apoderado de su hijo, y la habia traido quinientas onzas en oro, última entrega de su capitalizado caudal. La señora habia á continuacion firmado el finiquito, y sentada al lado de su hija celebraba la conclusion de este negocio, cuando entró el mayorcito de sus nietos, que venia de la escuela. Traia muy ufano una plana escrita por él, la que enseñó á su abuela. Tomóla esta en la mano con aquel agrado y aquella complacencia que excitaban en ella cuanto hacian sus nietos, y leyó la máxima que escrita con firme pulso encabezaba la plana, y se repetia en cada renglon, copiada por el niño; decia asi:

«*No cuentes con el dia de mañana; que no lo tienes seguro.*»

La señora miró cada renglon con aire de aprobacion, y dijo al niño:

—¿Siempre dice lo mismo, Andresito?

—Si señora, contestó este, todos los renglones dicen lo que la muestra, ménos el último.

La abuela bajó la vista y leyó. *La hizo Andrés Peñalta el* 20 *de marzo de* 1840.

—Chiquillo, dijo la señora, si estamos hoy á 19. dia del Patriarca!

El niño se echó á reir, y repuso:

—Verdad es que me equivoqué; pero ¿qué le hace? supongamos que la escribiria mañana.

—¿Tan pronto te olvidas de las sentencias que escribes, niño? le dijo su abuela. No dice acaso:

¿*No cuentes con el dia de mañana; que no lo tienes seguro*?

—Bueno, yo la enmendaré, repuso el niño, cogiendo la plana y echándose á correr. Un momento despues volvió y se la entregó á su abuela.

—¡Muchacho! exclamó esta apénas la vió. ¿Porqué has enmendado estos números con tinta encarnada? ¡Jesus! parece una fecha sangrienta!

—Estaba la tinta encarnada sobre la mesa de padre, y es muy bonita, contestó el niño.

—Pues á mí me parece muy fea, observó su madre, y que hace muy notable la enmienda. Rómpela, hijo, y mañana, si Dios quiere, escribirás otra plana mejor á tu abuela.

—No, no, dijo esta; dámela, gloria mia. Para mí la hiciste, en ella me dices una cosa muy buena y muy santa, y es que no cuente con el dia de mañana; que no es seguro; esto es, que debemos estar siempre preparados para la muerte que nos lleva ante el tribunal del gran Juez de las almas: asi es que la quiero conservar como buena memoria y mejor consejo. Y mira (añadió tomando sobre la mesa una pila de veinte onzas) estoy tan satisfecha de tu aplicacion y de esta plana que la atestigua, que estas veinte onzas te las destino, y por mi muerte serán tuyas. Para que se sepa voy á escribir esta mi voluntad al pié de la plana y á liar en ella las onzas-

La señora cogió la pluma con la que acababa de firmar los recibos, y escribió al pié de la plana y debajo de la roja fecha y del nombre del niño, que era el mismo de su padre: «esto le deja en memoria *Mariana Perez.*»

En seguida lió las veinte onzas en la plana, las que guardó con el demás oro en una caja que cerró, y se llevó á su cuarto.

Aquella noche se consumó en la persona de esta anciana el atróz asesinato referido al principio de esta relacion, en la que queda tambien pintado el dolor en que tan inaudita desgracia sumió á la pobre Rosalía, y la profunda impresion que causó en su marido, el cual quizás se arrepentiria entónces de lo amarga que hizo la vida á aquella infeliz víctima, que tanto le habia querido y considerado.

La pérdida que experimentaron con tan considerable robo de que nada se pudo recuperar, el misterio que envolvió el atentado, á pesar de las muchas diligencias é investigaciones que se hicieron, la conviccion de tener algun enemigo oculto pero perspicaz, hicieron insufrible al matrimonio su permanencia en aquel pueblo, y á instancias del Comandante fueron trasladados á un punto lejano de aquel.

CAPITULO VII.

UNA NOTABILIDAD.

Diez años habian pasado en su nuevo domicilio, en el que desde que llegaron, habian hallado tanto el marido como la muger, la mejor acogida. Su suerte mejoró mucho. Don Andrés heredó á un tio muerto en América, se retiró del servicio, afincó y se dedicó con buen éxito á varias empresas, entre ellas á derribar conventos, cuyos materiales de gran valor vendia baratos. Habia sido alcalde y era en la actualidad diputado provincial; en una palabra, llegó á ser una *notabilidad*, y el tipo del ciudadano moderno, esto es, gran expendedor de frases retumbantes salpicadas de términos heterogéneos, celoso apóstol de la moralidad, ferviente pregonador de la filantropía, arrogante antagonista de supersticiones, entre las que contaba la observancia del domingo y dias festivos; preste de la diosa *Ra-*

zon, archipreste de *San Positivo*, gran maestre de prosopopeya, profesor en las modernas *nobles artes* del menosprecio y del desden, hábil arquitecto de su propio pedestal: nada faltaba á este moderno tipo, que era reputado por el Salomon de los juicios de conciliacion, y por el Demóstenes de una recien instalada junta formada para la construccion de un canal, cuyos trabajos á fuerza de juntas y expedientes, estaban muy adelantados, no faltando mas para la realizacion del proyectado canal, sino el dinero para abrirlo, y el agua para llenarlo.

No es nuestro ánimo personificar la época en el señor don Andres, sino sus influencias, y es seguro que en un órden de cosas opuesto, habria sido el centinela avanzado de la intolerancia, el seide de la rutina, el Cancerbero de los aranceles y el carabinero de útiles y necesarias innovaciones. Esto lo decimos en honor de la verdad, y en favor de la exactitud del tipo que pintamos, y de ninguna manera por lavarle su feísima cara á la época. (1)

Con la ventaja que gozan las almas mansas de no dejarse abatir por la desgracia, la que tienen los temples suaves de estar exentos de sentimientos efervescentes y violentos, y la que es propia de los caracteres pacientes, de no irritarse ni aferrarse en sus sufrimientos, Rosalía habia vuelto á su estado natural de calma y de tranquilidad de espíritu.

(1) Esta novelita se imprimió en mayo de 1830.

que es, á no dudarlo, una señal de predestinacion.

Habríase aun llamado feliz, á no haber sido por la manera con que la trataba su marido, el cual cada vez mas ensoberbecido, por su buena posicion, por el éxito de sus empresas, y por la consideracion general que habia sabido grangearse, trataba á su pobre muger con una dureza y un menosprecio que iban en aumento cada dia.

La educacion de sus hijos, á quienes Rosalía mimaba, era el contínuo tema de sus reconvenciones, y la ocasion de repetir su incesante ultraje: *tú no sabes nada.* A veces al oirlo lloraba Rosalía; á veces se resignaba paciente; pero nunca replicaba: haciéndose á sí misma esta reflexion: natural es que eso piense y eso diga mi marido, que tanto sabe, cuando yo nada sé, sino coser y rezar.

¡Cuán cierto es, que la virtud innata, lo mismo que la inocencia, se ignoran á sí mismas! Pero el tiempo habia de demostrar á don Andrés cuánto sabe la muger, que sabe ser cristiana, y cuán preferibles son las virtudes humildes á las heróicas.

CAPITULO VIII.

EL LEGADO.

Un dia en que Rosalía enseñaba á su hija, suave niña, como lo habia sido su Madre, lo que ella sabia, esto es, *rezar y coser*, entró el menor de sus dos hijos.

—Madre, le dijo alargándole un papel, mirad una plana hecha por Andrés cuando era chico.

Rosalía lo tomó y leyó con ojos asombrados:

No cuentes con el dia de mañana; que no lo tienes seguro.

Al fin de la hoja, se veia roja y sangrienta la fecha del 19 de marzo de 1840, *lo hizo Andrés Peñalta*, y debajo, de letra de su Madre, de la víctima del misterioso e impune crímen este su solo testamento: «esto deja por memoria *Mariana Perez.*»

—¿Dónde hallaste este papel? preguntó Rosalía con una voz tan estraña y demudada, que sus hijos la miraron sobrecogidos.

—En el cuarto de padre, entre unos papeles viejos, contestó el niño.

Rosalía se levantó lívida, corrió á su cuarto, echó el cerrojo, y cerró las ventanas para no ver la luz del dia.

El velo que por diez años cubria al asesino de su Madre estaba descorrido á sus ojos; el horroroso secreto salia de su sombra; la víctima desde su tumba recordaba la sangrienta fecha, en un documento guardado con el dinero robado que solo podia hallarse en poder del ladron y asesino, y este documento acusador se hallaba en poder de su marido!

Rosalía se dejó caer sobre un sofá, y ocultó su rostro entre sus manos. Asi permaneció tres horas, inmóvil, como el estupor, fria como deja la falta de la circulacion de la sangre á un cadáver, muda como pone la parálisis á aquel á quien hace su presa.

La primera hora no pensó: todas sus ideas se confundieron en un espantoso vértigo. En la segunda, la desesperacion vagó por su alma como el leon por su jáula, viendo por donde salir y buscando ancho ámbito en que lanzar su rugido. En la tercera se presentó digna y severa la reflexion trayendo de una mano, á la moderacion cristiana,

y de la otra á la prudencia humana: la primera, con su freno; la segunda, con su anteojo. Entónces la cristiana, la madre y la esposa, cruzó sus manos y esclamó: ¡tuya, tuya, Padre y juez nuestro, es la justicia! ¡tuya, tuya la vindicta!

Levantóse animosa; encendió una vela, en cuya llama quemó con resuelta mano el papel acusador y se arrojó en su lecho.

A poco llegó su marido, y le preguntó con su usual aspereza lo que significaba aquel encierro.

Al oir la voz del asesino de su Madre, al sentir su cercanía, un temblor espantoso se apoderó de la infeliz, la cual entrechocándose sus dientes, respondió que estaba enferma.

El marido se alejó impaciente; ¡no le concedia ni aun el derecho de estar enferma!

Ocho dias permaneció Rosalía encerrada, sin permitir que la viese nadie, ni aun sus hijos, pretestando para ello un agudo dolor de cabeza; pero en realidad, porque temia se exhalase en clamores desesperados, el tremendo secreto que queria ahogar en su destrozado pecho.

Queria ademas para lograr esto, perder fuerzas físicas, debilitando su cuerpo con ayunos y lágrimas; y cobrar fuerzas morales, en la oracion y en su amor de Madre.

Cuando se levantó y la vió por vez primera su marido, retrocedió asombrado, ¡y razon tenia! El pelo de la jóven madre, se habia encanecido. So-

bre sus facciones demagradas se habia extendido la palidez verdosa de la ictericia; sus ojos estraviados y hundidos brillaban calenturientos en un círculo morado.

—Es cierto, le dijo, que estás mala, y muy mala! ¡Debes haber sufrido mucho!

—*Mucho*, contestó la paciente.

—Pero ¿por qué no has llamado á un médico? repuso impaciente su marido. ¡*No sabes nada*, ni aun cuidarte cuando padeces!

¡Un año aun sobrevivió la mártir, con el golpe de muerte en el corazon, sin mas alivio que la certeza de que era mortal!

¡Un año entero duró su descenso al sepulcro! La vida es tenaz á los treinta años.

—Pero ¿qué tiene la señora? preguntaban sus numerosos amigos á don Andrés Peñalta.

—Una ictericia negra que le aniquila el cuerpo y el espíritu, respondia éste: mucho le mandan los médicos, pero nada la alivia. Estoy ciertamente con mucho cuidado. Y á su muger á solas decia: «el médico dice que no acierta la causa de tus males; y que tú no se la indicas. ¡Si nada sabes, ni aun esplicar lo que padeces!»

Por fin, la quinta víctima del crímen cayó postrada. Los facultativos desorientados, agotados sus recursos, se cruzaban de brazos. La hora del eterno descanso era llegada; el confesor derramaba lágrimas y consuelos á la cabecera de la moribunda.

Ya preparada y pronta á aparecer ante el tribunal de Dios, y cuando sintió que solo pocos instantes de vida le quedaban, la noble víctima hizo seña á los presentes de que se alejasen, y llamó á su marido.

—¡Padre de mis hijos! le dijo con voz solemne, dos cosas he sabido en esta vida.

—¿Tú? esclamó asombrado el marido.

—¡Si!

—¿Y cuáles han sido? exclamó aterrado el delincuente, con los ojos espantados y fuera de sus órbitas.

—CALLAR EN VIDA, porque era Madre; Y PERDONAR EN MUERTE, porque soy cristiana, respondió la santa mártir cerrando sus ojos para no volver á abrirlos mas.

FIN.

JUN
1
1987
UNIVERSITY

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

PQ
6509
F3
1856
C.1
ROBA

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 09 11 02 10 006 6